

CARAMELOS SURTIDOS

Eleonora Catsigeras

*Dedicado a la memoria
de mis padres y de mi tía Tate*

Montevideo, 2 de julio de 2025.

Índice

Capítulo 1. El cuadro que habla y otros relatos.....[Ir](#)

Raymundo y la agente 99.....[Ir](#)

Punzón y esmalte rojo.....[Ir](#)

El cuadro que habla.....[Ir](#)

Capítulo 2. Lewowicz salió al pasillo y otros relatos.....[Ir](#)

El mundo desde arriba.....[Ir](#)

Leche en polvo.....[Ir](#)

El Ruso.....[Ir](#)

Guarda de ómnibus.....[Ir](#)

Lewowicz salió al pasillo.....[Ir](#)

Al lado de Anosov.....[Ir](#)

Eleonora, ven.....[Ir](#)

Capítulo 3. Caramelos surtidos y otros relatos.....[Ir](#)

Cosquillas virtuales.....[Ir](#)

Caramelos surtidos.....[Ir](#)

El water roto.....[Ir](#)

Clementina.....[Ir](#)

La ardilla.....[Ir](#)

Jirafín y Jirafán.....[Ir](#)

Capítulo 4. Yajodenigua y otros relatos.....[Ir](#)

Los vasitos de cristal.....	Ir
Cenicienta y Caperucita Roja.....	Ir
Código inapropiado.....	Ir
El pan marsellés.....	Ir
Pinky.....	Ir
Yajodenigua.....	Ir
Regalo inolvidable.....	Ir
Las miguitas.....	Ir

Capítulo 5. Esos torpes angelitos y otros relatos[Ir](#)

La empanada.....	Ir
Une marciane.....	Ir
Matemática cosmética.....	Ir
Cobraron vida.....	Ir
Los dos vikingos.....	Ir
Los tres pajaritos.....	Ir
La vitrina.....	Ir
Tristísimo.....	Ir
Esos torpes angelitos.....	Ir

Capítulo 6. Nuestro prócer y otros relatos.....[Ir](#)

El estallido.....[Ir](#)

Nuestro prócer.....[Ir](#)

Tortuga puntiaguda.....[Ir](#)

Intervención de escritorio.....[Ir](#)

Mala nota.....[Ir](#)

Colita de rana.....[Ir](#)

La zapatería inmortal.....[Ir](#)

Capítulo 7. El ratón Pérez y otros relatos.....[Ir](#)

El archivo pi.....[Ir](#)

El ratón Pérez.....[Ir](#)

La última vez.....[Ir](#)

Quemando los mangos.....[Ir](#)

La sorpresa.....[Ir](#)

Las paltas de Jones.....[Ir](#)

Capítulo 8. El cuento del chanco y otros relatos.....[Ir](#)

El salto.....[Ir](#)

Armada hasta los dientes.....[Ir](#)

El cuento del chanco.....[Ir](#)

Bella vista.....[Ir](#)

La puerta cerrada.....[Ir](#)

Los conejitos.....[Ir](#)

Capítulo 1

El cuadro que habla y otros relatos

Raymundo y la agente 99

En 1971 tenía yo 14 años. Volvía casi todos los días del liceo en el 117. Porque ese ómnibus pasaba (y sigue pasando) por la puerta de la Facultad de Ingeniería.

Mi sueño era estudiar ingeniería. No por la ingeniería, en la que no me imaginaba trabajar algún día, sino por la matemática, y porque para estudiar matemática todo el mundo decía que había que ser, primero, estudiante de ingeniería.

Mucho antes había querido ser pilota de aviones. Porque debe ser una maravilla volar. Pero en tercero de escuela me enteré que no aceptaban mujeres en la carrera de pilota.

En la escuela descubrí lo linda que es la matemática, leyendo libros rumanos de geometría para liceales que le habían regalado a mi papá¹ en la década de 1960, y

1 Mi padre se llamaba Octavio Catsigeras (1920-1974) y trabajaba en la construcción de casas, edificios, carreteras y caminos. Murió a los 53 años, cuando yo tenía 17 y mi hermana Julita 16. Trabajó en la construcción de, entre otros, el edificio del Liceo Zorrilla en Montevideo, casas para desalojados en Paysandú por las inundaciones de 1959, el edificio de la galería y teatro “Del Notariado” en Montevideo, el complejo habitacional “Euskalerría” en Malvín Norte, y caminos y carreteras en el departamento de Treinta y Tres. Llegó a Uruguay en 1951. Antes había trabajado en la construcción de la carretera de Oriente, en la selva venezolana. Papá jugaba mucho con mi hermana Julita y conmigo cuando éramos niñas. Los fines de semana de verano nos llevaba, junto con mi mamá, de campamento a la playa todo el día, casi siempre a Lomas de Solymar que era en esos tiempos un bosque agreste con playa. En el bosque contiguo a la playa hacía un asado y yo era la encargada de picar el ajo y el perejil. En la playa mi papá pescaba, y nos enseñaba a poner la carnada en el anzuelo. Nos dejaba jugar con los peces que ponía en baldes con agua para mantenerlos vivos. También íbamos a la Playa Grande de Piriápolis, y en las rocas sobre el mar juntábamos varias bolsas de mejillones, que entre todos

aprendiendo de mi mamá², que me enseñaba e entender y pensar el significado de las matemáticas escolares cuando me ayudaba a hacer los deberes.

Me habían contado que la única forma de estudiar matemática era siendo exitoso e inteligente, y que lo aceptaran a una en el muy exclusivo ámbito del instituto de matemática de la Facultad de Ingeniería. Y casi pensé que eso era otro "no-te-van-a-dejar", como lo de pilota de avión.

después limpiábamos y mi papá preparaba a la provenzal para la cena. Era muy buen cocinero, preparaba platos sofisticados, algunos de los cuales le llevaban todo un día de trabajo. Recibíamos cartas de la abuelita Eleonora, de mis tías en Rumania y de mis tías en Grecia. Después que aprendimos a leer, mi papá escribía sobre-renglones en los espacios en blanco que ellas a propósito dejaban en sus cartas, con la traducción al castellano para que mi hermana y yo pudiésemos leerlas.

- 2 Mi madre se llamaba Esther García Vidal (1912-1993) y era médica. Desde 1941 hasta 1951 interrumpió sus estudios de medicina para dedicarse a cuidar a su madre enferma, mi abuela Lolita, a quien no conocí. Cuando falleció mi abuela, mi madre retomó sus estudios, se casó en 1952 y se recibió en 1953. Mamá nos ayudaba siempre a hacer los deberes a mi hermana Julita y a mí. Además de enseñarnos a pensar en matemática, me enseñaba a superar mi dificultad y desagrado para estudiar Historia,. Yo tenía muy mala memoria para recordar los nombres de lugares y personajes. Entonces ella inventaba versos mnemotécnicos muy ingeniosos, para que yo no los olvidara. Durante nuestros primeros años de escuela, mi mamá buscaba y recortaba figuritas de los catálogos de la tienda London-París para ilustrar nuestros deberes en el cuaderno. Se levantaba muy temprano en la mañana para hacer las tareas de la casa, y después del almuerzo, cuando Julita y yo estábamos en la escuela, iba a su trabajo de médica de la Dirección de Salubridad de la Intendencia Municipal de Montevideo. De Salubridad, muchos años después, llegó a ser la Directora. Cuando éramos chiquitas, durante las vacaciones de la escuela, mi mamá todos los días nos llevaba a su trabajo. Era en un gran edificio antiguo de la calle Dante (hoy llamada calle Eduardo Víctor Haedo), donde ahora funciona un Centro Comunal. Durante sus horas de trabajo nos dejaba en una oficina del primer piso, donde las funcionarias administrativas nos entretenían y nos dejaban jugar con las cajitas vacías de medicamentos y con los muchos sellos y secantes. Cuando falleció mi papá quedamos en una muy mala situación económica, pues él era el que más aportaba para los gastos de la familia. No estaba registrado en el Banco de Previsión Social. Por eso, a pesar de que mi hermana y yo todavía éramos menores de edad, mi mamá no tuvo derecho a cobrar la pensión. Entonces decidió trabajar muchas más horas al día, e hizo un inmenso sacrificio, para que Julita y yo pudiésemos seguir estudiando.

Además, me habían dicho que debía aprobar todos los exámenes del entonces muy temido "preparatorios de ingeniería". Y luego ser brillante estudiante de la facultad.

Todo eso me asustaba mucho. Tanto que cuando me atacaba el estado de "pies-en-la-tierra", veía en mi ambición de quinceañera un delirio de grandeza. Pero enseguida, gracias a mis padres, me animaba y volvía a mi natural estado de "pies-en-el-aire".

Cuando yo tenía 14 años, como dije, me tomaba el 117 para volver del liceo a mi casa. En la parada frente a la entrada de la facultad de ingeniería subían muchos estudiantes. Todos varones, y todos, según mi impresión en aquellos días, muy diferentes a mí. Por ejemplo, ellos llevaban los cuadernos y los libros en la mano, abajo del brazo izquierdo estirado hacia abajo contra el lado de una pierna. No había chicas entre ellos. Pero si las hubiese habido, habrían llevado los cuadernos y libros con el brazo doblado contra la parte de arriba del cuerpo, como hacía yo.

Muchachos y chicas en 1971 tenían el pelo largo y muy lacio, bien diferente del mío, largo sí, pero ondulado. Y usaban jeans ajustados a los muslos, delgados, separados en la entrepierna, y acampanados en el ruedo. Todos parecían muy diferente a mí, gordita con la pollera azul del liceo, un tablón adelante y otro atrás, y con medias a la rodilla.

Pero igual buscaba yo la manera de parecerme a los estudiantes de ingeniería, o más bien de transformarme en una versión femenina de ellos, que yo imaginaba o inventaba. Quería ser adulta, linda, flaca e inteligente.... Sobre todo linda, flaca e inteligente ¡como la agente 99³!

En 1975 cuando ya tenía 18 años de edad, ingresé por fin como estudiante a la Facultad de Ingeniería. En la fila de bedelía conocí a Juan Raymundo⁴, ese señor que le dio el nombre que lleva hoy la biblioteca del IMERL⁵.

Pero cuando lo conocí, en el año 1975, yo no sabía su nombre. Ni que yo estaría recordándole ahora. Ni que sería él parte de la historia del IMERL.

Raymundo no estaba haciendo la fila de bedelía. Él era mucho mayor que los de la fila. Le preguntaba a los futuros estudiantes qué notas habían obtenido en preparatorios en las asignaturas de matemática. Les preguntaba, sobre todo, a los de lentes.

3 Personaje femenino desempeñado por la actriz Barbara Feldon de la serie “Maxwell Smart, el Súper Agente F86”, de la segunda mitad de década de 1960.

4 Juan Raymundo era, en la década de los 70 y de los 80 hasta que falleció, un benefactor de la matemática en la Facultad de Ingeniería. No estaba vinculado laboralmente a la Facultad, pero la visitaba frecuentemente y era muy conocido por los matemáticos y estudiantes de matemática. Compraba muchos libros caros y revistas científicas. Los leía y estaba informado del conocimiento matemático de punta. Después regalaba esos libros y revistas a los estudiantes y matemáticos, quienes en general luego los donaban a la biblioteca de matemática de la Facultad.

5 El IMERL es el Instituto de Matemática y Estadística “Prof. Ing. Rafael Laguardia”, antes llamado IME, de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República, en Uruguay.

Me interesó mucho. ¿Quién será este señor? ¿Y por qué busca buenas escolaridades y estudiantes interesados en ser futuros matemáticos? Y no sabía yo cómo hacer para llamarle la atención.

Raymundo iba de adelante hacia atrás, y de atrás hacia adelante en la fila. Pero siempre me salteaba. Disimulando mi gran interés, cuidé que mi escolaridad, y sobre todo una de sus páginas llena de sotes y que tenía el nombre de Borghi⁶ como mi profesor de geometría proyectiva, fuera bien visible para el curioso señor.

Cuando Raymundo hablaba con el muchacho que estaba al lado mío, que por suerte usaba lentes, vio de costado mi escolaridad, y ¡cayó en la trampa! Entonces se olvidó del botija y empezó a leer mi escolaridad. Levantaba las cejas, con la cabeza torcida hacia un lado, para poder leer mejor.

Haciéndome la distraída, no enderezaba la hoja y simulaba no haber percibido que él estaba tratando de leerla.

Hasta que al fin, sin presentarse ni nada, me hizo el interrogatorio que estaba yo esperando. Fue así que gané el primer "concurso" de mi vida, cuando Raymundo me

6 Julio Borghi en la década de 1970, pocos años mayor que yo, era un muy buen profesor de matemática de los que entonces eran los preparatorios de Ingeniería en la enseñanza media. Desde la reapertura democrática de la Universidad de la República, es un distinguido profesor del Instituto de Mecánica de los Fluidos e Hidráulica de la Facultad de Ingeniería, ahora jubilado. Durante sus clases es un gran expositor, respetuoso del alumno, y preciso en todo lo que enseña.

sugirió que, después que salvara las matemáticas del primer año, fuera al IME a hablar con Petracca⁷.

Todavía usaba yo mis incalflex⁸ con medias a la rodilla.

Punzón y esmalte rojo.

Era febrero de 1976. Por primera vez entré al pasillo del IME. Me había citado Petracca. Me ofreció el trabajo de corregir las matrices mecanografiadas de los apuntes de geometría y álgebra lineal que él estaba escribiendo. Acepté feliz.

Había que leerlas contra una ventana, pues la escritura no era más que perforaciones de las letras sobre la matriz que iría después a un mimeógrafo de rodillo. Se “borraban” los errores aplicando un esmalte rojo con un pincelito, como el de los esmaltes de uñas. Con el esmalte tapaba yo los agujeros donde había que borrar los errores. Y después, cuando el esmalte estaba seco, perforaba con un punzón las nuevas letras corrigiendo los errores. También con el punzón dibujaba los símbolos matemáticos en los espacios que la mecanógrafa había dejado en blanco.

Aquel día en el que me citó Petracca, al entrar a la sala donde estaba su escritorio, me llevé por delante una silla,

⁷ Antonio Petracca fue, en la segunda mitad de la década de los 70, un muy buen profesor de matemática de la Facultad de Ingeniería, y director del IME hasta que falleció. Sus clases eran muy claras. No era investigador en matemática, pero sí un excelente motivador.

⁸ Marca uruguaya de zapatos para escolares y liceales de las décadas de los 60 y 70.

tropecé y casi me caigo. Me puse colorada y tartamudeé. Petracca sonrió y solo me dijo “no me rompas los muebles”.

Estaba orgullosa del trabajo que me había asignado. Petracca no me había dejado sus notas originales. Tenía que saber yo qué símbolo matemático dibujar en cada espacio en blanco, además de descubrir los errores en el texto. Esa confianza depositada en mis conocimientos me hacía sentir feliz. Creía yo que había empezado a trabajar en matemática.

Al llegar al pasillo del IME miré las puertas de las salas, que tenían todas un marco grande de vidrio esmerilado. Me parecieron muchísimas puertas, todas iguales, todas cerradas, y las salas todas vacías, excepto una o dos.

Pocos días después, cuando yo estaba sola en el IME, probé de abrir unas cuantas de aquellas puertas, como también probé de abrir algunos de los tomos de las revistas científicas de matemática, que estaban en los estantes del cuarto al lado del mío. De contrabando. Mi sala y la de los tomos de revistas estaban comunicadas por dentro.

Los gruesos tomos encuadernados, y los fantasmas de los matemáticos a quienes pertenecían aquellas colecciones, me decían: "dale, pasá, ...ahora no te ve nadie".

No sé si se podía o no se podía entrar y vichar las revistas. Petracca y Forteza⁹ no nos prohibían nada. Todo lo contrario. Es difícil entenderlo ahora. Pero en esos años, había vigilantes. Y no nos permitían nada a los estudiantes. Por ejemplo, si después de una clase nos quedábamos hablando en el patio, en "grupo" de 3 o más, un vigilante se nos acercaba amenazante, dando la orden "¡Dispersensé! ¡Dispersensé!". Por lo menos yo, me asustaba mucho.

Los pocos artículos de revistas científicas que vichaba, siempre a solas y a escondidas, también resultaban cerrados...., cerradísimos, como las puertas del IME. Pues nadie los leía. Y los que vichaba yo a escondidas, ¡qué triste!, no los entendía. Pensaba que si me esforzaba lo suficiente iba a entenderlos.

Petracca y Forteza eran muy buenos profesores. Sus clases de análisis, álgebra lineal y mecánica eran clarísimas. Además, como podían, ambos trataban de alentarnos para que no nos perdiéramos del todo en nuestra aspiración de estudiar matemática. Y nos valoraban, aunque no pudieran rescatarnos de la desolación de aquellos años. Nos alentaban a ser "autodidactas". Pero ese aliento no fue suficiente en aquellos tiempos, ni hizo posible ningún milagro, por lo menos para mí.

9 Fernando Forteza era en la segunda mitad de la década de 1970 y primera de la década de 1980, un muy buen profesor de matemática y mecánica. Después que falleció Petracca fue director del IME. Aunque él no era investigador matemático, sus conversaciones con los estudiantes que trabajábamos en el IME en esa época fueron muy motivadoras.

Con el tiempo, nuestras ilusiones se fueron apagando, y dejamos de ser aspirantes a estudiantes de matemática. Nos recibimos y trabajamos como ingenieros. Nos olvidamos durante muchos años - yo creía que para siempre - de aquellos viejos sueños.

El cuadro que habla

En el invierno de 1976, cuando estaba yo en el IME, usaba entre otros, un escritorio en la sala donde estaban los tomos encuadernados de las revistas científicas. Delante de ese escritorio, colgado en la pared, había un cuadro. Con un dibujo geométrico, en colores,... rojo, anaranjado, blanco y negro. Y abajo, en letras blancas, se leía un título. Era un afiche de un evento de Probabilidad y Estadística que se había realizado en Argentina en 1973.

Ese cuadro era mudo, pero igual hablaba. Se quejaba de su soledad. De su abandono. Extrañaba a su dueño, un matemático importante del IME que había asistido a aquel evento en Argentina, donde el cuadro se le había obsequiado.

Pero seguramente aquel matemático no había podido llevárselo cuando se tuvo que ir del IME, o mejor dicho, cuando lo obligaron a irse del IME, al exilio, o peor aún, a la cárcel.

El cuadro hablaba,... en silencio, pero hablaba. Sus figuras geométricas me resultaban acusadoras, un poco amenazantes. ¿Con qué derecho yo ahora lo estaba mirando?

-¿Por qué me mirás tanto? - parecía decirme el cuadro.

-Porque no sé de quién sos - respondía yo en mis pensamientos.

-¿Acaso te importa quién es mi dueño? - el cuadro se enojaba, en mi imaginación.

-Sí. La verdad que me preocupa quién es, dónde está él y por qué te dejó aquí abandonado y solo - continuaba pensando yo.

-No tuvo más remedio. No quería irse. Y si realmente mi amo te importara un poco, me descolgarías de aquí, me sacarías de esta soledad y me llevarías con él.

-Porque te hacés la distraída, como si no supieras nada. ¿Para poder quedarte calladita y no comprometerte? Pero si bien sabés vos que a él no lo dejan entrar aquí.

-Pero no sé quién es él. Ni dónde está - pensaba buscando excusas para perdonarme a mí misma, por no estar haciendo nada como me decía el cuadro, o peor aún, por estar adueñándome del espacio ajeno y del desolado IME de 1976.

-Además, estimado cuadro, tu matemático es alguien importante, y se va a enojar si vé que estuve en este lugar,

su lugar, durante su ausencia. Y peor aún, si sabe que estoy contigo.

Y de golpe alguien entró a la sala. Me desperté de mis pensamientos, bajé la vista rápidamente hacia mis cuadernos. Dejé entonces de mirar al cuadro ajeno, y seguí preparando los prácticos de geometría y álgebra lineal.

Diez años más tarde... en 1986, conocí a Gonzalo Pérez¹⁰ en la vieja Facultad de Humanidades y Ciencias de la calle Tristán Narvaja, donde hoy está la Facultad de Psicología. Lo conocí cuando me inscribí, siendo ya ingeniera desde hacía 5 años, como estudiante de la Licenciatura en Matemática. Heber¹¹ y yo fuimos a conversar con él sobre el futuro curso de Procesos Estocásticos que nos daría Gonzalo.

10 Gonzalo Pérez fue un matemático uruguayo especialista en Probabilidad y Estadística, que estuvo exiliado en Venezuela durante la dictadura militar en Uruguay. Fue el primer director del IME en el retorno a la democracia en 1985. Entre sus contribuciones se encuentra su actividad pionera en el estudio de los caudales de los grandes ríos uruguayos que dieron origen al descubrimiento de la incidencia del fenómeno de El Niño en el clima del Uruguay.

11 Heber Enrich es mi esposo. Es ingeniero y matemático, profesor del IMERL ya jubilado. Fue Director del IMERL e integrante del Claustro de la Facultad de Ingeniería elegido por el orden docente durante varios períodos, en algunos de los cuales fue elegido presidente. Integró la Comisión de Enseñanza de la Universidad de la República. Desde que se jubiló y hasta ahora, integra el Claustro de la Facultad de Ingeniería para el que fue electo por el orden de egresados. Heber y yo nos conocimos en el IME en 1978, cuando ambos trabajábamos como ayudantes. Nos enoviamos en 1980 y nos casamos en 1983. Hicimos juntos la carrera en matemática desde 1986. Antes de 1990 Heber trabajó como ingeniero más de una década en la UTE y yo una década en ANTEL. Desde 1997 fuimos coautores de varios artículos científicos. Compartimos con Heber toda la vida, todas las actividades, las hogareñas, las familiares, las laborales, las académicas, los paseos, las vacaciones. Él es muy generoso y atento, además de un amoroso esposo.

En el IME, hacía 5 años que no tenía yo ningún cargo. Pero de todas formas un día de 1986 volví allí.

Mi querido cuadro seguía colgado en el mismo lugar, un poco descolorido. Cuadro y yo, nos saludamos mutuamente al reencontrarnos, aunque sin decirnos nada y de reojo, pues había otras personas en la sala. Cuando de golpe, ¡se me prendió la lamparita!

-¡Pero claro!, estimado cuadro. Él es especialista en Probabilidad. Él trabajaba en el IME antes del 73. Y tu leyenda, estimado cuadro, divulga un evento de Probabilidad del 73 - pensé.

-¡Sos de Gonzalo Pérez! - y ahí mismo lo descolgué, y lo llevé entusiasmada a la dirección, donde estaba Gonzalo.

Pero Gonzalo no lo reconoció, ni el cuadro a él.

Nueve años después, Heber y yo volvíamos del IMPA¹² al IME. Era el año 1995. Yo estaba haciendo espacio en un mueble viejo de una de las salas del IME, para tener lugar para guardar mis cachivaches. Gris por la tierra acumulada, y enterrado entre los muchos otros objetos sin dueño que estaban en aquel mueble, ... justamente ahí, ¿quién apareció?

12 Instituto de Matemática Pura e Aplicada, en Río de Janeiro, Brasil. En el IMPA, Heber y yo hicimos el Doctorado en Matemática desde enero de 1991 hasta febrero de 1995.

¡Mirá Heber, mirá lo que hay aquí! - exclamé loca de alegría, y como si hubiese encontrado un tesoro. Le mostré mi querido cuadrito, y le conté de un sopetón toda aquella historia del 76.

Hablaba más que nunca el cuadrito. Decía, sin su enojo de antes, que me había extrañado y estaba feliz de volver a verme. Y hasta parecía moverse de alegría cuando lo limpiaba con cuidado para no dañarlo.

Entonces, sin más remordimientos ni tristezas, lo adopté para siempre aquel verano del 95. Estuvo hasta que me jubilé delante de mi escritorio en el IMERL.

Al pasar los años, envejeciendo yo, pero no él, el cuadro travieso se las arregló para pegarme varios sustos. Porque tiene el defecto de querer revivir sus vidas pasadas cada dos por tres. El mejor susto fue a mediados de la década del 2000, quizás en el año 2005.

Tenía que reunirme con el prorector de investigación, Enrique Cabaña¹³. Llegué temprano aquella tarde a la casa

¹³ Enrique Cabaña es un muy destacado profesor e investigador matemático uruguayo, especialista en Probabilidad y Estadística. Su trayectoria científica es reconocida a nivel nacional e internacional. Estuvo exiliado, primero en Chile y luego en Venezuela durante la dictadura militar en Uruguay. Fue profesor del Centro Interamericano de Enseñanza de la Estadística (CIENES, Chile), de la Universidad Simón Bolívar (Venezuela), profesor y director del IME y del Centro de Matemática y profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la República (UdelaR, Uruguay). Fue cofundador y Director del PEDECIBA (Programa de Desarrollo de Ciencias Básicas) y Prorector de Investigación de la UdelaR. Recibió, junto con Mario Wschebor, el Premio Anual en Matemática del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICYT) de Venezuela, y en el año 2000 el Premio Morosoli de Uruguay.

donde están las oficinas en la calle Jackson. Me saqué la campera, acomodé mis papeles en la mesa y me senté frente a Enrique. Pero al levantar la vista, ¿qué encontré colgado en la pared a sus espaldas?

- ¡Ese cuadro, Enrique! ¡Ese cuadro! Por favor, ... ¿de quién es? ... - pregunté.

Y Cabaña sorprendido por mi súbito y loco interés en aquel afiche, me dijo el nombre del artista y con lujo de detalles, cómo es el artista y qué tipo de arte pinta.

Claro, yo había preguntado "¿de quién es ese cuadro?". Y él interpretó quién era el autor.

Cabaña dijo además que, a pesar que el motivo del cuadro es de figuras geométricas, en realidad el dibujo no proviene de la matemática.

-Es que tu cuadro, Enrique, es igual a uno que está arriba de mi escritorio desde el 76 - le dije, omitiendo toda la complicada historia de encuentros y desencuentros entre mi cuadro y yo.

-Sí, son dos- dijo Cabaña - Creí que había perdido al otro. ¿Dónde dices que está?

Capítulo 2

Lewowicz salió al pasillo y otros relatos

El mundo desde arriba

Ya conté que cuando tenía 6 o 7 años quería ser pilota de avión. Pero, ¿porqué quería manejar aviones? Porque quería ver el mundo desde arriba. Desde el cielo. Ese era mi sueño cuando chiquita.

Algunos años después, en la escuela, me apasionaba la geometría y la geografía. Cuando la mayoría de los niños odiaba dibujar mapas, yo adoraba copiarlos, y aprender los nombres y recorridos de los ríos, los lugares de países y ciudades, las ubicaciones de las cordilleras y su relación con los ríos. Era lo más parecido a ver la Tierra desde arriba. En esa época - década de los 60 - me imaginaba una especie de los actuales “google earth” y “google maps”. Lo más parecido a eso eran los mapas en papel. Y dibujarlos yo misma me fascinaba.

Al dedicarme a la ciencia tuve también la oportunidad de cumplir aquel deseo infantil. Porque viajé bastante en avión yendo a eventos de matemática en otros países. Y algunas veces logré tener asiento de ventanilla, viajar de día y en un asiento que no estuviera cerca del ala del avión, ni que tuviera el sol en contra. Mientras todo el mundo bajaba las cortinas de las ventanillas y miraba películas, yo ponía en la pantalla el rastreador de ubicación del avión en el mapa y me pegaba con la nariz a la ventanilla.

Cuando volvía de un congreso en la Universidad de Auckland, en Nueva Zelanda, en noviembre de 2005, en el vuelo Auckland- Buenos Aires, ví la Antártida cerca del Polo Sur. El paisaje era una explanada blanca monótona que no tenía nada notable. Pero la maravilla fue ver lo que pasaba con el sol. No se puso. Bajó acercándose al horizonte y sin llegar a él, después de muchas horas, volvió a subir. El sol se movió durante horas casi paralelo al horizonte, en vez de bajar hacia él o subir desde él.

Todo el viaje fue de día. No me acuerdo cuántas horas duró. La gente dormía y yo feliz, bien despierta y emocionada observaba esa maravilla. El avión había salido de Auckland a las 5 de la tarde de un día y llegó a Buenos Aires a las 2 o 3 de la tarde ¡del mismo día! Habíamos atravesado la línea de cambio de fecha en sentido inverso.

Otro viaje maravilloso en avión fue el tramo Montevideo-Panamá de día, en el viaje yendo a un congreso en la Universidad de Alabama en Birmingham (Estados Unidos).

Pude conseguir un asiento perfecto. Y vi la Amazonia. En las fotos que saqué, el avión estaba en la frontera entre Brasil y Perú, cerca de un pueblito llamado Leticia, que se ve que está perdido en la Amazonia y es muy chiquito. Porque aparecía en el mapa del rastreador del avión, pero por la ventanilla no se veía más que la selva espesa y los ríos. El avión estaba llegando a Colombia.

Otro viaje en avión que disfruté mucho, por el que pagué una barbaridad para conseguir el asiento perfecto, fue Montevideo-Santiago de Chile. Fui varias veces, desde el 2007 al 2019, a trabajar en investigación matemática con Pierre¹⁴ en la Universidad de Valparaíso. Pero una sola vez conseguí comprar el asiento perfecto. Era principio de la primavera. Me deleité mirando y sacando fotos de la cordillera de los Andes, hermosísima.

No crean que, por lo que dije antes, me gusta mucho viajar. Todo lo que me fascina y disfruto mientras estoy volando en un avión, se compensa con lo que me molestan los aeropuertos, los controles, las esperas larguísimas en las escalas, o las corridas cuando la escala es por poco tiempo, y el estar sola alejada de mi familia. No hubiese sido buena pilota de avión.

Leche en polvo

Hablando de viajes voy a contar una anécdota que a Heber hasta el día de hoy lo pone nervioso.

Cuando vivíamos en Río de Janeiro haciendo el Doctorado en el IMPA, en la primera mitad de la década de 1990, viajábamos a Montevideo una semana o dos todos los años

¹⁴ Pierre Guiraud es un matemático francés que trabaja en Chile desde la segunda mitad de la década del 2000. Es especialista, entre otros temas, en la dinámica de los sistemas contractivos a trozos. Trabajamos juntos en investigación desde 2007 hasta 2020. Somos muy buenos y queridos amigos, además de coautores de varios artículos.

a pasar las fiestas con la familia. Nos quedábamos en un apartamento de la calle Campbell casi Palmar.

Al llegar a Montevideo comprábamos los comestibles necesarios para pasar esas semanas, tratando de que no nos sobrara casi nada, porque nunca tiramos comida. O que lo que nos sobrara se pudiera guardar un año sin estropearse, para usarlo en nuestra próxima venida.

Una vez, estando en Montevideo cuando llegó el momento de viajar de regreso a Río, nos había quedado un poquito de leche en polvo en una lata. La fecha de vencimiento era próxima y no se podría guardar un año más. Por eso, y para dejar todo en orden, puse la poca leche en polvo que sobraba en una bolsita pequeña transparente, la cerré con un gancho y la guardé en mi cartera.

Heber no sabía de eso. Se enteró cuando en el control del aeropuerto de Carrasco el funcionario se puso muy serio, sacó la bolsita con el polvo blanco de mi cartera, la levantó, me miró fijamente y me preguntó "¿Qué lleva en esta bolsita?" Eran otras épocas, antes del atentado de las torres gemelas, y antes de que en Uruguay hubiese traficantes de drogas. Si hubiese sucedido hoy, creo que no me habrían preguntado nada y me habrían arrestado en ese momento.

Por inconsciente e ingenua que soy, ni me inmuté. No me di cuenta que el funcionario pensaba que podía ser droga. No

me pareció nada raro ni peligroso que me hiciera esa pregunta. Le respondí con naturalidad: "leche en polvo".

Entonces el funcionario se puso guantes, abrió la bolsita, sacó con un dedo un poco del polvo y se lo puso en la lengua. Lo paladeó unos segundos. Y después dijo que estaba todo bien. Cerró la bolsita, la puso en mi cartera y muy gentilmente dijo: "Puede pasar, señora." Los funcionarios de los aeropuertos trataban VIP a todos los pasajeros.

Cuando miré a Heber que venía atrás mío, lo vi pálido y sudoroso del susto. Nos alejamos y ya sentados en la sala de embarque, Heber me rezongó bastante. Y hasta el día de hoy me rezonga cada vez que recordamos ese episodio.

El Ruso

Después que aprobé el examen de calificación en el IMPA, a fines de 1991, empecé a buscar enseguida tema de tesis. Pero ninguno de los problemas abiertos que planteaba Palis¹⁵ en el seminario, realmente me atraía. Y como yo estaba dedicándome a la matemática por placer, y no por

¹⁵ Jacob Palis (1940-2025) fue uno de los más prestigiosos y famosos matemáticos del mundo, especialista en Sistemas Dinámicos, con relevantes aportes al desarrollo, en particular, de la teoría de bifurcaciones homoclínicas. Tuve el privilegio de que fuera mi tutor de tesis en el Doctorado en el IMPA. Fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias de muchos países, entre ellos Francia y Estados Unidos. Recibió numerosas condecoraciones, entre ellas la Medalla Abdus Salam. Fue profesor del IMPA y, desde 1973 hasta 2003, su director. Fue presidente de la Unión Internacional Matemática (IMU). Impulsó fuertemente el desarrollo de la investigación matemática en América Latina y fue formador de numerosos matemáticos especialistas en Sistemas Dinámicos de varios países, entre ellos Uruguay.

obligación, decidí meterme en la biblioteca del IMPA para buscar algún problema abierto que me atrajera.

Después de muchos meses de búsqueda en la biblioteca, encontré uno artículos de la década de 1970 sobre el atractor de Feigenbaum. Eran en dimensión uno. Y perseguí esa línea, hasta que descubrí el resumen de un artículo que estudiaba el atractor en dimensión n . Al leerlo, lo relacioné con lo que había leído en dimensión uno, y encontré el problema abierto que me gustaba.

Cuando se lo conté a Palis, con mucha vergüenza y temor porque no le había hecho caso a sus propuestas de temas de tesis, él se entusiasmó mucho. Me dió mucho ánimo y, como él no era especialista en el tema, enseguida muy generosamente invitó a visitar el IMPA a Constantin Khanin¹⁶, especialista en, entre otros temas matemáticos, el atractor de Feigenbaum.

Con Khanin trabajamos muchas horas por día durante los siete días de la semana, frente a un pizarrón, él sentado delante y yo parada escribiendo y contando mis ideas. Khanin me hacía comentarios y preguntas de lo que yo todavía no había pensado para que las respondiera al día siguiente. Así que después de cada día de trabajo en el IMPA, yo me iba a casa con tareas para traer resueltas al día siguiente.

¹⁶ Constantin Khanin es un reconocido matemático ruso que es actualmente profesor de la Universidad de Toronto. Recibió en 2021 el premio Humboldt Research Award.

Nunca había trabajado tanto en mi vida. Pero fue un placer. Hasta que finalmente, después de dos meses a toda máquina, una tarde Khanin se estiró hacia atrás en la silla, puso sus manos en la nuca, y me dijo (en inglés): “Bueno, Eleonora. Tu tesis está terminada. Ahora solo falta escribirla.” Fue a finales de 1992.

Escribí mi tesis en 1993 y hubo sucesivas lecturas y correcciones en 1993 y 1994, por parte de Palis y otros matemáticos. Fueron especialmente muy valiosos los aportes de Welington¹⁷, Tresser¹⁸ y Jean Marc¹⁹, a quienes estaré siempre muy agradecida. Defendí mi tesis y me recibí del doctorado en febrero de 1995.

En aquel período de trabajo intenso con Khanin, nos visitaron varios amigos uruguayos²⁰ que viajaron a pasear a Río de Janeiro. No vinieron todos juntos, sino uno después del otro. Algunos se quedaron en nuestro pequeñísimo

17 Welington de Melo (1946-2016) fue un reconocido matemático brasileño, especialista en Sistemas Dinámicos, particularmente en dinámica uno-dimensional.

18 Charles Tresser es un reconocido matemático francés, con el que tuve el privilegio de trabajar no solo en el IMPA, sino también en una visita que hizo a Montevideo en la segunda mitad de la década de 1990. Es también un excelente repostero, según sus propias palabras: “El mejor repostero entre los matemáticos, y el mejor matemático entre los reposteros”.

19 Jean Marc Gambaudo (1957) es un reconocido matemático francés, profesor en la Universidad de Niza, de la que fue Rector.

20 Desde 1980 cuando éramos novios, y sin interrupciones hasta hoy, Heber y yo somos parte de una “barra” de amigos, más o menos de nuestra edad, con los que salimos al cine o al teatro, nos reunimos para los cumpleaños, y en la década de los 80 viajábamos a Buenos Aires a ver a Les Luthiers. Integran esta barra nuestros muy queridos Juan Soriano, Eduardo García Nari (ya fallecido) y su esposa Cristina Freire, Enrique Hetzel, Jorge Grunfeld, Marta Álvarez y su esposo Ramón Arribas. Algunos de ellos nos visitaron cuando vivíamos en Río de Janeiro. Además nos visitaron en Río otros amigos y familiares, como Miguel Irisarri y su esposa Isabel, Luis Becerra y su esposa María Rosa, y mi cuñada Edith Enrich y su esposo José Duarte.

apartamento alquilado. Dormían en un sofá-cama de dos plazas que teníamos en una especie de sala, sin ventana y que funcionaba como living-comedor.

Heber llevaba a nuestros amigos uruguayos a pasear por Río de Janeiro los sábados y domingos. Hacían largas caminatas por los bellísimos senderos de la Floresta de Tijuca. Mientras tanto yo trabajaba en el IMPA con el Ruso, como lo llamaban nuestros amigos a Khanin.

Antes de salir de casa de mañana, me decían: "saludos al Ruso". Y hasta hace poco, muchísimos años después de aquellos dos meses de intenso trabajo, nuestros amigos uruguayos me preguntan cómo está el Ruso, si lo he vuelto a ver, y qué es de su vida.

Guarda de ómnibus

Disfrutaba mucho de las tertulias con Mañé²¹, sentados varios con él alrededor de una mesa de una cafetería durante largas horas, charlando de cualquier cosa que la mayoría de las veces no eran de Matemática. El sentido del humor de Mañé era finísimo, y yo me divertía mucho con sus ocurrencias.

21 Ricardo Mañé (1948-1995) fue un muy reconocido matemático uruguayo, famoso en el mundo entero y muy citado hasta el día de hoy por sus relevantes contribuciones en Sistemas Dinámicos y Teoría Ergódica. Hizo toda su carrera académica en el IMPA de Río de Janeiro. En 194 recibió el premio TWAS. Sus clases y exposiciones en seminarios y congresos se caracterizaban por su claridad: solía presentar y descubrir soluciones en forma sencilla y natural a los asuntos más complicados de la matemática. Mañé fue un gran y buen amigo nuestro.

La primera de esas tertulias fue en Trieste en 1988, durante una escuela de Sistemas Dinámicos en la que Mañé era uno de los profesores y nosotros sus estudiantes preferidos, no por ser buenos estudiantes, sino simplemente por ser uruguayos como él.

Él nos contaba que se había subido a un ómnibus en Miramare (donde está el ICTP²², lugar del evento) para ir al centro de Trieste. Pero no sabía que había que comprar el boleto de viaje antes de subir, para marcarlo después en la máquina dentro del ómnibus. Subió sin el boleto.

El conductor le avisó que tenía que marcar el boleto. Entonces Mañé le preguntó a otro pasajero si no tenía uno para venderle. El pasajero le dijo que sí y le vendió el boleto.

Mañé decía que él acababa de crear en Trieste al guarda de ómnibus montevideano, como existía en aquellos tiempos en nuestra ciudad.

²² International Centre of Theoretical Physics.

Lewowicz salió al pasillo²³.

Varios acontecimientos cambiaron nuestras vidas, las vidas de los que éramos aspirantes a estudiantes de matemática en el entonces llamado IME, hoy IMERL. Sucedieron a mediados de la década de los 80, cuando la reapertura democrática de nuestra Universidad.

Se decía que Lewowicz²⁴ volvería en cualquier momento. Se hablaba de eso por todos lados. Había locura, alegría, y mucha ansiedad en aquel grupo de ex-futuros estudiantes de matemática, que esperamos durante más de 10 años, mientras no había otros cursos de matemática que los del ciclo básico de la Facultad de Ingeniería. Y mientras tanto nos hicimos ingenieros.

Llegaría Lewowicz en esos días, fines de 1986.

23 Este relato fue mi contribución en la mesa redonda "La Escuela Uruguaya de Sistemas Dinámicos" durante la conmemoración de los 75 Años del Instituto de Matemática y Estadística "Prof. Ing. Rafael Laguardia" (IMERL), 2017.

24 Jorge Lewowicz (1937-2014) fue un destacadísimo matemático uruguayo, especialista en Sistemas Dinámicos, en particular de la dinámica de homeomorfismos expansivos. Fue expulsado de la Universidad de la República por razones políticas y perseguido cuando comenzó la dictadura en Uruguay. Se exilió en Venezuela hasta el retorno de la democracia. Cuando volvió a Uruguay, fue el fundador de la actual escuela uruguaya de Sistemas Dinámicos. En 2012 recibió el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de la República. Además era excelente persona, muy generoso, con un contagiante entusiasmo y gran amigo. Gracias a sus enseñanzas, sus clases y su recomendación, Heber y yo fuimos aceptados para hacer el doctorado en el IMPA en 1990. Estaremos siempre muy agradecidos a nuestro querido Jorge.

-¡Ya mismo está haciendo la mudanza desde Venezuela! - nos anunciaron.

-En cuanto llegue, nos dará el curso introductorio a los sistemas dinámicos.

Ese mismo curso, algunos de nosotros, aún sin saber de qué se trataba, habíamos pedido.

- ¿Quién es Lewowicz? ¿Qué son los sistemas dinámicos? - preguntábamos un par de años antes, ... No teníamos idea de cómo se pronunciaba, y menos cómo se escribía "lebobich". Menos idea teníamos de los "sistemas dinámicos".

- Es un profesor buenísimo que tuve antes de la intervención - respondió uno de mis compañeros. - Experto en ecuaciones diferenciales.

-Mirá, aquí están los apuntes que sacaron del último curso que dio de ecuaciones diferenciales antes de irse a Venezuela, en 1972,... o por ahí. - dijo otro, y sacó un fajo de más de 100 hojas amarillentas de 14 años atrás

- Estos son los sistemas dinámicos - explicó mientras abría entusiasmado el fajo de hojas amarillas y mostraba sus páginas

- Es la teoría de las ecuaciones diferenciales.

-Tal vez nos convenga ir leyendo estas notas para estar preparados para cuando vuelva Lewowicz - agregó otro, más asustado que yo todavía.

Los sistemas dinámicos es de lo que es especialista Massera. - explicó el que más sabía.- Precisamente, Lewowicz fue alumno de Massera.

-¿Y cómo es Lewowicz? -

-Es rubio, con ojos claros, piel muy blanca, no muy alto. Ahora debe tener algo más de 40 años - respondió el que lo había conocido.

-¿Y qué más? - seguí preguntando.

- Bueno. Mucho más. Sale a cada rato de su sala, y camina despacito, como paseando, de una punta a la otra del pasillo del IME.

-Y mientras camina, a veces hace gestos con las manos, como tocando los objetos matemáticos en los que está pensando.

-En sus clases hace pausas y pregunta: "Bueno, señores ¿qué me dicen ustedes de esto?" -

Esa primavera su llegada era inminente. Y la ansiedad crecía. Como cuando se acerca el parto después de un embarazo muy largo, ... que nos había impuesto quietud durante más de 10 años.

Fue al mediodía de un viernes²⁵. Cuando entraba yo al instituto, lo vi salir despacito de una de las salas al pasillo del IME. Y sí, ... era rubio, aunque entrecano. Su cara muy clara, algo rosada. Y efectivamente, no muy alto. Y no con mucho más que 40 años.

Pero no me animé a acercarme. Vi que cerraba despacio la puerta con llave, y salía caminando pausadamente, hacia la punta del pasillo opuesta a donde yo estaba. Lo vi de costado y luego de espaldas. No vi si hacía o no hacía gestos con las manos, contorneando los objetos matemáticos en los que pensaba.

Pero imaginé que sí.

.....

-¡Llegó Lewowicz! ¡Llegó Lewowicz! - anuncié a los gritos al entrar a una de las salas del IME. Y después lo anuncié entusiasmada en la secretaría, y en todos los lugares del instituto y de la facultad por donde estuve aquella tarde.

- ¡Llegó, ... llegó, ... estuvo en el IME!-

²⁵ En realidad no me acuerdo si fue viernes, lunes u otro día, ni si fue al mediodía o a otra hora.

La gente²⁶ salía de las salas y otros llegaban al instituto para saludarlo y darle la bienvenida.

Pero no lo encontraron. Se había ido

....

- Loli²⁷, ¿de dónde sacaste que vino Lewowicz? ¿Dónde lo viste? Porque no apareció por aquí, y si hubiese llegado al instituto, ya habría aparecido. ¿No te parece? -

Y poco después...

-Mirá Loli, se comunicaron con Lewowicz y todavía está en Venezuela.

Nunca se lo conté... A Lewowicz, sí. Pero nunca se lo conté al otro matemático, al que yo creí que era Lewowicz, el que salió al pasillo del IME aquel mediodía.

Al lado de Anosov

Alrededor del año 1997, Lewowicz planteó un problema abierto sobre el comportamiento de ciertos difeomorfismos con tangencias en el borde de los llamados "difeomorfismos de Anosov", los que están "al lado de Anosov".

²⁶ Creo que menos de 15 personas era toda la gente del IME por esas fechas.

²⁷ Mi sobrenombre es Loli

Ese mismo año fui a un workshop muy importante de sistemas dinámicos en el IMPA, en Río de Janeiro. Cuando llegué al edificio del IMPA había mucha gente, muchos matemáticos famosos en el patio. Faltaban dos horas para que empezaran las conferencias. Ví a Palis llamándome con la mano entre la multitud, para que me acercara. Estaba con Anosov²⁸.

Pensé, ingenua yo, que Palis me llamaba porque quería presentarme a Anosov. Pero no. No me lo presentó. Solo me dijo, en inglés, que lo llevara al Jardín Botánico porque Anosov quería visitarlo.

Le di la mano a Anosov, le dije mi nombre, y como una perfecta guía turística, lo invité a seguirme.

Me llenó de emoción darme cuenta que tendría a Anosov para mí sola durante dos horas. Y pensé que era un desperdicio no hablar de matemática con él. Pero nunca me animé, por temor a meter la pata, a hablar de matemática con famosos matemáticos en los congresos y encuentros sociales.

Así que, con mi mayor alegría por lo privilegio que me había tocado, lo llevé a Anosov a recorrer el Jardín Botánico de Río de Janeiro. Yo estaba feliz.

²⁸ Dimitri Anosov (1936-2014) fue un matemático ruso importantísimo y muy famoso, que en la década de 1960 inventó y estudió los difeomorfismos luego llamados "de Anosov".

Él era grande y corpulento y caminaba muy rápido. Yo tenía casi que correr a su lado. Además era muy callado. No decía palabra alguna. Y yo tampoco. Al llegar al Jardín Botánico compré las dos entradas. Él no hizo gesto de pagar la suya y no dijo gracias después que las compré.

Durante la recorrida del parque, siempre caminando a velocidad máxima, me animé a decirle que yo había sido estudiante de Palis y que me había doctorado unos pocos años antes. Y le conté un poquito sobre el tema de mi tesis.

Él seguía calladito. Finalmente, creo que más por cortesía que por interés, me preguntó en qué estaba trabajando en ese momento. “En los sistemas al lado de Anosov”, le respondí en inglés. Y agregué "como yo ahora".

Eleonora, ven.

Mi primer nombre en los documentos es Eleonora, heredado de mi abuela paterna rumana. Mi segundo nombre es Dolores. Debido a ese segundo nombre, que heredé de mi abuela materna andaluza, mi familia desde que nací me dice Loli o Lolita. Mis amigos más cercanos, e incluso los matemáticos uruguayos de todas las edades con los que he trabajado, también me dicen Loli.

Si me llaman Eleonora, sé que el asunto viene profesional y formal. Si me dicen Loli, siento una relación más cercana.

Cuando estaba en jardinera, con 4 años de edad, la maestra llamó a mis padres para decirles que tal vez era sorda, porque ella me llamaba "Eleonora, ven" y yo la quedaba mirando sentada en mi sillita amarilla, pero no iba hasta el escritorio de ella.

Mis padres pensaron que yo no me reconocía por Eleonora, porque en casa era Lolita. Pero cuando me explicaron, yo les respondí que sí sabía bien que mi nombre en la escuela era Eleonora. Pero que no iba porque había otra Eleonora en el grupo cuyo apellido era "Ven²⁹", y mi apellido era Catsigeras.

También tengo dos versiones de mi apellido paterno. Uno es Catsigeras, como aparece en todos mis documentos uruguayos. El otro es Katsigera como aparece en la traducción oficial al inglés de mis documentos griegos.

Cuando mi padre llegó a Uruguay en 1951, tenía documentos y nacionalidad griegos, aunque era nacido en Rumania. El traductor le tradujo el apellido con "C", en vez de "K", porque en castellano el sonido de la letra griega "kapa" se escribe con "C". Además termina en "s" porque

29 En el lenguaje rioplatense, aún en el más formal, se dice "Vení" en vez de "Ven". Pero las maestras en la década de 1960 en Uruguay, aún las de preescolares, solo usaban el idioma español de España.

los apellidos en griego tienen género: son femeninos o masculinos. Apellidos como el mío, para varones van con “s” al final, y para mujeres van sin la “s”.

En Facebook y otras redes sociales escribí mi apellido con “K” para facilitar que me encuentren mis primos y otros parientes por la línea paterna, que viven en varios lugares del mundo. No uso Facebook ni otras redes sociales nada más que para cuestiones personales, que prefiero mantener alejadas de mi vida académica y profesional. Para eso me viene bien que mi apellido paterno se pueda escribir de dos formas diferentes.

Capítulo 3

Caramelos surtidos y otros relatos

Cosquillas virtuales

Pensar en matemática es como jugar al juego de las “cosquillas virtuales”.

Cuando Graciela³⁰ era chiquita jugábamos a hacernos cosquillas, pero no de las convencionales, sino de las “virtuales”. Una se quedaba quieta mientras la otra le acercaba la mano al cuello, moviendo los deditos pero sin tocarlo. No valía hacer cosquillas tocando la piel ni la ropa de la otra. Ganábamos las dos y nos reíamos como locas, porque sentíamos las cosquillas de verdad.

Cuando pienso en matemática, primero imagino. Creo imágenes virtuales en la mente, figuras y chirimbolos que no existen en el mundo físico. Al imaginarlas vivamente logro “sentir” esas figuras, es decir, verlas y percibir sus propiedades. Así las analizo y si tengo éxito (lo que sucede en la minoría de las veces) les descubro o invento algo

30 Graciela Galípolo es nuestra sobrina, hija de mi hermana Julita. Desde que ella era una bebé, y hasta que se hizo adulta y se independizó, vivimos todos juntos: Heber y yo con Julita y Graciela. Por eso, con el permiso de Julita, soy la segunda madre o la madre “postiza” de Graciela y suelo decir que ella es la “sobrinhija” de Heber y mía. Nació en 1995, en el mismo año en que Heber y yo regresamos desde Río de Janeiro a vivir de vuelta en Montevideo. Ahora que es adulta, Graciela todavía nos sigue escribiendo amorosas tarjetas a Julita, Heber y a mí, en el día de la madre y en el día del padre. Al terminar el liceo, Graciela se inscribió en la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República, donde estudió, hasta aproximadamente la mitad, la carrera de Licenciatura en Física. Es muy inteligente y nunca perdió un examen. Pero dejó sus estudios universitarios en enero de 2018 para viajar, sola y casi sin dinero, de aventurera por el mundo. Volvió a Uruguay en agosto del año 2019, cuando inició sus estudios en la Facultad de Arquitectura. Hizo un año y medio de la carrera de Arquitectura, también sin perder ningún examen. Abandonó nuevamente sus estudios para dedicarse al reciclaje de casas y apartamentos antiguos, trabajo en el que se mantiene hasta el día de hoy. Es apasionada por los animales. Sus dos “hijitos”, como dice ella, son hoy sus perros Colette y Coco.

nuevo. La matemática es creación y descubrimiento por un proceso, que yo encuentro muy disfrutable y divertido, como el juego de las cosquillas virtuales.

La parte final de la investigación matemática, cuando la verdadera investigación ya está hecha, es traducir las ideas, teoremas y demostraciones al lenguaje convencional matemático, en forma lógica-deductiva exacta. Esa es la parte, que me gusta mucho también, pero que me resulta menos interesante. Es necesaria, y la única admitida para comunicar las ideas matemáticas a otras personas.

Massera³¹, en una charla a finales de la década de 1980, relataba el proceso de creación y comunicación del conocimiento matemático así:

El matemático sube por una escalera más o menos larga y difícil hasta la cima, a veces muy alta. Luego, ya arriba, quita la escalera y la esconde. Finalmente se muestra a todos los demás diciendo desde lo alto: “Miren a dónde

31 José Luis Massera (1915-2002) fue, además de ingeniero y político, un eminente matemático uruguayo, muy reconocido en el mundo entero, especialista en la teoría de ecuaciones diferenciales. Recibió los títulos de Doctor Honoris Causa de las universidades La Sapienza (Italia), Humboldt (Alemania), de Niza (Francia), de Puebla (México), de Quito (Ecuador), Técnica de Budapest (Hungría), San Andrés (Bolivia), La Habana (Cuba), UFRJ (Brasil) y Universidad de la República (Uruguay). En 1997 recibió el Premio México de Ciencia y Tecnología. Fue fundador, junto con Rafael Laguardia en la década de 1940, del Instituto de Matemática y Estadística (IME, actual IMERL) de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República. A finales de la década de 1949 enunció y demostró el famoso teorema, luego conocido con el nombre “Teorema de Massera”, que caracteriza el problema de la estabilidad del equilibrio en las ecuaciones diferenciales no lineales en términos de las funciones de Liapunov. Durante la dictadura militar en Uruguay fue preso político.

llegué”. Y los demás se sorprenden admirados, sin entender cómo subió.

Caramelos surtidos

Cuando tenía 6 años, Graciela iba a muchos cumpleaños y venía con los bolsillos llenos de caramelos que juntaba de las piñatas. Se tomaba el trabajo de elegir ropa especial para los cumpleaños, no la más elegante, sino la que tuviera bolsillos más grandes.

De cada cumpleaños volvía a casa con montañas de caramelos. Los dejaba en un tarro de la cocina. Al poco tiempo los caramelos iban desapareciendo, y me preocupaba porque dañan los dientes.

Una noche de brujas vino una amiguita de ella que vivía cerca, se disfrazaron y se pintaron las caras. Nos pidieron permiso para ir solas a tocar timbre en todos los apartamentos del edificio para que les regalaran dulces.

Las dejamos ir con la condición de que no salieran del edificio. Al rato volvieron con una bolsa enorme llena de caramelos, todos distintos. Y me dijeron que nadie les había abierto la puerta, excepto la vecina de abajo, Ivonne.

Ivonne³² era una señora viuda muy simpática de unos 60 años de edad en aquellos tiempos, cuyas dos hijas ya adultas vivían en los Estados Unidos.

¿Todos esos caramelos te dio Ivonne? - pregunté a Graciela.

-Sí, todos.- dijo.

Pero me resultó raro, porque parecían rejuntados, de orígenes diversos, no comprados el mismo día. Eran todos distintos entre sí. Había grandes, pequeños, rosados, de frutas, de dulce de leche, cuadrados, redondos ... de todo un poco.

-Se vé que Ivonne no los compró todos juntos, qué raro. Es como si los hubiera estado juntando de a pocos durante mucho tiempo- dije yo.

- Sí, los fue comprando de a pocos durante todo este año.- respondió Graciela.

Y vos, ¿cómo sabés?- le pregunté.

-Porque a mí no me gustan los caramelos, y ella me los compra a un peso cada uno.

32 Ivonne Swartz había trabajado muchos años en un Banco y ya estaba jubilada.

El water³³ roto

En el año 1988 o 1989, Edith³⁴ y José³⁵, con sus dos hijas Leticia³⁶ y Gra³⁷, entonces con cuatro años y solo algunos meses de edad respectivamente, se fueron a vivir y trabajar a la ciudad de Carmelo³⁸. Bastante después, en la segunda mitad de la década de 1990, mi suegra Nydia³⁹ también se mudó a Carmelo. Desde entonces viajamos periódicamente hasta esa ciudad a pasar unos días con todos ellos.

33 En Uruguay se llama “water” al inodoro.

34 Edith Enrich es la hermana de Heber, mi querida cuñada. Es médica psiquiatra ya jubilada.

35 José Duarte es el esposo de Edith, mi concuñado. Es médico ginecólogo, muy reconocido en la ciudad de Carmelo. Antes de jubilarse fue director del Hospital de Carmelo. Es un excelente asador y muy generoso.

36 Leticia Duarte es nuestrasobrino, la hija mayor de Edith y José. Es médica anestesista en Carmelo. Tiene un pequeño hijo, ahora con 2 años de edad, que se llama Felipe.

37 Graciela Duarte es también nuestra sobrina, la hija menor de Edith y José. Vive actualmente en Montevideo y trabaja en un laboratorio farmacéutico. Tiene un pequeño hijo, ahora con 4 años de edad, que se llama Camilo.

38 Carmelo es una ciudad del departamento de Colonia en Uruguay, con costas sobre el Río de la Plata muy cerca del punto de donde el Río Uruguay se transforma en de la Plata. Está atravesada por el arroyo de las Vacas, donde están un club de remeros y el puerto de yates. El antiguo puente giratorio en Carmelo sobre el arroyo de las Vacas, y la rambla al borde de este arroyo son lugares icónicos de la ciudad.

39 Nydia Soler es la mamá de Heber, mi muy querida suegra y “Abu” de Graciela, Leticia y Gra. Es una persona maravillosa y muy generosa. Hasta el día de hoy, con 94 años de edad, es activa e independiente. Excelente cocinera, sus especialidades son el matambre relleno, los ñoquis caseros y el fainá de zapallitos. Vivió su infancia y adolescencia en el campo de sus padres, muy cerquita del pueblo de Conchillas. Se casó siendo muy joven, en 1952, con el papá de Heber, Melquier Enrich, ya fallecido y que era arquitecto. Desde que se casó y hasta mudarse a Carmelo, Nydia vivió en Montevideo por cerca de 45 años.

Heber y yo jugábamos mucho con Leticia y Gra durante nuestras estadías en Carmelo, cuando ellas eran niñas pequeñas. El juego que más disfrutaban, y siempre pedían entusiasmadas a Heber jugar “otra vez, otra vez”, era el que ellas mismas bautizaron como “el water roto”: Heber sentaba a una de las nenas en sus rodillas y se hacía el distraído durante un buen rato. De repente, abría sus piernas bruscamente y la nena caía al piso de sorpresa, riéndose a carcajadas.

Durante una semana de carnaval, a principios de la década de 1990 cuando Heber y yo vivíamos en Río de Janeiro, viajamos a Uruguay a visitar a nuestras familias. Traje de Brasil, para regalarle a Leticia y Gra, una careta de bruja, muy espantosa y narigona. Era de latex, cubría no solo la cara sino la cabeza entera, y tenía detalles muy elaborados como dientes, pelo y una fea berruga verde al lado de la boca.

Al llegar a Carmelo, saqué del bolso el paquete con la careta. Gra estaba parada delante mío, atenta y muy ansiosa por saber qué había dentro. Lo desenvolví, y sin mostrar lo que había sacado, de espaldas a Gra, me puse la careta trabajosamente. Era elástica y apretada, difícil de colocar. Gra me miraba curiosa. Cuando finalmente me di vuelta y la miré con la careta puesta, ella abrió unos ojos enormes y estalló de repente en un llanto desconsolado.

Clementina

Mirando en internet fotos antiguas de Montevideo, encontré una de principios del siglo XX del arroyo de los Pocitos. En la foto se veía un arroyo atravesando un campo con algunos árboles bajos. En el texto que acompañaba la foto se leía que ese lugar es hoy la intersección de las calles 26 de Marzo y La Gaceta, en el actual barrio de Pocitos Nuevo.

Me atrajo mucho la foto, porque durante mi niñez y adolescencia en las décadas de los 60 y 70, mi familia y yo vivíamos del lado opuesto, en la manzana sur, a esa intersección de calles. Y efectivamente, por ahí pasaba el arroyo de los Pocitos. Aunque no se veía, porque en esos tiempos ya hacía muchos años que el arroyo corría bajo el pavimento de las calles.

Cuando nos mudamos a Pocitos en 1962, había en mi cuadra muchas casas bajas, todas modernas para la época, pero solo un par de edificios altos, también modernos, uno enfrente del otro. Mi casa estaba en uno de esos dos edificios⁴⁰ y tenía un balcón hacia la calle. También había en mi cuadra varios terrenos baldíos. Y en algunos terrenos

40 En el segundo piso de nuestro edificio vivía la familia Wolf. El hijo mayor, Alberto, que en esos tiempos era un niño chiquito unos cinco años menor que yo, es ahora el famoso músico Alberto (Mandrake) Wolf. Cuando estaba escribiendo este relato casualmente me apareció un posteo sobre Alberto en Facebook. Le envié un mensaje recordando que mi mamá era amiga desde jovencita de su abuela, y que mi papá, cuando lo encontraba en el ascensor, le tocaba la cabeza y le hablaba en alemán. Alberto respondió enseguida diciéndome que, a pesar de tantos años transcurridos, todavía se acuerda de nosotros.

se levantaban casillas de lata, supongo que construidas en forma irregular.

Mi cuadra, en la calle Echevarriarza entre Lorenzo Pérez y Buxareo, solía transformarse en un lago después de cada lluvia intensa. Se inundaban las plantas bajas de las casas, incluyendo las casillas irregulares.

Estando yo en segundo o tercero de escuela recuerdo que levantaron toda la cuadra. Estuvo en obras varios meses, entubaron el arroyo, y con ello cesaron las inundaciones. Desde la balcon de mi casa miraba yo con curiosidad infantil, la obra de entubación.

En la esquina donde hoy se levantan dos edificios altos, uno revestido con baldosas rojas construido en la década de los 70, y otro muy lujoso de la década de los 90, vivía el repartidor de diarios del barrio, don Chilo. Su hijo se llamaba Ángel y era algunos años mayor que yo. Durante mi adolescencia, Ángel era el típico muchachito de esos tiempos, con pelo largo, vaqueros ajustados y acampanados, la camisa semiabierta y un medallón horrible en su pecho. Lucía como los “Bee-Gees”.

En las casillas de al lado de la casa de don Chilo, bien enfrente a mi casa, vivía una familia formada por tres o cuatro adultos. Su vivienda no se veía desde el nivel de la

calle porque quedaba oculta entre árboles y cercos verdes. Pero sí se veía desde el balcón de mi casa.

Tenían como siete u ocho cuartos con paredes de lata, uno atrás del otro como chorizo, sin puertas pero con cortinas de tela. Una de esas casillas era la cocina, que constaba apenas de una chapa que hacía de techo, con dos paredes a un lado, y abierta del otro como en un camping. Otra de las casillas era el baño. Lo tenían siempre con la cortina descorrida, y desde mi casa se veía el inodoro, excepto cuando entraba alguien y corría la cortina.

El arroyo entubado debajo de mi calle llegaba a la otra esquina de la cuadra, donde desemboca la continuación de Chucarro⁴¹ en la calle Buxareo, formando una proa con la calle Echevarriarza. En esa proa vivía, durante la década de los 60, una familia siciliana. Eran los verduleros y criadores de gallinas del barrio. Su puesto se conocía como “Lo de Clementina”.

El puesto era como los de las ferias, pero permanente, y muy grande. El piso era de tierra, y el “techo” era la enorme copa de un árbol plantado al costado del puesto. Para atrás había unos arbustos verdes y pilas de cajones, y para el costado estaba la casita de la familia, que no se veía porque quedaba oculta entre las plantas.

41 Hace poco tiempo me enteré que la continuación de la calle Chucarro que llega hasta la calle Buxareo se llama Camino de los Hormigueros. En la década de los 60 todavía era un camino de tierra.

No había puertas ni rejas en el puesto. Daba directamente a la vereda y estaba siempre abierto. Pero de noche no atendían, guardaban las frutas y verduras que tenían expuestas durante el día, sacándolas de los muchos tablones de madera que formaban la feria, y las apilaban en cajones que dejaban en la proa de la vereda.

Doña Clementina era la única hermana mujer de esa familia siciliana, formada por cuatro o cinco hermanos, entre los que recuerdo a Francisco, Felipe y José. Vivían con su madre viuda, excepto Felipe, que era el único casado y vivía a media cuadra, por la calle Echevarriarza entre Buxareo y Benito Blanco. Felipe era el zapatero del barrio.

Todos los integrantes de esta familia siciliana hablaban en un cocoliche difícil de entender,... y a los gritos, tanto cuando saludaban contentos a mi papá como cuando se enojaban.

Los clientes que iban a comprar al puesto, como mi papá, eran atendidos generalmente por doña Clementina. Algunas veces, y si era el final de la tarde, atendía su hermano José. Cualquiera de ellos siempre estaba con su madre al lado controlando, que no hablaba ni entendía una sola palabra de español, que tenía bigotitos y usaba siempre un pañuelo negro en la cabeza, atado a la nuca y dejando la punta suelta para atrás.

Uno tenía que decirle a Clementina qué quería comprar, sin titubear mucho ni preguntar demasiado para no hacerla enojar. Y para no detonar el enojo de la madre, que estaba siempre a su lado.

Clementina entonces “ordenaba” a su hermano Francisco, flaco, bueno y calladito,.. le ordenaba a los gritos “¡2 kilos de tanjerine e 2 de pomarolo!”.

Después, en la misma frase le preguntaba a mi papá amablemente “¿Algo más?”, y sin pausa, seguía puteando en siciliano y a los gritos a otro de sus hermanos. Este estaba adentro de la casa, no lo veíamos, pero lo escuchábamos puteando también, con voz ronca de dormido.

Sin pausa entre las puteadas a distancia a su hermano y las frases amables a mi papá, Clementina lo miraba y le sonreía diciendo “Qüerente-é-chinco peso,.. pe usté, ... qüerente”, mientras sacaba una caja de madera sucia y sin tapa, que tenía siempre debajo del tablón que oficiaba de mostrador.

Apoyaba la caja arriba de su pollera larga y negra, sentada con las piernas una a cada lado, y anotaba no se qué en un papel arrugado que guardaba junto a los billetes y monedas dentro de la misma caja.

Le daba el cambio a mi papá, le sonreía ensanchando mucho su cara gorda con mejillas coloradas, mientras le decía “Arrivederchi”. Y sin hacer pausa seguía la puteada que mantenía a los gritos con su hermano, el que estaba adentro de la casa.

Me regalaban en general una fruta, por ejemplo una manzana para que la comiera allí mismo. Don Francisco la elegía especialmente para mí. Y antes de dármela la lustraba con la punta de su camisa sucia, y me sonreía mostrando sus dientes amarillos. Yo la comía feliz.

Me parecían viejos los hermanos sicilianos, pero se ve que no lo eran. Doña Clementina se casó como 12 años después, cuando mi papá ya había fallecido. Se casó con un gallego, el que era el dueño del entonces Bar Costa Azul, en la esquina de Benito Blanco y Buxareo. Era un bar chiquito, típico de barrio, al que yo de niña no entraba, excepto algunas veces cuando mi papá pasaba por allí conmigo y se detenía un momentito para saludar al dueño, de quien era amigo.

El bar Costa Azul tenía una barra alta y larga de madera con tapa de mármol, y cuatro o cinco mesitas cuadradas con sillas alrededor. Atrás del mostrador había estantes llenos de botellas, que a mí me parecían viejas y sucias. Todo el bar me parecía viejo y sucio, había siempre olor a

algo que no sé definir bien, y entraban solo hombres como mi papá.

La ardilla.

Me sorprendí muy gratamente cuando recibí, una tarde de invierno del año 2014, una inesperada llamada telefónica del MEC⁴² informándome que era yo la ganadora del premio⁴³. Porque no me había postulado con mucha esperanza de ganar, sino simplemente porque el proyecto que había presentado estaba dedicado a la memoria de mi querido profesor Jorge Lewowicz, que había fallecido pocas semanas antes de mi postulación. Presentarme a ese concurso fue mi homenaje a Jorge.

El proyecto premiado se llamó “Neurodinámica”⁴⁴. Mi interés en esos temas nació en 1989, cuando mi querido

42 Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay.

43 Premio L’Oréal-Unesco “Por las Mujeres en la Ciencia”, Uruguay, 2014. Recopilación de recortes de prensa y entrevistas en televisión en <https://www.fing.edu.uy/biblioteca/bibliografias/568560.pdf>

44 El mérito del premio por el proyecto “Neurodinámica”, del que fui directora, es de todos los integrantes, tanto investigadores como estudiantes, del equipo multidisciplinario que participó en él: Cecilia Cabeza y Arturo Martí (físicos, investigadores, Fac. Ciencias), Leonardo Barboni (doctor en ingeniería microelectrónica, investigador, Fac. Ingeniería), Leonel Gómez (biomatemático, neurocientífico, investigador, Fac. Ciencias), María Castelló (neurocientífica, investigadora, Inst. Investigaciones Biológicas Clemente Estable- IIBCE), Carolina Pereira (bióloga y neurocientífica, estudiante de doctorado PEDECIBA), Alejo Rodríguez-Cattáneo (neurocientífico, estudiante de doctorado PEDECIBA, investigador IIBCE), Jorge Groisman, Mariana Pereira y Marcelo Cerminara (matemáticos, investigadores, IMERL Fac. Ingeniería), Alfonso Artigue (matemático, estudiante de doctorado PEDECIBA, ayudante IMERL, Fac. Ingeniería), Florencia Cubría, Pilar Lorenzo, Santiago Martinchich, Horacio Lena, Cecilia Mezzera y Victoria García Tejera (estudiantes de matemática PEDECIBA y Fac. Ciencias, ayudantes), Gonzalo de Polsi (estudiante de física PEDECIBA y ayudante en la Fac Ciencias), Agustín López de Lacalle y Mauro Martínez (estudiantes de ingeniería, ayudantes del IMERL, Fac Ingeniería).

profesor y buen amigo Ruben Budelli⁴⁵ los introdujo en el seminario de sistemas dinámicos que dirigía Lewowicz. Ruben era una persona muy generosa y excelente profesor. Además de neurocientífico, había estudiado matemática muy profundamente. Nos traía los problemas de neurociencias, que en sí mismos nunca pudieron atraerme mucho, ya traducidos al lenguaje matemático abstracto, convirtiéndolos en lindos problemas de sistemas dinámicos. Así, mi segundo artículo de investigación fue en coautoría con Ruben, publicado en 1992. La aceptación de ese artículo en una prestigiosa revista científica, fue el primer premio que recibí en mi vida profesional.

Muy afortunadamente, recibí también durante mi vida muchos otros valiosos reconocimientos, informales, no académicos, pero muy genuinos y reconfortantes, entre ellos los que me dieron amigos, estudiantes y compañeros de trabajo.

Por ejemplo, durante la entrega del premio científico formal por mi proyecto “Neurodinámica”, recibí con emoción los abrazos y palabras cariñosas de mis queridas amigas⁴⁶.

45 Ruben Budelli (1951-2018) fue un muy destacado biomatemático uruguayo, investigador en Neurociencias y reconocido por sus aportes tempranos a la dinámica de redes neuronales. Fue muy reconocido profesor en la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República.

46 Entre los muchos que asistieron al evento, y por mencionar solo algunas de mis amigas mujeres, estaban Alicia Calabrese, Nancy Guelman, Matilde Martínez, Maryori Guillemet y Ana Lourdes (Analú) Chiriff. Alicia es una querida amiga de toda la vida, desde que íbamos juntas a la jardinería con 4 años de edad. Nancy y Matilde son distinguidas matemáticas, investigadoras y profesoras del IMERL, especialistas en Sistemas Dinámicos, y excelentes personas y amigas de Heber y mías. Maryori y Analú fueron muy eficientes secretarías del IMERL. muy amigas nuestras. Curiosamente hubo tres secretarías del IMERL llamadas Ana, las tres son muy buenas amigas nuestras. La primera es Ana María Sánchez, que fue secretaria del IMERL a finales de la

Durante mi presentación previa en el IMERL del proyecto premiado, recuerdo el caluroso abrazo de algunas de mis queridas primas⁴⁷.

De premios recibidos de mis estudiantes, que fueron muchos, menciono primero el “Premio Ardilla”⁴⁸. Me lo entregaron porque en mis clases me voy por las ramas.

Además, a lo largo de mi vida como docente en la Facultad de Ingeniería, fueron muchas las cariñosas cartas y mensajes (escritos o verbales) que he recibido como valioso reconocimiento de parte de mis ex-estudiantes, alguna como la de Daniel⁴⁹, recibida 30 años después de haber sido yo su profesora.

Entre esas cartas, unas de las últimas que recibí fueron las de Agustina⁵⁰ en el año 2023, siete años después de haber

década de 1990. La segunda es Ana María Olivera, que fue secretaria del IMERL desde principios de la década del 2000 hasta que se jubiló a finales de esa década. Y la tercera es Analú.

47 Mis primo-hermanos, hijos de mi tíos Walter y Lula, son Ana María, Rosario, María Inés, Adriana, Luis, y Malena (fallecida) García Aishemberg, y sus cónyuges Nury, Óscar, Quilo y Aníbal. Mi querido tío Walter (García Vidal, fallecido) era el hermano menor de mi mamá, y siempre fue muy amoroso con Julita y conmigo. Me estimuló mucho para seguir la carrera de ingeniera. Fue médico veterinario y un muy reconocido profesor de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de la República y de la Universidad de Pelotas (Brasil). Hoy una sala de la Facultad de Veterinaria lleva su nombre.

48 Uno de los “Premio Tiza”, evento informal y festivo organizado todos los fines de año por los estudiantes de la Facultad de Ingeniería.

49 Daniel Menéndez fue estudiante de uno de mis cursos en el año 1981 o 1982. No volví a saber nada de él hasta que en el año 2012, nos encontramos en un grupo de “facebook”, por donde me envió un lindo mensaje recordando los tiempos en que yo había sido su profesora. Actualmente Daniel, que es solo dos años menor que yo, es jubilado de su trabajo de decenas de años en la UTE.

50 Agustina Roca, ya ingeniera, fue la mejor alumna de mi curso de Cálculo en el año 2016. Es muy inteligente y culta. Sus escritos de matemática eran excelentes y se destacaban por su

sido ella estudiante en mis clases. Yo llamaba y sigo llamando a Agustina mi estudiante “number one”.

Y una de las más simpáticas fue la que recibí de Nacho⁵¹ en el año 2007 como comentario a un video didáctico, un poco en broma, que yo había creado y subido a YouTube para que los estudiantes comprendieran mejor y recordaran un teorema visto en clase. En el video yo dibujé, a mano con el ratón, flechas rojas relacionando diferentes ecuaciones. Las flechas me quedaron temblorosas y torcidas. En la presentación del video, me referí a otro video de YouTube: uno de acrobacias en el cielo con aviones de un grupo de pilotos que se llama “Red Arrows”. Escribió Nacho en su mensaje: “no me voy a olvidar más del teorema (porque lo estuve mirando por 3 min esperando a que pasara algo jeje) me reí bastante... aunque los red arrows hacen rectas mejores jeje...”

Recuerdo ahora con emoción tres “cartas-premio” escritas por mis compañeros de trabajo. La primera fue de nuestro muy querido amigo Pepe Vieitez⁵², en representación del IMERL, en oportunidad de mi renuncia en el año 2017 al cargo profesora grado 4 para iniciar mi proceso de

caligrafía perfecta.

51 Ignacio Parietti fue estudiante del curso de Cálculo 2 en el año 2007.

52 José (Pepe) Vieitez es un muy reconocido matemático uruguayo especialista en Sistemas Dinámicos, particularmente en el estudio de la dinámica expansiva. Fue profesor e investigador uruguayo en el IMERL durante muchos años, y luego, desde su creación, es profesor e investigador en el DMEL (Departamento de Matemática y Estadística del Litoral) del CENUR (Centro Universitario Norte de la Universidad de la República) en la ciudad de Salto. Fue director del DMEL y del CENUR. Pepe y su esposa Ninoska son viejos queridos amigos nuestros.

jubilación y asumir el cargo de profesora honoraria. Fue, la de Pepe una carta muy emotiva recordando episodios de mi vida. Descubrió que había sido yo la primera mujer matemática del IMERL que se había doctorado en matemática.

La segunda fue leída, también en representación del IMERL, por mi compañera de trabajo y amiga Paola Bermolen⁵³ en el evento de despedida por mi renuncia en el año 2023 al cargo de profesora honoraria para jubilarme definitivamente. Ese evento tuvo lugar en diciembre de ese año, en el marco del 8vo Coloquio de Matemática. Me emocionaron las muestras de afecto durante mi despedida, de muchos de mis queridos amigos y familiares⁵⁴, tantos que, aunque quisiera, no los podría mencionar a todos aquí. Graciela hizo de fotógrafa durante el evento. Publiqué las fotos con los nombres de todos los que ese día asistieron y me abrazaron calurosamente⁵⁵.

53 Paola Bermolen es una joven matemática uruguaya, especialista en Ingeniería Matemática de Redes. Fue subdirectora del IMERL de 2020 a 2022 y directora del mismo instituto de 2023 a 2025.

54 Entre ellos mi sobrino Martín Alcalá-Rubí y mis queridos amigos Jorge Groisman, Nicolás Loeff, Rodolfo Jalabert, Teresita Imia, Pedro Sakorko y Silvana Gianoni. Martín es hijo de mi prima Ana María y su esposo Óscar. Es un exitoso joven ingeniero y empresario, dedicado al desarrollo de software e inteligencia artificial. Jorge es un matemático destacado en Sistemas Dinámicos, investigador y profesor del IMERL. Nico es un exitoso ingeniero y empresario, trabaja en los Estados Unidos en desarrollo de software de inteligencia artificial dedicado al diseño de algoritmos que predicen el movimiento del mercado financiero. Rodolfo es ingeniero especialista en generación eólica en la UTE. Fue estudiante de mis cursos de matemática hace muchos años. Teresita fue secretaria del IMERL hace ya muchos años. Pedro (Peter) es profesor de matemática en la Facultad de Ciencias Económicas y en clases particulares de apoyo a estudiantes universitarios. Silvana es profesora de matemática en el interior del país. Nos conocimos hace treinta años como compañeras de trabajo en el IMERL. Su hija nació casi el mismo día que Graciela, por lo que me gusta decir que son casi mellizas.

55 <https://www.fing.edu.uy/biblioteca/bibliografias/589680.pdf>

La tercera fue escrita en 2017 por nuestros amigos y compañeros de trabajo Martín Sambarino⁵⁶ (nuestro querido Samba) y Rafael Potrie⁵⁷ (nuestro querido Gordo). En esa carta, dirigida a una importante comisión académica internacional, ellos me nominaron para un premio. No gané ese premio, pero gané en cambio uno más valioso: que el Samba y el Gordo me hayan nominado.

Finalmente, relato ahora sobre otras dos “cartas-premio”, éstas sí académicas y muy formales, que renovaron mi ánimo y entusiasmo por la matemática. Heber y yo recibimos una de esas cartas en el momento más bajo⁵⁸ de mi oscilante vida como investigadora científica. Nos la envió el muy prestigioso y famoso matemático ruso Yakov Sinai⁵⁹. En el año 2009 nos habíamos atrevido a escribir a

56 Martín Sambarino es un muy reconocido matemático uruguayo, distinguido en el mundo entero por su relevante contribución a la teoría de los Sistemas Dinámicos. Es el formador de las nuevas generaciones de matemáticos uruguayos, sucesor de Jorge Lewowicz en el liderazgo del grupo de Sistemas Dinámicos en Uruguay. Martín se caracteriza por su generosidad y empatía. Es un viejo y muy querido amigo nuestro.

57 Rafael Potrie es un joven y muy destacado matemático uruguayo, especialista en Sistemas Dinámicos, en particular en sistemas parcialmente hiperbólicos. Es ampliamente reconocido en el mundo entero por su profusa y relevante producción científica. Recibió el premio Caldeyro Barcia (2013), el premio Morosoli (2017) y el premio internacional latinoamericano UMALCA (2020).

58 Resultado de evaluación negativa “Insuficiente” en mi evaluación del año 2008 como investigadora del Área Matemática del Programa de Desarrollo de las Ciencias Básicas (PEDECIBA).

59 Yakov Sinai (1935) es un influyente y muy famoso matemático ruso, profesor en la Universidad de Princeton en Estados Unidos. Es especialista en físico-matemática y la teoría ergódica de los sistemas dinámicos. Fue galardonado con importantes premios, entre ellos el Premio Abel, que es considerado equivalente a un premio Nobel en matemática. Fue coautor, entre otros, del teorema conocido después como de Kolmogorov-Sinai y coinventor de las medidas de probabilidad físicas, conocidas después como SRB (Sinai-Ruelle-Bowen) para los sistemas dinámicos hiperbólicos.

Sinai, sin mucha esperanza de que nos respondiera pues él no sabía de nuestra existencia. Solicitamos su opinión sobre una prepublicación que Heber y yo habíamos escrito cuatro años antes y que permanecía sin publicar. Sinai nos respondió una semana después con un breve pero contundente mensaje que comenzaba con “I like your paper.”(¡!). Nos dio el contacto del editor de una prestigiosa revista científica polaca, a quien, decía Sinai en su carta, le enviaba su recomendación⁶⁰.

La otra “carta-premio”, esta del año 2016, fue la respuesta del también muy prestigioso y famoso matemático ruso Yakov Pesin⁶¹, quien casi seguramente tampoco sabía de mi existencia. Respondió Pesin a mi pedido de opinión sobre dos artículos ya publicados, de los que había sido coautora. Pesin opinó, en una extensa carta de respuesta, que ambos artículos eran muy relevantes. En particular, escribió una elogiosa explicación sobre un artículo en coautoría con Heber y con Marcelo Cerminara⁶², nuestro viejo y muy querido amigo Chermi.

60 El artículo fue finalmente publicado con el título “SRB-like measures for C0 dynamics”, autores E. Catsigeras y H. Enrich, en Bulletin of the Polish Academy of Science - Mathematics, Vol.59 del año 2011. Fue el artículo más importante de mi producción científica.

61 Yakov Pesin (1946) es un muy famoso matemático ruso, profesor en la Universidad de Pensilvania en Estados Unidos desde 1989. Es especialista en físico-matemática y en la teoría ergódica de los sistemas dinámicos, dentro de la cual creó la teoría de sistemas suaves no uniformemente hiperbólicos, conocida luego como teoría de Pesin. Demostró dentro de dicha teoría, entre otros teoremas, la que se conoce como Fórmula de Pesin para la entropía.

62 Marcelo Cerminara es un matemático uruguayo, profesor del IME de la Facultad de Ingeniería y de la Facultad de Ciencias Económicas y Administración en la Universidad de la República. Fue mi coautor y el de Heber en varios artículos de investigación., además de ser un viejo y querido amigo. Hoy en día no se dedica más a su profesión de investigador y se transformó en un reconocido y premiado chef de cocina.

Jirafín y Jirafán

Cuando niñas, Julita y yo jugábamos juntas. Uno de nuestros juegos preferidos era el de los autitos. Mi papá coleccionaba réplicas chiquitas de autos de todas las marcas y modelos que existían en la década de 1960. Su excusa era regalárnoslos. Nos explicaba los nombres de marca y modelo de cada uno y sus características. También tenía réplicas de tractores y camiones. Eran preciosos, perfectos, de metal pintado en diversos colores, y con todos los detalles igualitos a los de los modelos verdaderos.

Una tarde de verano, jugando en el balcón del octavo piso donde vivíamos, Julita y yo colocamos toda la colección de autitos en una fila muy larga en el piso, como si estuvieran en una carretera. Los movíamos de a uno para que la fila avanzara.

El balcón tenía una baranda metálica que dejaba un hueco bastante ancho entre su barra inferior y el piso. Además el piso tenía un leve declive hacia la calle para que el agua de lluvia escurriera. Era fácil adivinar el desenlace de nuestro juego: al empujar uno de los autitos, se produjo una reacción de dominó. Casi todos ellos cayeron en picada desde el balcón los ocho pisos hasta la vereda.

Pudimos recuperar todos los autitos caídos. Ninguno se rompió ni perdió las ruedas. Pero desde ese día la colección de mi papá pasó a ser de réplicas de autos abollados.

También jugábamos a las maestras. Juntábamos en el living, que estaba casi vacío, todas las muchas sillas y sillones que había en el resto de la casa. Los ordenábamos en varias filas para armar el “salón de clase”. Después colocábamos los muñecos en los asientos, para hacer de alumnos. Había algunas pocas muñecas de plástico que representaban niñas, y muchos muñecos de paño que representaban animales: perros, gatos, jirafas, osos y bambis, dos de cada uno. Los muñecos de paño eran rellenos pero rígidos, pues estaban armados con alambres por dentro. Les dábamos clase a nuestros “alumnos”, repitiendo algunas cosas que habíamos aprendido en la escuela.

Si estaba mi papá en casa, hacía de alumno junto a los muñecos. Sentado en una de las sillas del “salón de clase”, desobedecía nuestras órdenes, se peleaba con los demás “alumnos” y respondía cualquier disparate a nuestras preguntas. Nosotras lo corregíamos enojadas, lo rezongábamos, le dábamos mala nota y a veces, lo poníamos en penitencia.

Otro de nuestros juegos preferidos era el de las muñecas. Julita tenía su “casa” en el espacio que quedaba entre su cama y el ropero. La mía estaba en el espacio entre mi cama

y la ventana. Éramos “vecinas”, no hermanas. Ella tenía una “hija” que se llamaba Olga. Mi “hija” se llamaba Tina. Eran muñecas grandes, huecas, de plástico duro, sin ojos ni pelo como el de las demás muñecas de la época, sino simplemente dibujados estos en colores sobre el plástico. Sus cabezas, piernas y brazos se podían mover porque eran piezas separadas del cuerpo que se mantenían en su lugar porque estaban agarradas con ganchos a un elástico que había en el interior de la muñeca. A mí me gustaba armar y desarmar a Olga y a Tina, cuando las “llevábamos al médico” o jugábamos a las “doctoras”.

Nuestros “esposos” eran dos jirafas de paño, altas y rígidas, que tenían corbatas azules por la mitad de sus cuellos largos. El “esposo” de Julita se llamaba Jirafín. Y el mío, por copiona, se llamaba Jirafán.

Capítulo 4

Yajodenigua y otros relatos

Los vasitos de cristal

Con Ivonne, nuestra vecina, nos quedábamos charlando buenos ratos junto a la escalera toda vez que nos cruzábamos en el corredor de la planta baja. Hablábamos de sus hijas y nietos, que viven en los Estados Unidos. Ivonne era abuela y viuda. Su madre anciana Susi, que vivía con Ivonne, era bisabuela. Ya fallecieron, primero Susi, y pocos años después Ivonne.

No dejar sola ni descuidar a Susi era el motivo por el cual Ivonne se partía en pedazos para poder viajar y ver a sus hijas y nietos. Varios meses antes de viajar, organizaba toda una empresa dejando empleadas responsables día y noche con su mamá. Y al mismo tiempo, la seguía cuidando ella misma a distancia, llamándola varias veces por teléfono cada día.

Ivonne cuidaba a su madre en forma admirable. Conseguía que Susi, con más de 85 años, pareciera de 70, a pesar de haber vivido la tragedia de la segunda guerra en la que murió toda su familia.

A veces visitaba yo a Susi, sobre todo cuando quedaba sola con las empleadas mientras Ivonne estaba de viaje. Ella me contaba, con su acento inconfundible, algunos de sus secretos.

Una vez me contó la historia de los dos pequeñísimos vasitos de cristal que tenía en un estante de la sala. Los vasitos la acompañaron en Alemania, escondidos entre sus ropas, cuando era adolescente. Logró salvarlos de la tragedia.

- Rescaté solo dos cristalitos- dijo Susi - de lo que había sido mi casa...- y suspira.

-....pero no salvé a mi familia- dice bajito- Suspira de nuevo, y cambia de tema.

Confieso que me emocionaba ver los vasitos cada vez que entraba a su casa. Era como si ellos transmitieran el dolor de aquella historia.

Susi me hacía regalos agradeciendo mis visitas: una tarjeta que recibió de una de sus bisnietas, con un dibujo hecho con marcadores y brillantina. Me la regaló. Me pidió que yo la guardara y que durante varias decenas más de años hubiera alguien cuidándola que no se perdiera ni estropearla.

Otro día me regaló un cuadro artesanal pequeño de madera que ella, a su vez, había recibido como obsequio. Era bastante feo el cuadro.

Primero Susi lo sacó de un cajón, me lo mostró, y preguntó si me gustaba. Y yo, por las dudas para no ofenderla, le dije

que sí. Entonces, contentísima, me respondió con una sonrisa enorme:

-¡Ay! ¡Qué suerte que a usted le gusta este cuadro! A mí... no, ... no me gusta, ... pero como es el regalo de una amiga que quiero mucho, lo guardé. Suerte que usted sabe apreciarlo. ¡Se lo regalo, por favor!... ¡porque me dio el placer de venir a visitarme!

Cenicienta y Caperucita Roja.

Era la fiesta del jardín de infantes al que iba Graciela cuando tenía 4 años de edad.

- Y ahora... "La Cenicienta"- anunció la maestra.

Empezó el vals. Graciela y "el príncipe"⁶³ lo bailaron muy bien, como la maestra les había enseñado.

Después otro niño, disfrazado de reloj, empezó a tocar las doce campanadas. Pero las tocaba rapidito, y sonaron muchísimas más que doce. Mientras tanto, Graciela corría por el escenario. Y "el príncipe" la seguía, pero no tan rápido.

63 Ni Graciela ni yo recordamos ya el nombre del niño que hacía de príncipe.

Como corrían en círculo, a la campanada veintisiete o ventiocho, Graciela alcanzó al príncipe. Él se dio vuelta y la miró. - ¡Ay, no! ¡No perdiste el zapato!

Pero perder de apuro un campeón⁶⁴ acordonado con doble nudo, no es tarea fácil.

- Ayúdame ¡que no me sale!

"El príncipe" se hincó, y tironeó un poco. El campeón salió. Y desaparecieron juntos, tomados de la mano, atrás de la cortina.

Al año siguiente, en la fiesta del jardín representaron el cuento de "Caperucita Roja". Graciela, disfrazada de Caperucita, correteaba dando saltitos por entre las macetas con plantas⁶⁵ que eran "el bosque". Fabián, más chico que ella, con una careta de lobo, la espiaba escondido atrás de una maceta.

El "lobo" caminó sigilosamente hasta la puerta invisible de la "casa de la abuelita". La casa era el espacio al costado del escenario. Un banco bajo, con una almohada, era la "cama". Una muñeca con una cofia blanca en la cabeza era la "abuelita".

64 En Uruguay se llama campeón a la zapatilla deportiva.

65 La escenografía descripta en este relato es aproximada, con algunos detalles inventados, porque ya no me acuerdo bien cómo era exactamente.

- ¡Te voy a comerrrrr! Grrrrrr - dijo Fabián, amenazante.
- Mum, mum, mum, qué rico- continuó Fabián, haciendo como que comía a la muñeca.

Mientras tanto “Caperucita” llegaba a la puerta invisible de la “casa de la abuelita”.

“El lobo” escondió a la muñeca y se dispuso a vestirse con “el camisón de la abuelita”. Este era una remera blanca grande y larga. Pero Fabián no daba pié con bola. No sabía si ponerse la remera por los pies o por la cabeza, ni por cuál abertura.

Graciela, con una mano a la cintura, miraba a Fabián y esperaba pacientemente. Hasta que la espera se le hizo demasiado larga.

- Vamos Fabián, apurate - dijo. Y unos segundos después
- Dejá. Yo te pongo el camisón.

Se acercó a Fabián, lo vistió rápidamente, y continuó

- ¡Qué orejas tan grandes tenés, abuelita!

Código inapropiado

Cuando estaba escribiendo mi tesis de doctorado en 1993, llegaron al IMPA Jean Marc Gambaudo⁶⁶ y su estudiante de doctorado en ese momento, Fernando Moreira⁶⁷.

Nos reuníamos los tres para investigar en matemática. Como fruto de ese trabajo, un tiempo después escribimos un artículo con un nuevo teorema que relacionaba ideas planteadas por Gambaudo y Moreira con las técnicas de algunas demostraciones de mi tesis. Ese artículo fue impreso un año después como prepublicación del IMPA.

En la biblioteca del IMPA guardaban, y supongo que siguen guardando, todas las prepublicaciones del instituto. Las identificaban por medio de una palabra código, formada por las dos primeras letras de los apellidos de los autores, ordenados estos en forma alfabética.

Un día a la hora del café, mis compañeros del IMPA estaban muertos de risa y me decían "qué feo lo que hiciste con Gambaudo y Moreira, muy feo". Yo no entendía el chiste, y ellos no me lo explicaban, pero se reían a carcajadas.

⁶⁶ Jean Marc Gambaudo es un importante matemático francés, profesor en la Universidad de Niza, de la cual fue Rector. Es especialista en Probabilidad, Teoría Ergódica y Sistemas Dinámicos, en particular en las dinámicas infinitamente renormalizables.

⁶⁷ Fernando Moreira es un matemático portugués que trabaja en la Universidad de Porto.

Y así estuve varios días sin entender el chiste. Hasta que recordé la regla de codificación de las prepublicaciones en la biblioteca del IMPA, y tuve en cuenta las dos primeras letras de mi apellido.

El pan marsellés

En la década de los sesenta, pasaba casa por casa todas las mañanas el bueno de Walter, el panadero, con una túnica blanca repartiendo pan y bizcochos calentitos por todo el barrio. Mi mamá iba con la panera hasta la puerta y Walter le dejaba los marselleses dentro, que ya traía envueltos en papel blanco con dos orejitas para arriba, en un paquete abierto por los costados.

Si nos asomábamos Julita y yo, Walter se agachaba para quedar a nuestra altura, y con una sonrisa levantaba el repasador que cubría la canasta enorme de mimbre donde traía su mercadería. Entonces nos dejaba elegir todos los bizcochos que quisiéramos. Se despedía de nosotras con unas palmaditas cariñosas en la cabeza. Los bizcochos eran para nosotras una muestra de afecto de Walter, un regalito diario que imaginábamos que él mismo había amasado y horneado.

Los marselleses en casa eran el pan de todos los días. Blanquitos y crocantes, con una especie de arena amarilla

por afuera cubriendo su "cáscara" paliducha. La miga, bien blanca por dentro, venía en la cantidad y con la consistencia justa. El pan que sobraba cada día se transformaba en tostadas al día siguiente, que comíamos con manteca y mermelada durante la merienda. Eran muy peculiares aquellas tostadas, porque no eran rectangulares ni cuadradas como las de ahora, sino que tenían forma de ocho.

En las últimas décadas casi se ha dejado de hacer el pan marsellés en las panaderías de Montevideo. Solo lo he visto en las panaderías de algunos supermercados.

Pierre, mi colega y amigo francés, estuvo viviendo en casa durante cuatro días de una de sus estancias de investigación en el IMERL. Pierre es marsellés, es decir, oriundo de Marsella. Estábamos en casa charlando Pierre, Heber y yo. Pierre contaba de los quesos que hay en Francia, particularmente en Marsella. Heber entusiasmado, dijo:

- Claro,... ¡qué rico queda el queso gruyere con el pan marsellés!

- Sí sí, el queso con fiambre en una baguette - dijo Pierre- Es típico de Francia, no solo de Marsella.

- No, no. - dijo Heber - Me refiero al pan marsellés, no a la baguette.

-¿Qué es el pan marsellés?- preguntó Pierre.

- Ese que es como un caño doblado al medio- dije, mientras trataba de dibujar en el aire con las manos la forma del pan marsellés.

-¡Ah!- respondió Pierre- la baguette cortada al medio.

-No, no, no,- dijo mi marido - No cortada al medio, sino doblada al medio. Pero qué digo,... no es la baguette, no.

-Como un caño doblado al medio.- insistía yo con el símil sanitario- Es un tubo de masa largo, doblado al medio 180 grados.... Quedan dos cilindros paralelos pegados por sus caras curvas.- Pero mi símil geométrico quedó peor que el hidráulico.

-¡Ah! Ya sé.... ¿El pan flauta? - preguntó Pierre.

-No, no - respondió Heber - Dejá. Mañana te voy a comprar un pan marsellés para que lo veas.

Y así, al otro día al volver del trabajo, Heber pasó por la panadería del supermercado a cinco cuadras de casa, porque en ninguna de las tres panaderías que hay cerca hacen pan marsellés. Compró dos panes marselleses.

A dos tubos cada uno, compró cuatro tubos pegados de a dos. A propósito, hace poco tiempo descubrí, gracias a que en los supermercados los panes están etiquetados, que para comprar ocho tubos de panes marselleses como compraba mi mamá, había que pedir cuatro, y no ocho. Durante toda mi infancia creí que esos dos tubos de pan pegados eran dos panes gemelos... siameses sí, pero dos y no uno solo.

Llegó contento Heber a casa. Antes de soltar el portafolio fue a donde estaba Pierre y le dijo con mucho entusiasmo:

Hola Pierre. ¡Mirá lo que traje!.... ¿Ves?... ¿Lo ves bien?... Esto es un pan marsellés - y sacó de la bolsa uno de los susodichos.

Pierre se quedó mirando sin entender mucho. - ¿¿¿Eso es qué?!? - pregunta sorprendido.

-Un pan marsellés, ¿no vés? - respondió Heber muy seguro, esperando la confirmación de autenticidad de parte de un oriundo de Marsella.

-Oh! Non, non, non, non. Este pan no es marsellés. Nunca lo vi antes. No hay en Marsella de este pan.

Pinky

En el año 2008, cuando Graciela tenía 12 años de edad, teníamos en la familia dos cuises amorosos y un vivaracho ratón chiquito, blanco, con orejitas y cola rosadas, que se llamaba Pinky.

A Pinky lo tuvo Graciela de inmigrante ilegal viviendo en su habitación a escondidas durante no sé cuánto tiempo, hasta que Beatriz⁶⁸ lo encontró de casualidad como tantas otras rarezas que encontraba en los rincones de nuestro hogar.

Cuando vio al ratón, Beatriz no sabía qué hacer con él. Había dos posibilidades: O bien el ratón era un síntoma más de nuestro desaseo y entonces, como parte de su trabajo semanal, debía “limpiarlo” como quien limpia una telaraña más. O de lo contrario, el ratón era intencional y entonces debía limpiar con cuidado los rincones y abajo de los muebles para que la aspiradora no se lo tragara.

Ante la duda, vino hasta donde yo estaba corrigiendo exámenes en la mesa del comedor, y me preguntó:

-Loli, ¿qué hago con el ratón?

⁶⁸ Beatriz Sosa es la cuidadosa y atenta señora que trabajaba en nuestro hogar cuando Graciela era chiquita, ayudándonos con las tareas de la casa.

-¿Qué le pasó al ratón?- respondí yo, pensando que era el de la computadora, pues hasta ese momento no sabía de la existencia de Pinky.

-No, no le pasó nada - respondió Beatriz- solo quería saber qué tengo que hacer con él.

-No te preocupes, Beatriz. Dejalo donde está - respondí yo.

Enseguida, pensando que si Beatriz limpiaba la mesa de la computadora, tal vez sin querer haría clic en el ratón y borraría o activaría algún archivo o programa, agregué:

-Pero tené cuidado de no tocarlo, por favor. Mejor no limpies donde está el ratón, si no te molesta.

Mi respuesta le salvó la vida a Pinky, que no murió de un escobazo ni tragado por la aspiradora.

Yajodenigua.

Cuando conocí a Yajodenigua en el año 2015, ella tenía 25 años. Yo había viajado a Venezuela para trabajar con mi

colega y amigo Arnaud Meyroneinc⁶⁹. La conocí en la casa donde vivía Arnaud en Altos de Pipes⁷⁰.

A los 12 años de edad Yajó, como la llama su familia y amigos, fue al pueblo "La Esmeralda" para aprender a hablar y escribir español. Me contó sobre su vida en la Amazonia, en las nacientes del río Orinoco.

Nuestra cultura conoce la existencia de los Ye'kuana desde finales de la década de 1950 en una expedición de estadounidenses y europeos, me contó. Pero los Ye'kuana conocen nuestra existencia desde mucho antes, me dijo.

Intentan no ser cambiados y preservar su cultura. Me hizo acordar a la película Avatar, cuando me contó sobre su cultura, imposible de concebir y de continuar existiendo sin su estrecha relación con el bosque, los árboles, las plantas, los animales y los ríos.

Cuando ella tenía 17 años un grupo de antropólogos estadounidenses los visitaron para investigar su gente. Ella era de las pocas personas que hablaba español, así que la entrevistaron muchas veces, y estaba siempre acompañando

69 Arnaud Meyroneinc es un matemático francés, especialista en dinámica de sistemas contractivos a trozos. Trabajó en Venezuela desde finales de la década del 2000 hasta hace pocos años. Ahora trabaja en Chile. Con Pierre Guiraud y él fuimos coautores de varios artículos de investigación matemática.

70 Altos de Pipes es una localidad venezolana cercana a Caracas compuesta por varias construcciones, muy distantes unas de otras, distribuidas dentro de un bosque frondoso y extenso, a una considerable altitud sobre el nivel del mar. Allí están las instalaciones del IVIC (Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas).

a los antropólogos. Me contó que desde entonces ella quiso ser antropóloga.

Yajodenigua es muy simpática. Se ríe muchísimo y a carcajadas. Está feliz siempre. Habla y pregunta mucho. Es muy curiosa. Tiene una facilidad increíble para aprender idiomas. Me dijo Arnaud que aprendió francés rapidísimo después de hablar un tiempo con él. No se olvida de ninguna palabra. Y habla varias lenguas de la Amazonia que son todas bastante diferentes entre sí, según me explicó ella.

Cuando Yajodenigua me preguntó mi apellido, lo dije una sola vez, no lo escribí. Inmediatamente lo repitió pronunciándolo perfectamente, con acentuación esdrújula y con la “t” delante de la “s”.

Me preguntó si tenía hijos, de qué edad y cómo eran. Cuando le conté sobre Graciela, y que en realidad soy su tía, me dijo que en su pueblo todos tienen varias madres, porque los hijos biológicos de las hermanas mujeres son hijos de todas esas hermanas. Le resultó natural descubrir que en algún caso, en nuestra cultura, pueda pasar lo mismo.

A los 17 años, Yajodenigua se fue de la Amazonia, pero vuelve una o dos veces al año a vivir un par de meses allí con su gente. Siguió estudiando. Fue a la universidad en Caracas, había egresado como Licenciada en Ciencias Sociales unos pocos años antes.

Es muy inteligente, según mi impresión a partir de las conversaciones que mantuve con ella. Se mostró muy interesada en nuestras investigaciones en matemática. Me hizo todo tipo de preguntas sobre lo que estudiamos. Fue una de las pocas veces en mi larga vida de profesora de matemática, que un no matemático responde a mi descripción de nuestras investigaciones abstractas, con muchas más preguntas, queriendo profundizar y saber más.

Cuando conocí a Yajó ella estaba haciendo el posgrado: un doctorado en Antropología. Su tesis de investigación es sobre el pueblo Ye'kuana. Ella no lo llama pueblo, sino personas, gente, grupo humano. Cuando le pregunté si lo que dice internet sobre su gente es verdad, estalló en una carcajada. No entendí de qué se reía, y me explicó: "No todo, aparece cualquier cosa en internet sobre nosotros".

Me hizo muchísimas preguntas sobre Uruguay. Y sabía perfectamente dónde está nuestro país. Pero me dijo que no sabía sobre su gente y nunca había conocido a un uruguayo. Le respondí todas las preguntas que hizo.

Me invitó para que probara el Copoazú batido con agua, que preparó delante mío. Riquísimo. Es parecido a un chocolate, pero de otro árbol que no es de cacao. Son unas semillas que se trituran. Queda como cacao en polvo, marrón y seco. Es más suave y más dulce que el chocolate, como si estuviera mezclado con canela.

También me invitó para que probara otra semilla triturada que usan como condimento, y que sabe parecido a un ají picante. La convidé con mermelada de naranja que ella nunca había probado. Creo que no le gustó. Tenía pedacitos de cáscara de naranja, que ella chupaba y escupía. Me dijo que le parecía demasiado dulce, pero que le gustaba el aroma.

Se rió a carcajadas cuando le conté el chiste de Les Luthiers⁷¹ "nos descubrieron, al fin nos descubrieron". Y dijo que así fue a finales de la década de 1950, según le habían contado sus abuelos.

El regalo inolvidable

En uno de mis viajes de trabajo, llegué a Valparaíso el día del cumpleaños de Pierre. Pero, en el apurón previo al viaje, no le había comprado todavía ningún regalo.

Ese día Pierre me fue a buscar a la terminal de ómnibus a mi llegada. Al encontrarnos lo felicité por su cumpleaños, y aunque me sentía un poco avergonzada de no darle un regalo ese mismo día, y como ya era muy tarde, pensaba comprar y obsequiarle algo, no sabía qué, al día siguiente.

⁷¹ Les Luthiers fue un grupo humorístico-musical argentino conocido por sus espectáculos con instrumentos informales y música original, combinados con textos llenos de humor inteligente y sofisticado. Se formaron en 1967 y estuvieron activos hasta 2023, alcanzando gran popularidad tanto en Argentina como en otros países hispanohablante

Entonces surgió la solución perfecta. Pierre me preguntó si no me molestaba que pasáramos por el bazar antes de que cerrara. Recién se había mudado, me dijo, y en su casa le faltaba alguna cosa.

Contenta yo, y sin decirle nada, decidí colarme delante de él en la caja para pagar lo que él comprara, y que ese fuera mi regalo de cumpleaños.

Y así lo hice. Lo que no imaginaba es que, en vez de elegir un florero o algo lindo para lucir en su nueva casa, elegiría ¡una tapa de water!

Las miguitas

A la jardinera, con 4 años de edad, me llevaba mi mamá con una carterita marrón de cuero que tenía adentro la merienda para comer a la hora del recreo. La merienda era siempre la misma: dos o tres galletitas de maicena en forma de herradura con las puntas de chocolate. Las compraba mi mamá en la panadería del barrio, a donde iba conmigo todos los días para que yo eligiera lo que más me gustara. Y siempre elegía yo esas galletitas. Me fascinaban sus puntas de chocolate.

A la hora de la merienda la maestra nos obligaba a comer todo lo que las mamás habían puesto en nuestras carteras.

Se enojaba cuando yo, después de comer las puntas de chocolate, no quería seguir comiendo. Así, terminaba yo comiendo, sin ganas y disgustada, las galletitas completas.

Hasta que un día la maestra nos dio una instrucción muy afortunada. Al terminar de comer debíamos juntar las miguitas en una servilleta de papel y tirarlas a la papelera. Después de comer las puntas, deshice con los dedos los pedazos sin chocolate de las galletitas. Hice un paquete con aquella montaña enorme de “miguitas”, y lo tiré en la papelera metálica del salón. La maestra oyó el “bonk” que sonó al caer el paquete y me puso en penitencia.

Capítulo 5

Esos torpes angelitos y otros relatos

La empanada

Heber y yo conocimos a Roberto⁷² en un casamiento, creo que en el año 1984. Nos lo presentó Nelly Camporeale⁷³, nuestra querida amiga Cuca.

Los cuatro pasamos la fiesta charlando de pie. Cuca nos contaba que Roberto había trabajado en el IME antes de la dictadura. A mí entonces se me ocurrió preguntarle:

- ¿Estuviste todo este tiempo en el exterior?

- No. En el interior – respondió él.

No se refería al interior del país, que es el significado usual de “estar en el interior”, sino al interior de la cárcel, como preso político que había sido.

72 Roberto Markarian (1946) es un prestigioso matemático uruguayo, especialista en Billares, una rama de la Teoría Ergódica de los Sistemas Dinámicos. Es reconocido en todo el mundo por sus aportes a dicha teoría. Es profesor del IMERL y un buen amigo nuestro desde hace casi 40 años. Inició su carrera de posgrado en matemática cuando salió de la cárcel, en la que fue preso político durante la dictadura en Uruguay. Culminó su carrera académica siendo Rector de la Universidad de la República y recibió el título Honoris Causa de la Facultad de Ingeniería.

73 Nelly Camporeale (1946-2024), Magíster en Matemática fue una profesora del IME desde finales de la década de 1970 hasta la mediados de la década de 1980. Luego fue profesora de matemática formadora de docentes de la enseñanza secundaria. Siendo profesora del IME impulsaba a los ayudantes, todos estudiantes de ingeniería, a profundizar sus estudios en matemática. Su ejemplo, en la década de los 80, influyó mucho en mí y la admiraba. Como mujer y madre de hijos pequeños, combinaba con sacrificio su vida familiar con sus viajes semanales a Porto Alegre para cursar la Maestría en Matemática en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, de la cual egresó con éxito. Heber y yo mantuvimos una estrecha amistad con Cuca y su esposo Hugo desde que la conocimos.

Más tarde, durante la fiesta, se acercó un mozo con un plato de empanaditas de copetín. Cada uno de nosotros se sirvió una. Mordí la mía y comprobé que, aunque inflada, no tenía relleno adentro.

- ¡Uy! ¡Mi empanada está hueca! - exclamé.

Y Roberto, que ya había mordido la suya, respondió simpáticamente

- Tomá la mía. Te la cambio.

Une marciane

Me tocó hacer de capitán de barco en la fiesta de fin de año de la jardinera en 1962. ¡Cómo lloré porque me había tocado disfrazarme de capitán! Era un uniforme de pantalón y saco blancos con vivos dorados. Y en la cabeza llevaba una gorra como la de los policías, pero blanca. Además el disfraz incluía un enorme armatoste de cartón, que iba colgado a la cintura y hacía de barco.

Unos meses antes mi mamá me había llevado al London-París⁷⁴ para encaargar la confección del disfraz. En la

⁷⁴ London-París fue una famosa tienda de departamentos en Montevideo, fundada en el año 1908 que vendía los más sofisticados artículos al mejor estilo de un gran magasin parisino. Fue fundada en 1908. Ocupaba un edificio de seis pisos de estilo ecléctico, construido en 1905, en la Av.18 de Julio y la calle Río Negro. Los diferentes pisos estaban conectados por amplias escaleras de mármol y ocho ascensores con puertas de rejas y espejos. Ocupaba a 1100 empleados. Cerró en 1966 debido a factores económicos, de mercado y político-sociales.

primera visita a la tienda me tomaron las medidas. Y en las siguientes me probaron el disfraz, primero a medio hacer y al final ya terminado.

Me gustaba el armatoste de cartón. Pero me disgustaba mucho el uniforme y la gorra de capitán. Yo quería ser capitana, no capitán. Quería un uniforme, blanco sí y con vivos dorados, pero como los de las azafatas, con pollera⁷⁵. Y no quería que me recogieran el pelo adentro de aquella gorra masculina, sino llevarlo suelto sobre los hombros con un pequeño sombrerito femenino en la cabeza.

El año anterior me había tocado disfrazarme de marciana, con un enterito verde de tela satinada brillante y un casco forrado en la misma tela con dos resortes que hacían de antenas. No me gustaba mucho aquel disfraz, pero tampoco me disgustaba. Por lo menos era de género neutro, el de “une marciane”, como se diría hoy en el lenguaje inclusivo.

Matemática cosmética

Viajé tres veces a Venezuela; las tres para trabajar en investigación matemática con Arnaud en el IVIC y además, en dos de ellas, para participar de eventos científicos.

⁷⁵ En Uruguay se llama pollera a la falda de la ropa femenina.

La primera vez llegamos en el auto de mi colega y amiga Stella⁷⁶ a la entrada del enorme predio selvático de Altos de Pipes, donde están las instalaciones del IVIC. Me sorprendí al ver que, en la carretera y obstruyendo la entrada al predio, había un puesto de control militar con soldados armados. Por ingenua, pensé que quizás habría asaltantes y delincuentes en la zona, y que tanta exhibición militar sería para evitar que asaltaran las instalaciones del IVIC y robaran los caros equipos de los laboratorios de investigación.

“¡Cómo cuidan a los científicos en Venezuela!” le dije a Stella. Y ella respondió “¿¿¿Cuidarnos??!!... Nos controlan y vigilan, que es otra cosa.” Sentí lo mismo que sentía cuando era estudiante frente a los vigilantes en la Facultad de Ingeniería, en tiempos de la dictadura militar uruguaya.

Durante esa primera visita a Venezuela me alojé unos días en la casa de Arnaud y los siguientes en la casa de Stella. Ambos fueron muy buenos anfitriones, y particularmente Stella que, aún siendo menor que yo, me cuidaba como cuida a sus hijas.

Stella tiene un sentido del humor muy agudo, sus ocurrencias me hacen reír mucho. Por ejemplo, durante mi

⁷⁶ Stella Brasesco es una destacada matemática uruguaya, que vive desde niña en Venezuela, especialista en la Teoría de Probabilidades. Es la directora del Departamento de Matemáticas del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

última estadía en el año 2015, Stella me presentaba a los demás como experta en “matemática cosmética”⁷⁷.

En esa última estadía di un curso de teoría ergódica en la Universidad de los Andes, en la ciudad de Mérida. Para viajar desde Caracas hasta Mérida, Stella y yo tomamos primero un avión hasta Barquisimeto, ciudad donde vive nuestro colega y amigo Neptalí⁷⁸.

Neptalí y yo ya nos conocíamos desde varios años antes porque él había viajado a Montevideo muchas veces para trabajar con el Leva⁷⁹.

Haciendo honor al título de “Ardilla”, que tan cariñosamente me otorgaron mis estudiantes, voy a irme por una rama. Heber y yo conocimos al Leva a finales de la década de los 80, en lo que entonces era la Facultad de Humanidades y Ciencias, en el viejo edificio de la calle Tristán Narvaja. Todos éramos estudiantes de la Licenciatura en Matemática. Después, ya a principios de la década de los 90, fuimos compañeros estudiantes de doctorado en el IMPA, en Río de Janeiro. Cuando vivíamos en Río, con el grupo⁸⁰ de estudiantes uruguayos del

77 Porque el año anterior había recibido un premio científico patrocinado, entre otros, por la empresa L'Oréal.

78 Neptalí Romero es un destacado matemático venezolano, especialista en la teoría de Sistemas Dinámicos, profesor en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, en Venezuela.

79 Álvaro Rovella (el Leva) es un destacado matemático uruguayo especialista en Sistemas Dinámicos. Es profesor del CMAT (Centro de Matemática) de la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República.

80 El grupo de nuestros queridos amigos: Elvio Accinelli y su esposa María, Álvaro Rovella, Miguel Paternain y su esposa Pilar, Raúl Ures y su primera esposa Mónica, y durante el último

doctorado, hacíamos fiestitas en diversas casas. Con algunos a veces Heber y yo salíamos a tomar cerveza y charlar largas horas alrededor de la mesa de un bar.

Algunos años después, ya en Montevideo, el Leva formó su familia con nuestra amiga Mariana⁸¹, quien es prima-hermana del mi muy admirado músico Leo Masliah⁸². (Y me voy a ir por otra rama contando que en el año 2007 Masliah no solo me autorizó usar, sin conocerme, sino también puso a mi disposición ¡gratis!, todas sus obras musicales para que yo eligiera cuáles agregar a mis videos didácticos.) Desde hace algunos años, el Leva formó su segunda familia con Juliana⁸³, nuestra querida y joven amiga, la Flaca.

...

Volviendo al relato de aquel viaje a Venezuela, desde la casa de Neptalí en Barquisimeto viajamos en auto por

año Martín Sambarino, Hoy Elvio y Raúl son destacados matemáticos investigadores en México y China respectivamente, Miguel, Álvaro y Martín son muy destacados matemáticos, investigadores en Sistemas Dinámicos y profesores en el CMAT

81 Mariana Haim es una matemática uruguaya especialista en Álgebra, en particular en Álgebras de Hopf y Grupos Cuánticos. Es profesora del CMAT.

82 Leo Masliah (1954) es un famoso compositor, pianista, cantante y escritor uruguayo. Sus obras populares son sofisticadas y se destacan por un genial y agudo humor. Sus obras de cámara forman parte del repertorio de algunos intérpretes uruguayos y de otros países. En 2003 se estrenó su ópera Maldoror en el Teatro Colón de Buenos Aires. En 1998 recibió el Premio Morosoli y en en 2012 el premio anual de música del Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay.

83 Juliana Xavier es una destacada joven matemática uruguaya, especialista en Sistemas Dinámicos. Recibió el Premio Dr. Roberto Caldeyro Barcia 2021 (Uruguay). Es profesora del IMERL.

carretera hasta Mérida, recorriendo muchísimos kilómetros desde temprano en la mañana hasta el final de la tarde. Conducía Neptalí.

Nos desviamos de la carretera para subir al Pico del Águila en los Andes venezolanos. Habíamos pasado por El Llano, donde hacía cerca de 35° de temperatura. Unas horas después y con la misma ropa, estábamos en la cima de una montaña. Allí arriba nevaba y estaba muy frío. Finalmente entramos a un refugio con calefacción donde servían chocolate caliente.

Cobraron vida

Graciela volvió temprano ese día de la escuela. Tenía 6 años. Estaba un poco angustiada. Me contó con pena que a Franco⁸⁴, su amiguito de la escuela, le pasaba algo “muy triste”.

- ¿Qué le pasa a Franco? - pregunté preocupada.

- Me dijo, pobrecito Franco, que no tiene tíos – respondió Graciela

...

84 Franco es un nombre inventado, porque ni Graciela ni yo recordamos ya el nombre del niño, y ni siquiera si era niña o varón.

Jugando con Graciela y su amiguita Catalina, inventé un juego matemático que solo requería saber, como ya sabían ellas, sumar números de una cifra aún cuando el resultado fuera mayor que diez. Les enseñé un sencillo “truco” para “adivinar” un número secreto del 1 al 15. Las dos nenas se entusiasmaron al comprobar que siempre les funcionaba el truco, como por arte de magia. Yo también me entusiasmé y escribí un librito⁸⁵ para niños de cuentos relacionados con ese juego. Usando el “paint” en la computadora, Graciela ilustró el libro con numerosos dibujos de los personajes de los cuentos. Dibujó maravillosamente, tal como ella imaginaba, a “Maite Mática”, “Ceni Ciencia” y a los cuatro animalitos.

Muchos años después, Omar Gil⁸⁶, nuestro querido amigo Coco, escribió el guión y produjo la puesta en escena de una obra de teatro para niños⁸⁷, basada en los cuentos y el juego de nuestro librito. Esta obra fue representada varias veces en Montevideo y en la ciudad de San José⁸⁸.

85 “Las Cartas Matemáticas”, textos Eleonora Catsigeras, ilustraciones Graciela Galípolo. Publicado en internet, 2002. Accesible gratuitamente a texto completo en la página de la Biblioteca de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República <https://www.fing.edu.uy/biblioteca/bibliografias/200543.pdf> Publicado en papel en Montevideo, 2024 (30 ejemplares) ISBN 978-9915-42-187-2

86 Omar Gil (1965-2020) fue un matemático, escritor y actor uruguayo. Fue profesor en el IMERL de la Facultad de Ingeniería y en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República. Como escritor recibió el Premio Bartolomé Hidalgo (2012) y el Premio Nacional de Literatura (2013) de Uruguay.

87 “Las Cartas Mágicas” <https://www.fing.edu.uy/biblioteca/bibliografias/568578.pdf>

88 San José de Mayo es una ciudad de Uruguay ubicada a 97 km al oeste de la ciudad de Montevideo. Es la capital del Departamento de San José.

Graciela, ya adolescente, vio sorprendida y tocó los peluches de animalitos que había diseñado Coco para la obra. También vio, muy asombrada, la foto de la actriz disfrazada de “Maite-Mática”, con peinado y vestimenta igualitos a los de sus dibujos. Y exclamó contentísima

- ¡Cobraron vida mis dibujos!

Los dos vikingos

En el año 2005, José Segundo⁸⁹ invitó a Eduardo Mizrahi⁹⁰ y a mí a un importante congreso de Neurociencias que iba a tener lugar ese año en la Universidad de Auckland, Nueva Zelanda.

Nunca pude convencer a Segundo que yo no sirvo para investigar en Neurociencias, porque lo mío es la matemática pura, y que si no fuera por Budelli, no habría podido yo traducir los modelos matemáticos de las redes neuronales a un lenguaje puramente abstracto para poder

⁸⁹ José Segundo (1922-2022) fue un eminente neurocientífico uruguayo. Fue profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de la República (Uruguay) y a partir de 1960 profesor en la Universidad de California (Estados Unidos). En 1997 fue designado Profesor Ad-Honorem de la Facultad de Medicina, y a su retiro Profesor Emérito de la Universidad de California. Fue muy reconocido e influyente en el mundo por sus aportes tempranos al desarrollo de las Neurociencias.

⁹⁰ Eduardo Mizrahi es un destacado biofísico uruguayo, especialista en redes neuronales, profesor en la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República y miembro desde 2024 de la Academia Nacional de Ciencias de Uruguay.

estudiarlos. Haciéndose el sordo, Segundo siguió siempre muy entusiasmado en promover mis trabajos en el mundo científico de las Neurociencias. Le estaré siempre muy agradecida por eso.

Lamentablemente pude aprovechar muy poco aquel congreso en Auckland. Mi presentación desentonó un poco con las demás. Aunque hice mi mayor esfuerzo para adaptar y minimizar el lenguaje matemático abstracto, no supe usar bien el lenguaje de los neurocientíficos.

En cambio, pude aprovechar mi viaje para hacer un poco de turismo. Mizraji y yo nos tomamos una excursión a la isla del volcán de Rangitoto.

Cuando llegamos en barco hasta la isla, la excursión seguía en un trencito con una pequeña locomotora y un solo vagón, sin techo y con asientos para unas 20 personas. Nos llevaría a través de la isla hasta el pie del volcán. Desde allí subiríamos por un largo sendero con escalones hasta la cima, nos explicó el guía.

Durante el trayecto en tren, atravesando un paisaje agreste, el guía fue presentando a cada uno de los turistas. Decía por el micrófono el nombre y país de procedencia de cada uno. Se acercó a nosotros. Le dijimos “Eduardo and Eleonora, from Uruguay”. Y él, a pesar de nuestro aspecto típicamente uruguayo, repitió por el micrófono

- Here, Edward and Eleanor... from Norway!

Los tres pajaritos

Durante muchos veranos de la infancia de Graciela, íbamos de vacaciones Heber y yo con Julita y Graciela al campamento en la ladera del Cerro del Toro de Piriápolis⁹¹. Varias familias con niños, en total entre 30 y 40 personas, nos encontrábamos todos los veranos en el campamento. Y nos hicimos todos muy buenos amigos.

Nosotros lo llamábamos “campamento”. Pero no había carpas ni casas rodantes. Era un complejo de pequeñas cabañas rústicas de madera, junto a otras instalaciones en casas bajas de ladrillos. El campamento estaba inmerso en un predio enorme, de hermoso bosque, espeso y agreste, con profusa e impenetrable vegetación. Ese bosque, partiendo del sitio donde estaban las cabañas e instalaciones del campamento, era recorrido por estrechos senderos; uno de ellos llegaba hasta la cima del Cerro del Toro⁹².

91 Piriápolis es una ciudad balenario ubicada a 99 km al este de Montevideo, rodeada de cerros y sobre la costa del Río de la Plata, muy cerca de donde el estuario se transforma en el Océano Atlántico. Las aguas del “mar” (así llamamos los uruguayos al Río de la Plata) en Piriápolis ya son saladas y de color verde. En cambio en Montevideo son casi siempre marrones y dulces, excepto cuando llegan corrientes del océano.

92 Lamentablemente ya no existe más aquel campamento. Con el correr de los años tiraron abajo las cabañas, “limpiaron” la profusa e impenetrable vegetación, talaron buena parte de los árboles del bosque y construyeron instalaciones modernas.

De mañana temprano, después de encontrarnos en el desayuno en el comedor del campamento, salíamos juntas todas las familias hasta Playa Hermosa, que está bastante lejos del Cerro del Toro. Muchos íbamos apretados en una camioneta, sentados de a dos en cada asiento. Otros, como Susi⁹³, su esposo Ángel⁹⁴ y su hijo menor Felipe⁹⁵, iban a pie recorriendo varios kilómetros. Llegaban a la playa mucho después que nosotros.

En la playa, los líderes, jóvenes veinteañeros, contratados para organizar los entretenimientos de niños y adultos, cuidaban y jugaban con los niños en la arena o en el agua. Eso era un gran alivio para los adultos, que podíamos descansar despreocupados.

Durante la hora de la siesta podíamos dormir tranquilos, pues los líderes entretenían a los niños en actividades que no hicieran ruido, como fabricar collares de fideos, dibujar y pintar.

Todos los 6 de enero tres adultos se disfrazaban de Reyes Magos. Subían a caballo la ladera del cerro hasta la terraza que había frente al salón comedor, bien temprano a la mañana antes del desayuno. En la terraza ya estaban los niños reunidos, ansiosos por ver a los Reyes y recibir sus regalos. La única vez que yo hice de Rey Mago tuve

93 Susana Vlaussich, de profesión odontóloga. Asidua veraneante del campamento con su esposo Ángel, y sus dos hijos Santiago y Felipe.

94 Ángel Rego, maratonista y contador de profesión.

95 Felipe Rego, actualmente maratonista y relator de radio.

cuidado de taparme bien la cara, usar lentes oscuros y ponerme guantes, para que Graciela no me reconociera. Graciela, como los demás niños, besó a los tres Reyes Magos después de recibir su regalo. Y al besarme, por suerte, no me reconoció. Recién lo descubrió unas horas más tarde en la playa, cuando un niño, señalándome, gritó: “¡Vos eras una Rey Mago!”

Los líderes organizaban salidas de pesca con los niños. Llevando cañas improvisadas, que habían construido ellos mismos, iban caminando hasta el puerto. Volvían al final de la tarde. Ningún niño pescaba nada, excepto Graciela que vino una tarde con un pez mediano, que adoptó de mascota y mantuvo vivo tres días en un balde con agua. Cuando el pez murió la convencí que, en vez de enterrarlo, se lo diéramos de comer a los pobres lagartos que merodeaban por el campamento y siempre tenían hambre.

Una mañana en Playa Hermosa, Graciela encontró una pequeña culebra verde. La adoptó de mascota y jugó con la culebrita toda aquella mañana. Llegó la hora de volver al campamento. Graciela quería llevarse la culebra para que viviera con nosotros en la cabaña. Le dije que la mamá-culebra la estaba buscando y que era mejor dejarla libre para que se encontrara con su mamá.

Unos pocos años después, Graciela vino de la escuela enojada. “Me mentiste”, me dijo. En la escuela le habían

enseñado que las víboras y serpientes ponen los huevos y después los abandonan, sin cuidarlos como hacen las aves. Por lo tanto las culebras, me dijo Graciela refunfuñando, no conocen nunca a sus hijitos.

Cada noche, después de cenar todos juntos en el comedor del campamento, nos reuníamos niños y adultos a jugar al “mudo”, representar obras de teatro improvisadas, jugar a las bochas, o hacer alguna otra actividad divertida.

Una noche nos reunimos en el salón de actos del campamento a escuchar el magnífico concierto de piano que nos dio Cecilia⁹⁶, exclusivamente para nosotros. Durante sus vacaciones ella solía ensayar algunas tardes en el piano que había en el salón de actos. A veces venía algún cantante lírico para ensayar con ella. Y nosotros aprovechábamos para disfrutar escuchándolos.

Otra noche Claudia⁹⁷ leyó pasajes del libro que estaba escribiendo. Recuerdo haber charlado largas horas con Claudia, sentadas las dos de tarde en sillas de playa, bajo los eucaliptos y sobre el pasto.

Una noche cada año, nos reuníamos todos alrededor de un fogón en un espacio especialmente adaptado y limpio de maleza en el medio del bosque. La luz del fuego se

96 Cecilia Varela, pianista uruguaya, entrenadora de cantantes líricos. Desde 1989 Maestra Interna del Teatro Colón de Buenos Aires, asidua veraneante del campamento con sus dos hijos.

97 Claudia Amengual, escritora uruguaya muy reconocida. Recibió varias distinciones como escritora. Asidua veraneante del campamento con sus dos hijas.

reflejaba en las copas de los árboles en un resplandor danzante, creando un ambiente mágico. Sentados alrededor del fogón charlábamos, intercambiando vivencias y anécdotas.

Los muchos lagartos, que caminaban por el pasto en el campamento, eran grandes y feos, pero muy tranquilos. Se los veía imponentes, quietos al sol, al mediodía y temprano a la tarde. Vivían en cuevas excavadas bajo las maderas y las planchas de hormigón de los caminos, cabañas y casas del campamento.

En la boca de una cueva de lagarto vi caer una mañana un pichoncito que todavía no sabía volar. Me acerqué rápidamente y el pichón, asustado, se metió dentro de la cueva. Graciela y las dos hijas de Claudia, que estaban cerca, me oyeron exclamar “¡Miren lo que encontré!” y vinieron corriendo. Con mucho cuidado metí la mano en la cueva y tomé el pajarito, salvándole quizás de ser comido por el lagarto.

Bien cerca en el pasto, encontramos otros dos pajaritos. Probablemente los tres eran hermanos cuyo nido se había caído de lo alto de un árbol. Enseguida las tres niñas adoptaron un pajarito cada una y le pusieron nombres. Al de la hija menor de Claudia lo llamaron Loli, en honor a mí, porque lo había salvado del lagarto.

Tratamos que los pichones bebieran agua y comieran alpiste. Pero ellos no sabían beber ni comer todavía. Tratamos que los dos pájaros padres, que siempre volaban alrededor de los pichones, los recogieran. Para eso buscamos un espacio abierto y sin árboles, dejamos a los tres pajaritos en el pasto y nos quedamos vigilando a una distancia prudencial. Los pichoncitos piaban muy fuerte. Y los dos pájaros padres revoloteaban alrededor. Pero no los levantaron. No pudimos esperar mucho, porque a los pocos minutos aparecieron los lagartos acechando a los pajaritos.

Graciela y sus dos amigas acondicionaron un lugar en el piso de la ducha de la cabaña de Claudia, para que los pajaritos pasaran las noches. Ellos no paraban de piar y se les oía desde todo el campamento.

La vitrina

Sucedió a principios del año 1976. Yo tenía 19 años. Estaba sola en una sala del IME. Había una vitrina con la llave puesta. Aunque durante la intervención militar de la universidad en tiempos de dictadura los estudiantes teníamos muchas prohibiciones, por curiosidad y porque no había ningún vigilante cerca, abrí la vitrina. Estaba toda

revuelta, llena de papeles. Saqué un montoncito y me dispuse a leerlos.

En el montón de papeles, arriba de la mesa, había una hoja para arriba, la siguiente para abajo, otra atravesada, otras dobladas y otras muy arrugadas. Eran hojas manuscritas con una caligrafía muy pequeña y apretada. Todo lo escrito trataba de cuestiones matemáticas de las que no lograba yo entender nada.

En el entrevero apareció una hoja impresa, aparentemente parte de un artículo de matemática. Tenía el nombre de José Luis Massera. Deduje que la vitrina era de él, a quien yo no conocía pero sabía que era un matemático eminente que estaba en la cárcel, preso por la dictadura por razones políticas.

Me sentí insolente e irrespetuosa por estar revolviendo sus papeles. Y me dio vergüenza. Pero continué con la tarea.

Debido al entrevero de papeles, imaginé que Massera sería muy desordenado y desprolijo. Y por respeto a él, a medida que vichaba cada hoja de papel, la volvía a poner en la pila de igual forma y en el mismo “orden” en que la había encontrado.

Muchos años después, cuando conocí a Massera, verifiqué que sí, efectivamente su caligrafía era pequeña y apretada,

la misma de aquellas hojas manuscritas. Pero también comprobé que él era sumamente ordenado y prolijo. Con mucha rabia me di cuenta, recién entonces, que aquel entrevero que yo con tanto esmero y respeto no había querido alterar, había sido provocado por los militares cuando “limpiaban” en la Facultad los rastros que había dejado el preso, cuyos libros y publicaciones, aún los de matemática, estaban prohibidos.

Tristísimo

Siendo niñas y adolescentes jugábamos mi hermana, mis amigas y yo al “serio”. Nos mirábamos a la cara, una frente a la otra, haciendo muecas y muy serias. Ganaba la que no se riera. Siempre perdía yo, porque enseguida estallaba en risas.

Siendo Graciela muy chiquita lloraba desconsoladamente si se había caído y lastimado. Entonces jugábamos al “tristísimo”. Nos mirábamos a la cara, una frente a la otra, llorando desconsoladamente las dos. Ganaba la que llorara más fuerte. Ganaba siempre yo, porque enseguida Graciela estallaba en risas.

Esos torpes angelitos

A las 4 de la madrugada del 2 de abril de 1993, nos despertamos Heber y yo con fuertes e insistentes golpes en la puerta de nuestro apartamento en Río de Janeiro. Era nuestra vecina para avisarnos que teníamos una llamada en su teléfono.

Levanté el tubo del teléfono y mi suegra, del otro lado de la línea, me avisó que mi mamá había muerto unas pocas horas antes.

...

Cuando yo tenía 4 o 5 años de edad, una noche de tormenta me desperté muy asustada por el ruido de los truenos. Mi papá estaba trabajando en Treinta y Tres, y mi mamá dormía en el cuarto grande. Me levanté apresurada, corrí hasta el cuarto grande y sollozando dije “Mamá, tengo miedo”.

Ella me acostó a su lado en la cama y me abrazó. Para consolarme me contó un cuento: “En el cielo los angelitos están de mudanza. Arrastran muebles y cajones muy pesados haciendo un ruido horrible. Y algunos angelitos son un poco torpes y tiran los cajones con descuido por las escaleras del cielo, que caen haciendo un ruido más fuerte todavía.”

...

En enero de 1993 internaron a mi mamá. Estaba enferma. Me quedé algunas noches sentada al lado de su cama cuidándola. Una noche se despertó y me dijo “Loli, tengo miedo. Vení, acostate conmigo y abrazame”. Y eso hice. Ella no me lo decía, pero le angustiaba que yo tuviera que volver a Brasil. Las dos temíamos no poder volver a vernos nunca más.

Capítulo 6

Nuestro prócer y otros relatos

El estallido

En 1969 ingresé al liceo. Ese mismo año, con entre 12 y 13 años de edad, mis compañeros⁹⁸ y yo organizamos el primer baile en la casa de mi tía Tate⁹⁹. Los varones, excepto dos o tres, eran todavía de baja estatura y con cuerpo de niños. Pero las chicas ya éramos todas grandecitas.

Al baile cada uno llevó algo para comer o beber. Alfredo¹⁰⁰ además llevó un tocadiscos, y algunos llevaron discos. Pero no teníamos muchos, así que repetíamos los mismos discos una y otra vez hasta que nos cansamos de bailar siempre lo mismo. Encendimos entonces una radio portátil A.M. que

98 Cuando terminamos el liceo en 1972, dejamos de vernos mis compañeros y yo, excepto dos de ellos con quienes ingresé al mismo preparatorio de ingeniería. En el 2009, nos reencontramos en un asado con muchos de los compañeros de liceo, después de decenas de años sin vernos. Y desde entonces renovamos nuestra amistad, nos reunimos periódicamente, y nos comunicamos todos los días. Son mis queridos amigos Alicia Calabrese, Alfredo da Cunda, Alfredo Burger, María Noel (Bimba) Cerisola, Rosario (Charo) Capraro, Daniel (el Vasco) Auntchain, Eduardo (el Oso) Deverchelli, Gabriel Bernasconi, Graciela Barros, Alicia Baltar, Alvaro Firpo, Ana Cordano, Carlos (Charly) Acevedo, Federico Pinto, Gustavo (el Lechuga) Baluga, Juanjo Barrios, Patricia (Patita) Denby, Patricia (Paty) Cereghetti, José (Pepe) Trigo, Lucía Dubé y Mónica Domínguez (fallecida).

99 Julieta García Vidal, hermana melliza de mi mamá, fue la segunda madre de mi hermana Julita y mía. No tuvo hijos biológicos, pero nosotras dos éramos sus hijas. Nos dio siempre todo su cariño y cuidados. Ayudó a mi mamá desde todo punto de vista, incluso económico, cuando falleció mi papá en 1974. Gracias a ella pude conseguir mi primer trabajo en 1974, cuando cumplí 18 años de edad, y pude seguir estudiando y terminar la carrera de ingeniería. Tate era odontóloga y profesora de biología en el liceo. Ejerció su profesión de dentista, desde que se recibió en 1939 y hasta que se jubiló, junto a su profesión de profesora de liceo, primero en la ciudad de Juan Lacaze, hasta 1962 aproximadamente, y luego en Montevideo.

100 Alfredo da Cunda es técnico en electrónica, le faltaron unas pocas asignaturas para recibirse de ingeniero. Trabaja desde hace muchos años en su taller instalando y haciendo mantenimiento de equipos y máquinas, en particular para barcos. Es mi querido amigo desde que nos conocimos en jardinería con 5 años de edad. No fuimos compañeros en la escuela pero sí volvimos a ser compañeros de clase en el liceo, después en preparatorios y finalmente en la Facultad de Ingeniería. Durante el tiempo en que Heber y yo vivimos en Río de Janeiro mantuvimos correspondencia por correo postal. Después, a finales de la década de 1990 perdimos el contacto. Nos volvimos a encontrar en el año 2008 y desde entonces nos vemos frecuentemente.

tenía Tate. Pero no encontramos música a esa hora. Alguien gritó “No importa, bailemos el informativo”. Estaba yo en la linda “edad de la bobera”. Por eso me reí a carcajadas y me acuerdo hasta el día de hoy de ese chistecito tan simple.

Al poco rato ya no bailábamos. Las chicas nos reunimos a conversar en una habitación mientras los varones jugaban a los empujones y correteaban por toda la casa. Hasta que Carlos¹⁰¹, en una brusca corrida, atravesó de un golpe la puerta de vidrio que comunicaba el hall de entrada de la casa con el patio. El vidrio se hizo añicos y con su estallido hizo un gran estruendo. Tate gritó y corrió alarmada a auxiliar a Carlos, que estaba tirado en el piso del otro lado de la puerta. Pero por fortuna no se había hecho ni un rasguño.

Nuestro prócer

En los días feriados por las fechas patrias íbamos Julita y yo con nuestros padres, todos bien vestidos y peinados, al acto de festejo en la escuela. Durante el acto, que siempre se realizaba en el patio, todos cantábamos el himno nacional mientras la maestra Bélgica lo tocaba en el piano y salían los tres abanderados de 6° año. Después cantábamos otras canciones, como “Mi Bandera” por ejemplo. Entre canción y canción las maestras presentaban a algunos niños que leían textos o recitaban poemas alusivos a la fiesta patria.

¹⁰¹Carlos Heber. No nos hemos vuelto a encontrar desde que terminamos el liceo en 1972. Sin embargo, desde hace unos pocos años somos contacto en “Facebook”.

Los padres y maestras aplaudían al terminar cada parte del acto.

En 1964 le tocó a Julita, que estaba en 1º de escuela y era la más chiquita de todos, recitar de memoria un breve poema sobre nuestro héroe nacional Artigas¹⁰².

En el medio del patio, rodeada de los niños formados ordenadamente, con las maestras de pie muy derechitas al lado de las filas de escolares, y con los padres amontonados a los costados, empezó Julita a recitar el poema. Hacía pausas y gestos majestuosos con los brazos, tal como le había enseñado la maestra. Pero cuando llegó al final del último verso se trancó:

- Artigas, ... nuestro ... mmm, ... nuestro ... - dijo Julita, sin recordar la última palabra.

-Artigas, ... nuestro ... - repitía.

La maestra le soplaba bajito a unos metros de distancia: “prócer, prócer”, y le hacía gestos alzando los brazos indicando que era algo grandioso, memorable, inmenso, monumental.

102 José Gervasio Artigas (1764-1850) es el héroe nacional de Uruguay y el "padre de la patria oriental". Fue una figura clave en la revolución de la entonces “Banda Oriental” (actual Uruguay) y la lucha por la independencia, promoviendo el federalismo y la autonomía de las provincias.

Entonces Julita terminó de una vez su declamación, diciendo bien fuerte:

-Artigas, ... ¡nuestro monstruo!

Tortuga puntiaguda

Con Eduardo¹⁰³, Cristina¹⁰⁴ y sus cuatro hijos, que eran niños pequeños en ese entonces, y con otros amigos de la barra, pasamos una semana en el Parque de Vacaciones de UTE-Antel¹⁰⁵ en el año 1983. Heber y yo éramos recién casados.

Durante nuestra estadía salimos todos juntos de paseo al Cerro de Arequita¹⁰⁶. Todos subieron al cerro, incluidos tres de los niños. El hijo menor, Gonzalo, de Eduardo y Cristina, y yo nos quedamos al pie del cerro jugando. Gonzalo era todavía un bebé de casi 2 años, usaba chupete, era muy travieso y simpático, y se reía mucho. Fueron varias horas de juegos, haciendo yo de “caballito” con él subido a mi espalda.

103 Eduardo García Nari (fallecido), viejo y querido amigo de la barra con la que, desde el año 1980 cuando Heber y yo éramos novios, salimos regularmente al cine o al teatro hasta el día de hoy. Eduardo fue ingeniero de UTE durante muchas décadas.

104 Cristina Freire, esposa de Eduardo, también nuestra vieja y querida amiga. Es contadora y actualmente presidente del Colegio de Contadores, Economistas y Administradores del Uruguay.

105 Fundado a mediados de la década de 1940, este parque de vacaciones para funcionarios y obreros de UTE (Usinas y Transmisiones Eléctricas) y ANTEL (Administración Nacional de Telecomunicaciones), está localizado en las Sierras de Minas (departamento de Lavalleja, Uruguay). Con casi 500 hectáreas de extensión el parque se puede recorrer por senderos a través de los bosques. También es una granja, con tambo, porqueriza, avícola y una huerta que produce verduras para el área gastronómica del hotel.

106 El Cerro Arequita es un macizo rocoso de 305 metros de altura, con la cima aplanada, que sobresale en el paisaje de las Sierras de Minas (Uruguay).

Otra mañana, durante nuestra estadía en el parque, habíamos quedado en encontrarnos todos frente a la fuente del jardín, a la entrada de la edificación que funcionaba como comedor. Conversando los adultos, nos descuidamos un instante y Gonzalo, que era muy enérgico y curioso, cayó dentro de la fuente.

La fuente era profunda en comparación con la altura del bebé. Otro vacacionista que estaba cerca, percibió antes que nosotros la caída y se metió enseguida en el agua para rescatar a Gonzalo. Pero en el apurón, tuvo la mala suerte de herirse seriamente en la planta de un pie, al pisar sin querer una de las tortugas de bronce de la fuente, por cuyas bocas puntiagudas salían los chorros de agua.

Intervención de escritorio

Al año siguiente de mi ingreso al IME, en 1977, ingresaron también varios otros estudiantes de ingeniería¹⁰⁷.

107 Entre ellos ingresaron Álvaro Herrera, Alfredo Piria, Álvaro Portillo, Rafael Armanino y Miguel Koziol. Álvaro Herrera y Alfredo habían sido compañeros míos en preparatorios en 1973 y 1974. Desde 1977 y hasta que nos jubilamos fuimos compañeros de trabajo, primero como ayudantes del IME y después como profesores del IMERL. Álvaro además trabajó como ingeniero decenas de años, primero en una empresa constructora y después en la UTE. Alfredo también trabajó como ingeniero mientras era simultáneamente profesor del IMERL. Actualmente es ingeniero de la URSEA (Unidad Reguladora de Servicios de Energía y Agua) Continúo viendo a Álvaro Herrera y Alfredo hasta el día de hoy. Dejé de ver a Álvaro Portillo desde que s en una red social, y ahora mantenemos correspondencia, no muy frecuente, pero sostenida. Portillo trabaja desde hace muchas décadas como ingeniero en el desarrollo y construcción de transformadores para la industria privada, y en la consultoría eléctrico industrial para diversos países de América Latina. Con Rafael nos mantuvimos en contacto unos cuantos

Magdalena¹⁰⁸ y otros ayudantes ya habían ingresado antes que yo. Heber y yo nos conocimos después, en 1978, también siendo ayudantes, cuando él reingresó al IME en donde ya había trabajado unos pocos años antes.

Una mañana, al llegar yo al IME y entrar a la sala 8, encuentro a varios de mis compañeros arremangados en plena tarea de limpieza. En aquellos años el mantenimiento de las salas del instituto dejaba mucho que desear. Por eso mis compañeros habían organizado una jornada de limpieza. Magdalena, trepada a caballo en el antepecho de la ventana, con una pierna hacia adentro y otra hacia afuera, lavaba los vidrios.

Los sábados de tarde Portillo, Rafael y yo dábamos las clases prácticas de Geometría y Álgebra Lineal. Entre una clase y la siguiente teníamos media hora o más de descanso. Nos sentábamos en el muro del pasillo del IME a conversar.

años después de recibirnos, cuando él ya había emigrado a Europa. Heber y yo, cuando éramos recién casados, cenamos una noche con Rafael y Vivian, la bonita chica inglesa que entonces era su novia y luego su esposa hasta el día de hoy. Poco después de ese encuentro, dejamos de vernos durante varias décadas pero hemos restablecido contacto en los últimos años, aunque muy esporádico. Rafael vive y trabaja en la industria electrónica desde hace más cuatro décadas en Inglaterra. Miguel es ingeniero que trabajó muchos años en la UTE. Él y su esposa Julia Antmann, que también es ingeniera, son muy buenos y viejos amigos de Heber y mío. Julia fue compañera de estudios de Heber. Nos vemos con Julia y Miguel desde 1980, cuando Heber y yo éramos novios.

108 María Simón es una brillante ingeniera y profesora uruguaya, especialista en telecomunicaciones. Fue presidente de ANTEL (Administración Nacional de Telecomunicaciones), Ministra de Educación y Cultura, y Decana en varios períodos de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República. Cuando éramos estudiantes todos conocíamos a María por su segundo nombre, Magdalena. Heber y yo somos amigos con María de toda la vida. Nos seguimos viendo frecuentemente al día de hoy.

Portillo, algunos sábados de tarde, iba a la Facultad en el auto de su padre, un colachata Desoto muy grande, de la década de 1950, cuyo motor hacía un ruido grave y profundo. Debido a ese sonido, llamábamos al auto de Portillo “el barco”.

Rafael y yo éramos muy buenos amigos. Vivíamos relativamente cerca, así que a veces nos encontrábamos en el barrio y frecuentemente en el ómnibus 117 yendo o volviendo de la facultad. Ese mismo año, 1977, operaron a Rafael y fui a visitarlo al sanatorio cuando estaba internado. Creo que al verme, le gusté a su mamá Ivonne. Cuando entré a la sala, ella sonrió pícaramente y algo dijo que me hizo sonrojar.

Unos meses después Rafael se compró su primer auto, un Saab blanco con asientos rojos, bastante viejo pero que él mantenía impecable. Al salir de la facultad frecuentemente me traía hasta casa en el auto, que le quedaba de camino. Una tarde de lluvia yo dejé olvidado mi paraguas en su auto. Era largo y grande, de una tela estampada muy colorida. Cuando Rafael me lo devolvió al día siguiente, me dijo en broma “Mirá lo que me hacés hacer: me paseé todo el día por la Facultad luciendo este horrible paraguas colorinche”.

Algunos años después, una tarde de invierno de 1980 en el IME, el muchacho más lindo e inteligente, con quien no

había entablado yo amistad todavía, me invitó a ir al cine. Me puse contentísima, pero ya había combinado con mi querida amiga Mariel ir a una reunión de amigos en su casa ese mismo día. Le dije eso a Heber, y que saldríamos sí, pero en otra oportunidad.

Pasaron muchos días, y yo quedé esperando que Heber renovara su invitación a salir. Pero apenas nos encontrábamos, y las pocas veces que lo veía, él me saludaba, muy formalmente, pero no me decía nada. Así que finalmente le dejé una nota sobre su escritorio que decía “¿Y....? ¿Para cuándo?” Desde ese momento salimos juntos todas las semanas, y luego de algunos meses nos ennoviamos.

Para hacer mérito con Heber, una tarde decidí ordenar todos sus papeles y libros, que tenía él entreverados sobre su escritorio en el IME. Cuando llegó y vio su escritorio tan prolijo exclamó, bastante molesto:

- ¡¿Quién hizo esto con mis cosas?!

- Yo. ¿No te gusta? – respondí orgullosa de mi trabajo.

-Sí, sí. Me gusta. Muchas gracias – dijo Heber, no muy convencido.

Desde ese día él no encontraba más nada de lo que buscaba en su escritorio. Hasta que finalmente logró reconstruir en su escritorio el “orden” previo a mi intervención.

Mala nota

En la escuela todos los días las maestras escribían problemitas de matemáticas en el pizarrón para que resolviéramos en el cuaderno durante la clase. Nuestra solución debía tener tres partes: “Planteo”, “Operaciones” y “Respuesta”. Estaban formulados en términos de la vida cotidiana práctica. Teníamos que descubrir qué operaciones aritméticas realizar, o qué figuras geométricas dibujar y considerar, para traducir primero el problema práctico a su formulación matemática. Esa traducción y su justificación, redactada con palabras y no con símbolos, iba en la parte del planteo de la solución. Era la parte que más me gustaba hacer.

La maestra de 6° año¹⁰⁹ nos entrenaba mucho en la resolución de ese tipo de problemas, y a ella le debo en parte mi gusto por la matemática. También organizaba actividades divertidas, dejándonos cada tanto un par de horas libres de la clase para que hiciéramos teatro o un baile. Nos anunciaba con varios días de anticipación cuándo iba a ser esa actividad recreativa, dándonos tiempo para organizarnos e inventar el guión. Llevábamos ropa para

109 Mi maestra del sexto año de escuela era Odalis de Amadeo

improvisar disfraces y pinturas para maquillarnos, que compartíamos entre todas¹¹⁰. La actividad se desarrollaba dentro del salón de clase. Previamente corríamos todos los bancos, amontonándolos en la parte de atrás del salón, para acondicionar el espacio donde actuar o bailar.

Cuando estaba en 4° de escuela, la maestra una tarde escribió en el pizarrón:

“¿Cuántos centímetros de puntilla se necesitan para coserla en el borde de una carpeta rectangular de tantos centímetros de largo y tantos centímetros de ancho?”

Me pareció en ese momento, un problema muy difícil.

- ¿Cuál es el ancho de la puntilla? - pregunté a la maestra.
- No importa. Cualquiera – respondió ella.

Entonces usé la palabra “cualquiera” al pie de la letra e inventé un cierto ancho para la puntilla. Me llevó mucho tiempo resolver el problema, mucho más que a las demás niñas, y fui la última en entregar mi cuaderno.

La maestra corrigió la tarea a la hora del recreo, como hacía siempre. Al regresar al salón devolvió los cuadernos con las correcciones y las notas escritas en rojo al lado de nuestras

110 En mi escuela, durante la década de 1960, estábamos separados niñas y varones en grupos diferentes.

soluciones. Sorpresivamente, al abrir mi cuaderno encontré un impresionante e inesperado “Mal”. La corrección de la maestra decía que solo debía calcular el perímetro del rectángulo. Pero yo, al perímetro le había sumado, después de un engorroso cálculo, los centímetros necesarios de puntilla para hacerle los pliegues en las esquinas del rectángulo. Así la carpeta con la puntilla cosida quedaría plana, y no tridimensional.

Colita de rana

Graciela era chiquita y cuando se lastimaba y lloraba, yo como todas las madres y tías, la consolaba cantándole el popular versito:

*Sana, sana,
colita de rana,
si no sana hoy
sana mañana.*

Pero como Graciela seguía llorando, continuaba yo cantando otro versito improvisado:

*Sana, sana,
colita de elefante,
si no sana ahora
sana en un instante.*

Graciela entonces detenía su llanto de repente, atenta esperando saber qué otro animalito aparecería en el siguiente verso:

*Sana, sana,
colita de ratón,
si no sana ahora
sana un montón.*

*Sana, sana,
colita de gato,
si no sana ahora
sana en un rato.*

La zapatería inmortal

Fui estudiante de ingeniería desde principios del año 1975 hasta febrero de 1981 cuando dí el último examen y me recibí.

A pesar de las muchas prohibiciones y de la molesta vigilancia a los estudiantes dentro de la Facultad, sobre todo durante los primeros años de la dictadura militar en Uruguay, algunos de los compañeros de la generación 75 nos divertíamos mucho en reuniones, paseos y otras actividades, que organizábamos fuera de la Facultad.

Dejé de ver a casi todos esos compañeros de estudios cuando terminamos los cursos en 1980. Sin embargo

muchos años después, en diciembre de 2023, una buena cantidad de ex-estudiantes de las generaciones 73, 74 y 75 nos reencontramos en un grupo de “whatsapp”. Con algunos de ellos¹¹¹ nos reencontramos después de tantos años sin vernos, en la Facultad de Ingeniería durante mi despedida del IMERL a fines de 2023. Y después nos encontramos de vuelta, con ellos y otros más, en un asado en la casa de el Manzana¹¹², en marzo de 2024.

En febrero de 2024 reencontré, entre otros, a María Sarasúa¹¹³ y José Luis Pou. Vinieron a casa a retirar un ejemplar del libro para niños que escribí en el año 2001 con ilustraciones de Graciela, para leer a sus nietos pequeños.

Hace unos meses alguien recordó que el 7 de abril de 1975 había sido nuestro primer día de clase en la Facultad de Ingeniería. Por lo tanto en este 2025 se cumplieron 50 años de nuestro primer encuentro. Cristina¹¹⁴ y yo organizamos

111 Entre los muchos ex-compañeros de Facultad que volví a encontrar hace dos años, están Ricardo Gómez, Oscar Ferreño, Néstor Chimenceji, Elio Santilli y María Alejandra (Mariale) Topolansky. Ricardo y su esposa Lourdes Simonelli son actualmente ingenieros jubilados, después de muchos años de trabajo en Antel. Lourdes fue estudiante de mi curso de Análisis en preparatorios, durante el año 1977. Además con Ricardo y Lourdes fuimos compañeros en Antel durante la década de 1980. Dejé de verlos en 1990 cuando renuncié a mi trabajo en ese organismo. Mariale es ingeniera civil. Dejamos de vernos desde que nos recibimos, pero renovamos nuestra amistad cuando nos reencontramos en 2023.

112 Brando Kaufman es ingeniero civil y exitoso empresario. Cuando éramos estudiantes lo llamábamos “el Manzana” por el color muy rosado de la piel de su cara.

113 María Sarasúa es ingeniera civil vial, recientemente jubilada. Trabajó muchos años, primero en la Intendencia de Canelones, y después en la de Montevideo.

114 Cristina Scoria y su esposo Juan Zorrilla de San Martín son ingenieros civiles estructurales. Cristina, ya jubilada, trabajó en la industria privada de la construcción y en la Intendencia de Canelones. Cuando conocí a Juan hace dos meses, contó que mi papá le había enseñado a usar los instrumentos de mediciones topográficas siendo Juan, con 19 años de edad, recién ingresado a su primer empleo en la empresa constructora Pérez Noble. Es de las muy pocas personas hoy

un asado de festejo en la noche del pasado 7 de abril, fecha exacta en que se cumplieron esos 50 años. En este encuentro volví a ver a muchos de los ex-compañeros de generación, entre ellos Walter, el Gallego Cirlinas y el Tano Cuturi¹¹⁵.

...

Las chicas, que éramos muy poquitas en aquellos años de estudiantes, nos reuníamos a festejar los cumpleaños de cada una. Recuerdo en particular que, cuando cumplí 19 años, vinieron al festejo en mi casa Nina¹¹⁶ y Patricia¹¹⁷, entre otras. Mi mamá siempre se acordaba de Patricia, pero no de su nombre, y la llamaba "la linda de rulitos" .

Con Patricia nos seguimos encontrando, aunque no muy frecuentemente, desde que nos conocimos y hasta ahora. Ella iba a visitarme al IMERL toda vez que tenía que ir a la Facultad, generalmente en los días de las elecciones universitarias. Además es prima de Heber, así que nos encontramos también gracias a nuestros lazos familiares.

Con Nina continuamos encontrándonos algunos años después de habernos recibido. Recuerdo haber ido a visitarla a su apartamento en la calle Chucarro para conocer

en día que conocieron y recuerdan a mi papá.

115 Walter Dura, Mario Cirlinas y Stefano Cuturi.

116 Nina Griñó. Es ingeniera en electrónica, ya jubilada después de trabajar decenas de años en la UTE.

117 Patricia Enrich, es ingeniera civil y trabaja desde hace decenas de años en el MTOP (Ministerio de Transporte y Obras Públicas).

a su bebé Gabriel recién nacido. Después perdimos contacto durante muchos años. Patricia y yo la volvimos a ver cuando Álvaro¹¹⁸, el esposo de Nina, falleció.

...

En 1977 organizamos una excursión a Salto. En la Facultad suspendieron nuestras clases y nos autorizaron a hacer el viaje, ya que este incluía una visita a la obra en construcción de la represa de Salto Grande.

Durante el largo viaje en ómnibus hasta Salto nos divertimos mucho, parados casi todos entre los asientos, o sentados en los posa brazos, para vernos las caras. Uno de nosotros, cuya fisonomía recuerdo bien pero no su nombre, nos hacía reír mucho relatando, durante horas y con mucha gracia, cuentos jocosos y chistes al mejor estilo de Landriscina¹¹⁹.

En la ciudad de Salto nos alojamos en un albergue, todas las chicas en una única habitación con varias cuchetas. En otras habitaciones similares se alojaron los varones. El albergue tenía un solo baño. Y éramos más de 40 los que llegamos, sucios por el largo viaje y necesitados, porque el ómnibus, aunque había hecho algunas paradas, no tenía baño.

118 Álvaro Delacoste. Fue ingeniero en electrónica y representante durante muchos años, por el orden de egresados, en los órganos de cogobierno de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República.

119 Luis Landriscina es un actor, cuentista y humorista argentino, famoso por su estilo narrativo y su humor basado en los usos y costumbres regionales del país y del Río de la Plata.

Nos organizamos para usar el baño del albergue. Entramos primero las chicas y después los varones. Teníamos solo 3 o 4 minutos para usar el baño, entrando de a dos. Mientras una usaba el water, la otra se duchaba.. A mí me tocó usar el baño con Silvia¹²⁰, y me duché antes que ella.

A la hora de lavar los platos, después de la cena en el albergue, algunos recogían los platos sucios y limpiaban los restos de comida, otros lavaban, otros secábamos y otros guardaban las cosas en su lugar. A Gabriel¹²¹ le tocó lavar. Y algunos compañeros, haciéndose los graciosos, en vez de guardar los platos limpios los volvían a poner en la piletta donde lavaba Gabriel.

En ese viaje a Salto, el Chino Yamada¹²², que había llevado una cámara sofisticada, sacó fotografías memorables cuyas copias después regaló a algunos de los que habían ido al viaje. Hace unos pocos años Pampín¹²³, que conservaba esas

120 Silvia Antmann fue una ingeniera que trabajaba en la UTE. Se casó con Claudio Brandino, también ingeniero de nuestra misma generación 1975 de estudiantes, y que trabaja en ANTEL. Silvia falleció al principio de la década 1980, con veinte y pocos años de edad, unos días después de dar a la luz a su bebita.

121 Gabriel Bernasconi es un destacado ingeniero (ya jubilado) que vive desde mediados de la década de 1980 en Viena (Austria). Allí desarrolló una importante carrera como técnico de la Agencia Internacional de Energía Atómica. Somos muy amigos Gabriel y yo desde que nos conocimos como compañeros de liceo en 1969. Después fuimos compañeros de Preparatorios y como estudiantes de la Facultad de Ingeniería. Nos dejamos de ver cuando Gabriel emigró a Austria. Nos reencontramos desde el año 2008 y hasta el día de hoy nos vemos en las reuniones con los viejos amigos ex-compañeros de liceo, ya que Gabriel viaja a Montevideo todos los años.

122 Yamada, cuyo nombre de pila no recuerdo, de ascendencia japonesa, falleció prematuramente en un accidente de tránsito a los veinte y pocos años de edad.

123 Gustavo Pampín es ingeniero de UTE desde hace varias décadas.

fotos antiguas, las digitalizó y distribuyó entre varios de nosotros.

Durante nuestra estadía en Salto, algunos cruzaron el río Uruguay en barco hasta Argentina, para pasear por la ciudad de Concordia. Yo no pude cruzar, porque tenía solo 20 años de edad. En aquellos tiempos, los menores de 21 años no podíamos salir del país sin el permiso de menor firmado por los dos padres.

...

Durante toda nuestra carrera nos reuníamos a estudiar en las casas de algunos de nosotros. En la Facultad, excepto a los que trabajábamos en algún instituto, no nos estaba permitido reunirnos, ni siquiera para estudiar. Fui algunas veces a estudiar a la casa de Liliana¹²⁴, que vivía en la calle 26 de marzo, cerca de mi casa. Otras veces nos reuníamos en grupo a estudiar en la casa del Bigote¹²⁵, en la calle Cataluña.

Pero donde yo más estudiaba, sobre todo durante los dos últimos años de la carrera, era en la casa de Humberto¹²⁶,

124 Liliana Peguri es ingeniera. Se casó con José Varela (ya fallecido), que también fue ingeniero trabajó en UTE muchos años, y fue compañero nuestro de la generación 75 de estudiantes.

125 Javier Beltrame es ingeniero electrónico. En nuestra época de estudiantes él usaba un espeso bigote negro. Por eso lo llamábamos “el Bigote”. Me costó mucho reconocerlo cuando nos reencontramos en diciembre de 2023, sobre todo porque ya no usa bigote.

126 Humberto González Badano es ingeniero en electrónica. Desde mediados de la década de 1980 no nos veíamos hasta que hace tres o cuatro años nos encontramos de casualidad al ir a votar a las elecciones universitarias. Desde entonces nos vemos, aunque no muy frecuentemente, en las reuniones con otros ex-compañeros de generación de estudiantes de la Facultad de Ingeniería.

que también vivía cerca de la mía. La suya era una casa enorme y antigua, en la esquina de Chucarro y Guayaquil. Pasábamos muchas horas, de día y a veces de noche, estudiando en grupo en aquella casa, sobre todo los fines de semana. En otro cuarto estudiaba Ruth, la hermana de Humberto, con sus compañeras. Y en otro estudiaba Felipe, el hermano menor de Humberto, también en grupo con sus compañeros. A la hora de la merienda, nos reuníamos todos en la mesa, ancha y muy larga, del comedor de la casa. Nos traían el café con leche o el té y unos scones calentitos recién horneados. Todo estaba servido en una espectacular vajilla Willow de principios del siglo XX.

Una noche, en que solo Humberto y yo nos quedamos estudiando hasta altas horas de la madrugada, su hermano mayor Ricardo, que ya era casado y no vivía con ellos, dejó a su bebé de muy pocos meses de edad al cuidado de Humberto. Lo acostamos en un sofá-cama, adecuadamente protegido para que no se cayera, al lado y bien cerca de la mesa donde estudiábamos. El bebé durmió tranquilamente un buen rato, hasta que se despertó y empezó a llorar. Lo teníamos en brazos, un rato Humberto y otro rato yo. El bebito, estando en brazos, al poco tiempo se calmaba y dormía, sobre todo cuando Humberto le hacía sus "pases mágicos", que eran tiernos movimientos con la mano frente a su carita.

...

En 1975 nos hicimos muy buenos amigos con Juan Carlos¹²⁷ y Cecilia¹²⁸, que ya eran muy amigos entre sí antes de ingresar a la facultad. Ambos dejaron de estudiar ingeniería uno o dos años después.

Cecilia pintaba cuadros desde antes de ser estudiante de ingeniería. Una tarde me llevó a su taller para mostrarme sus pinturas. Tenía muchas, casi todas con figuras humanas muy estilizadas y sin caras. Firmaba sus pinturas como "cimo", por las iniciales de sus dos nombres y sus dos apellidos.

Con Juan Carlos nos reíamos mucho. Él me contaba, con gesto muy serio, ingeniosos disparates inventados y mentiras jocosas que yo, ingenua, creía al pie de la letra. Y seguía creyéndolos hasta que los dos estallábamos en carcajadas cuando él finalmente me decía: "¡Caíste otra vez!"

A fines de 1975 Juan Carlos y yo preparamos juntos el examen de Análisis Matemático. Nos reuníamos a estudiar

127 Juan Carlos Areoso. Es artista plástico y un sofisticado diseñador de interiores. Recibió muchos premios como interiorista. Después de cerca de 50 años sin encontrarnos, en junio pasado (2025) fui a visitar a Juan Carlos a su galería de arte "Espacio in Fabula" en la esquina de Uruguay y Río Negro.

128 Cecilia Míguez. No la volví a ver desde enero de 1983, cuando ella nos felicitó a Heber y a mí en nuestro casamiento. Poco después supe que había emigrado a los Estados Unidos. Extraído de "Wikipedia", el 24 de junio de 2025: "Cecilia Míguez (nacida en 1955 en Montevideo, Uruguay) es una artista escultora radicada en Los Ángeles. Trabaja en su estudio en Altadena, California, al noreste de Los Ángeles."

de tarde, durante muchas horas, en la casa de mi tía Tate. Las dos perras negras y grandes de Tate, Blacky y Poppy, le hacían fiesta a Juan Carlos. Él las esquivaba gentilmente pues las dos perras tenían olor feo. A media tarde, Tate subía con ellas la escalera, trayéndonos en una bandeja la merienda hasta la salita de estudio. Se oía los ruidos de las dos perras subiendo apresuradas por la escalera de madera. Al abrirles la puerta entraban locas de alegría moviendo la cola.

Una tarde de verano, Juan Carlos hizo un asado en su casa con un grupo de amigos. Yo me ocupé de cortar la lechuga para la ensalada. Pero, según Juan Carlos, no la estaba cortando bien. Él la quería cortada en julianas bien finitas. Me enseñó a hacer un rollo con las hojas y a cortarlas después. Desde aquel día, corto la lechuga de esa forma acordándome de Juan Carlos. Y es en julianas finitas como más me gusta la ensalada.

...

Durante los últimos años de la carrera de Ingeniería, los estudiantes que habíamos optado por alguna rama de la ingeniería industrial, cursamos varias asignaturas de administración. En una de ellas debíamos proyectar, en equipos de cinco o seis estudiantes, un sistema de facturación comercial. Participé del equipo de los

compañeros con los que estudiaba siempre aquel año: Humberto, Mario¹²⁹, Cary¹³⁰, Nina, Ana María¹³¹ y yo.

Teníamos que proyectar el sistema de facturación para un comercio ficticio de cualquier rubro. Nosotros, para resolver rápidamente el asunto y no complicarnos mucho, en vez de elegir algún rubro relacionado con la ingeniería, elegimos el rubro de zapatería. Y cuando llegó el momento de ponerle un nombre al comercio, no muy inspirados y un poco en broma, elegimos llamarlo Zapatería "El Zapato". Quedó inmortalizado ese ridículo nombre entre los artículos, tesis, libros y otras publicaciones de mi coautoría, que aparecen al buscar por mi nombre y apellido los documentos disponibles en la Biblioteca de la Facultad de Ingeniería¹³².

...

En la época de estudiantes también salíamos mucho al cine en grupo. Recuerdo en particular una tarde que fuimos a la Cinemateca de la calle Chucarro. Cristina consiguió, para

129 Mario Brandolino es ingeniero y empresario en Hialeah, Florida, Estados Unidos, a donde emigró a fines de la década de 1980. No tuve más contacto con él desde que se fue de Uruguay.

130 Cary Green es ingeniero y empresario en St Augustine, Florida, Estados Unidos, a donde emigró a fines de la década de 1980. Perdimos contacto desde que él emigró hasta marzo de 2024, en la que, durante su visita anual a Uruguay, nos encontramos en un asado de ex-estudiantes de ingeniería.

131 Ana María Umpiérrez es ingeniera ya jubilada de su trabajo de más de 40 años en Antel. Éramos muy amigas cuando estudiantes y durante los diez años que trabajé en Antel. Ella fue testigo de Heber y mía en nuestro casamiento. Dejamos de vernos en 1990 cuando yo renuncié a Antel para ir a vivir con Heber a Río de Janeiro. Hace dos años la busqué en Antel, pero ya se había jubilado. Desde entonces estoy tratando de ubicarla, sin éxito.

132 biur.edu.uy/F Número de registro 000202359 del año 1980.

los que no éramos socios, carnés prestados para que entráramos sin pagar. A mí me tocó entrar con el carné de su novio Juan. A pesar de que el nombre y la foto que miró cuidadosamente el boletero del cine eran de varón, me dejó pasar.

...

En 1978, por la escasez de profesores, tuvimos problemas en algunas asignaturas teóricas de ingeniería eléctrica y electrónica. Entonces nos organizamos en un grupo de aproximadamente quince estudiantes, para que cada uno consiguiera bibliografía y estudiara bien un tema diferente del programa, y le diera clases sobre ese tema a los demás.

No nos dejaban organizarnos ni darnos clases dentro del edificio de la Facultad. Entonces lo hicimos, reuniéndonos todos los días de tarde, en una casa grande y vieja de la calle Obligado que había alquilado Antonio¹³³, en conjunto con otros socios. La casa tenía una habitación equipada con bancos y pizarrón que Antonio y sus socios usaban para dar clases particulares a liceales. Además, algunas de sus socias atendían una guardería y jardín de infantes que funcionaba en otras habitaciones de la casa.

...

133 Antonio Azziz es ingeniero. Cuando éramos estudiantes Antonio, además de asistir a todas las clases y estudiar, trabajaba varias horas dando clases particulares a liceales. Ya estaba casado y tenía su familia en la ciudad de Durazno, a donde viajaba todos los fines de semana.

En el año 1979 no encontrábamos materiales adecuados para estudiar el curso de Máquinas Eléctricas. Hasta que las bibliotecarias Julia¹³⁴ y Margarita¹³⁵ nos consiguieron y prestaron lo que se adaptaba perfectamente al programa del curso. Era una copia vieja y estropeada de antiguos apuntes del Prof. Agustín Cisa¹³⁶, a quien no conocíamos.

Como había muchas generaciones de estudiantes que debían el examen de la asignatura, nos organizamos en un grupo de aproximadamente 130 para reimprimir los apuntes de Cisa. En esos tiempos las fotocopias eran caras, y además los apuntes constaban de varios librillos con cientos de páginas en total. Así que decidimos reimprimirlos por mimeógrafo. Como no teníamos tiempo suficiente para mecanografiar de vuelta todo aquel material, decidimos mandar hacer las matrices por medio fotográfico-electrónico. Era muy cara cada matriz electrónica. Pero repartido su precio entre 130 impresiones de cada una, resultaba de un costo aceptable. Y además servían, sin casi ningún costo adicional, para hacer más impresiones en el

134 Julia (no recuerdo el apellido) era bibliotecaria de la Facultad de Ingeniería en la década de 1970 y primera mitad de los 80. Falleció muy joven.

135 Margarita Pastor, ya jubilada, fue bibliotecaria de la Facultad de Ingeniería desde principios de la década de 1970 hasta finales de la década del 2000, cuando se jubiló. Me comuniqué con ella hace dos años por correo electrónico y recuerda, no solo los nombres, sino también los números de usuarios en la biblioteca de todos nosotros, los ex-estudiantes de la generación 75.

136 Agustín Cisa fue un ingeniero eléctrico y eminente profesor del Instituto de Ingeniería Eléctrica, que hoy lleva su nombre, de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República. Fue director de dicho instituto en las décadas de 1950 y 1970, hasta su destitución por la intervención en 1973 durante la dictadura militar en Uruguay. Fue nuevamente profesor y director desde 1985, con el retorno de la democracia, y hasta su fallecimiento en 1988. Fue distinguido con el título de Profesor Emérito de la Facultad de Ingeniería.

futuro y que las aprovecharan las siguientes generaciones de estudiantes.

Nos repartimos las tareas entre los organizadores, que éramos cerca de diez. Algunos fueron los tesoreros, encargados de calcular el costo de cada ejemplar y de recibir el dinero, cobrando por anticipado a todos los que queríamos uno. Otros llevaban el registro de nombres y teléfonos de cada estudiante del grupo. Yo era la encargada de mandar hacer y revisar las cientos de matrices electrónicas. Otros se encargaron de llevar esas matrices a la imprenta mimeográfica, y de traer de a poco las impresiones.

Cuando ya teníamos todo impreso, nos reunimos en la casa de Humberto. Pusimos, de a pocos, los mazos de hojas impresas sobre la enorme mesa del comedor, y dando vueltas alrededor, compaginamos los muchos librillos. Después los engrapamos y ordenamos en paquetes, uno para cada destinatario.

Cuando recién habíamos empezado con ese trabajo colectivo de impresión, pero yo ya había mandado a hacer las matrices electrónicas, recibí en la Facultad una citación para presentarme en el despacho del secretario docente del decano interventor.

En su despacho, el secretario docente me dijo que suspendiera inmediatamente la impresión de los apuntes de Máquinas Eléctricas, de la cual él sabía que yo era organizadora. El autor, Agustín Cisa, estaba proscrito por la dictadura. Y todas sus obras y escritos, aún los estrictamente técnicos y de ingeniería, estaban prohibidos. Tan prohibidos estaban que no se permitía que hubiera ni siquiera un ejemplar dentro de la Facultad. En ese momento me di cuenta que las bibliotecarias, Julia y Margarita, habían guardado y nos habían prestado los apuntes de Cisa, probablemente de contrabando.

Me negué a interrumpir la impresión. Discutí bastante con el secretario docente. Al final, creo que porque él me tenía una especial consideración por ser yo muy buena estudiante, negociamos. Él aceptó que continuáramos con nuestra reimpresión, y yo acepté borrar el nombre del autor en nuestras impresiones. Me sentí y me sigo sintiendo mal por eso; ojalá me perdone la memoria del Prof. Cisa.

...

Cuando a fines del año 1980 terminábamos el último curso de la carrera, a Jorge Cabrera¹³⁷, sentado delante mío en una clase práctica, se le ocurre una fantástica idea:

137 Jorge Cabrera es ingeniero, ahora jubilado, que trabajó en la UTE más de 40 años, desde fines de la década de 1970. Cuando éramos estudiantes de ingeniería, además de asistir a todas las clases y estudiar, trabajaba él varias horas al día como conductor de taxi. Desde que Heber y yo nos casamos en 1983 dejé de verlo, hasta que en diciembre de 2023 nos reencontramos. Nos seguimos viendo periódicamente desde entonces.

- Y si ahora que terminamos la carrera los de la generación 75, ¿le hacemos un regalo de agradecimiento a las bibliotecarias? - preguntó entusiasmado.

- ¡Genial! - respondimos, tan entusiasmados como él.

La placa que les entregamos es testigo del agradecimiento de toda nuestra generación de estudiantes, y está colgada todavía en la Biblioteca de la Facultad de Ingeniería.

Capítulo 7

El ratón Pérez y otros relatos

El archivo pi.

En 1989, cuando terminé de escribir a mano la monografía de epistemología, que era lo único que me faltaba para recibirme de la Licenciatura en Matemática, decidí pasarla a un procesador de texto. En esos tiempos ya había máquinas electrónicas cuya función era únicamente procesar textos. Había una en el IME, que usaba Mariel¹³⁸, la secretaria.

Era una máquina grande, con teclado y monitor de tubo incorporados. En el monitor aparecía el texto en letras verdes. La máquina tenía incorporada también una impresora que usaba rollos de papel “fainfold” con agujeritos a los costados.

No se podían hacer dibujos ni escribir muchos símbolos matemáticos, pero tenía la ventaja de que se podían guardar los archivos para continuar escribiendo otro día o para modificarlo después. Se guardaban los archivos en disquetes magnéticos, cuadrados, grandes y flexibles.

Las diferentes máquinas para procesar textos, por ejemplo una que había en la oficina donde yo trabajaba en Antel, y esta otra, la que usaba Mariel en el IME, no eran

¹³⁸ Mariel Etchemendy es mi querida vieja amiga desde que nos conocimos en 1977o 1978, cuando ella ingresó como secretaria del IME. Desde entonces fue secretaria del IMERL hasta mediados de la década de 1990. Además es psicóloga y trabaja como tal hasta el día de hoy, Desde la primera mitad de los 90 fue pareja de mi querido maestro y amigo Jorge Lewowic, a quien acompañó hasta su fallecimiento en el año 2014.

compatibles entre sí. Los tipos de archivo que creaba una máquina no se podían leer ni modificar en la otra.

Nunca había usado yo una máquina procesadora de textos. Le pedí a Mariel que me enseñara. Esa máquina se llamaba "Chi Writer". Mariel, sentada al lado mío y yo frente a la "Chi Writer", empezamos. Alegre como es ella siempre, y con mucha paciencia, me dijo cómo encender la máquina y qué pasos debía seguir yo antes de empezar a escribir el texto.

Llegó el paso en que la máquina quedó esperando que yo escribiera algo. Yo no sabía qué dato estaba pidiendo la máquina porque en el monitor solo aparecía un guión verde que se encendía y apagaba en forma intermitente. Mariel tampoco me explicó qué dato era.

-Escribí "pi", Loli, pe, i - me dijo.

Le pregunté porqué, qué significaba eso. Para qué era esa palabra.

-Ya vas a ver, vos escribí "pi", haceme caso - me dijo riéndose. Mariel es muy divertida, se ríe mucho, con una risa fuerte y contagiosa.

Siguió explicándome todo y logré escribir un breve texto de prueba. Llegó el momento de guardarlo en el disquete y

Mariel me enseñó cómo hacerlo. Al guardarlo, en la pantalla apareció el nombre del archivo. Mariel largó una carcajada y riéndose mucho me preguntó

-¿Entendiste ahora? - Y sí, había entendido yo, por fin, la bromita de Mariel. En la pantalla se leía "pi.chi"¹³⁹.

El ratón Pérez

A Graciela se le había caído el primer diente de leche. Heber y yo le contamos del Ratón Pérez, que trabajaba fabricando joyas con los dientes de los niños, vendría esa misma noche a llevarse su dientito y le dejaría a cambio un billete bajo la almohada. Graciela escuchó atenta el cuento y antes de dormirse puso su diente bajo la almohada. Al otro día, feliz, encontró el billete.

Un tiempo después a Graciela se le cayó el segundo diente. Nos pidió las cajas de cartón que Heber y yo teníamos guardadas en el cuarto de los cachivaches. Se las dimos. Al rato entramos en su habitación y vimos la cuidadosa construcción que había hecho Graciela con las cajas, al lado de su cama.

-Es una escalera para que el ratón Pérez pueda subir a buscar el diente - nos explicó Graciela. Al día siguiente, feliz, encontró el billete.

139 En Uruguay "pichí" es una palabra coloquial e infantil que significa orina.

Y así fue, diente tras diente.

Hasta que una noche, cuando ya unas amiguitas vecinas le habían dicho a Graciela que Papá Noel y los Reyes Magos eran los padres, Heber y yo nos olvidamos de recoger el diente y dejar el billete bajo la almohada.

Muy temprano a la mañana, nos despertó Graciela enojada, parada en la puerta de nuestro dormitorio. Manos a la cintura, nos dijo

- ¡Cómo se nota que Papá Noel y el Ratón Pérez son los mismos!

La última vez

Heber y yo entablamos una amistad muy linda con Ricardo Mañé durante los años en que vivimos en Río de Janeiro. Él era amigo nuestro, aunque académicamente nos separaba una enorme distancia: mientras Mañé era un famoso matemático, reconocido en todo el mundo y distinguido profesor del IMPA, nosotros éramos solo estudiantes. Pero a pesar de esa distancia formal, no nos separaban muchos años de edad. Él era solo ocho años mayor que yo.

En la pausa de media tarde, casi todos los días nos encontrábamos en la sala del café del IMPA. Mañé llegaba a esa hora, recién levantado, pues trabajaba toda la noche

en su casa investigando, leyendo y escribiendo matemática. No charlábamos de matemática durante las pausas de café, sino de cuestiones de la vida cotidiana.

Una noche invitamos a Mañé a tomar café en un antiguo bar de la calle Marquês de Abrantes, a dos o tres cuadras de nuestro apartamento en el barrio Flamengo de Río de Janeiro. Nos quedamos hasta altas horas de la madrugada conversando y tomando un café tras otro. Fue fascinante escuchar las historias y anécdotas de Mañé, que él contaba con gracia y atractivo.

Durante esa velada, recordamos los tiempos de nuestra niñez y adolescencia en Montevideo. Aunque no nos conocimos cuando niños, Mañé, Heber y yo habíamos vivido en el mismo barrio, a unas pocas cuadras de distancia uno del otro. Además Mañé y yo fuimos a la misma escuela. Nos divertimos relatando experiencias de vida comunes de aquel barrio y de aquella escuela. Además ambos habíamos ido cuando niños a las clases de francés de Mademoiselle Madeleine Marin y compartíamos los mismos recuerdos de esa singularísima profesora.

Otra noche Heber y yo invitamos a Mañé a cenar en nuestro apartamento. Yo, que no sé cocinar bien ni me gusta la cocina, me esmeré lo más que pude preparando un pollo a la cacerola.

Durante la cena Mañé, más por buena educación y gentileza que por sinceridad, dijo que el pollo estaba muy rico. En cierto momento, y sin detener su amena conversación, Mañé sacó delicadamente con el tenedor un pelo que había en la salsa, lo puso al costado de su plato, y siguió comiendo como si no hubiese pasado nada.

En la primavera de 1994, Mañé viajó a Montevideo. Estaba enfermo desde hacía algunos pocos años. Ese mes había empeorado mucho. Viajaba a Montevideo para tratar su enfermedad. Nos pidió que, al ir nosotros a Montevideo para las fiestas, le lleváramos todos los ejemplares de la revista *Veja* del período de su ausencia de Rio de Janeiro. Eso hicimos. Se las llevamos a la casa de su madre en la calle Julio César. Mañé estaba enfermo en cama. Quiso que solo entrara Heber a su habitación. Conversaron de matemática, pues Mañé era el tutor de tesis de Heber, y la defensa sería en los próximos meses.

En marzo de 1995, después que Heber y yo defendimos nuestras tesis en el IMPA y nos recibimos, regresamos desde Rio de Janeiro a vivir de vuelta en Montevideo. Una de las primeras cosas que hicimos fue ir a visitar a Mañé, que continuaba, muy grave en cama, en la casa de su madre. Solo Heber entró a su habitación. No sé porqué. Creo que él no quería que yo lo viera, o yo prefería no molestarlo, no me acuerdo bien.

Durante una de esas visitas Mañé se puso muy grave y hubo que llamar a una ambulancia. En una camilla vi a Mañé ser subido por Heber y un enfermero a la ambulancia. Heber lo acompañó hasta el sanatorio donde quedó internado. Fue la última vez que lo vimos. Falleció pocos días después.

Quemando los mangos

Durante mi niñez y adolescencia mantenía mi papá correspondencia con nuestra familia en Rumania y en Grecia. Después que mi papá falleció continuamos mi mamá y yo esa correspondencia con todos ellos. Eran cartas manuscritas, casi todas en francés, pero algunas en inglés, que recibíamos o enviábamos por correo postal aéreo.

Cerca del año 2002 Nondas¹⁴⁰, que vive en Canadá, y cuyo abuelo paterno era hermano del mío, buscó en internet escribiendo su apellido, igual que el mío pero con K. Encontró así mi página personal de la Facultad de Ingeniería en la web. Me escribió y "nos descubrimos". Desde entonces y hasta el día de hoy, mantenemos correspondencia muy frecuente e intercambiamos fotos de nuestras familias. Hasta ahora, nunca nos vimos personalmente.

140 Epaminondas Katsigeras vive y trabaja en Toronto. Está casado con Irene, tiene un hijo Alex y recientemente un nieto Colin.

En el año 2007 descubrí, buscando en internet, que en Grecia, Alemania y Rumania tenía yo otros familiares, además de aquellos con los que me escribía. Entre ellos, encontré a Irina¹⁴¹, nieta del hermano mayor de mi papá y que lleva mi mismo apellido pero en su traducción del griego al rumano. Desde entonces, con Irina mantenemos una intensa correspondencia. Ella viaja muy frecuentemente a hacer turismo por todo el mundo. Cuando visitó Uruguay unos años atrás, Heber, Julita, Graciela y yo conocimos personalmente a Irina en un almuerzo que compartimos todos juntos cerca del hotel céntrico de Montevideo donde se alojaba.

En 1988 Heber y yo viajamos a Bucarest a conocer a mis tías¹⁴² y primos¹⁴³, con los que desde la niñez mantenemos correspondencia. Fueron encuentros muy emotivos e inolvidables, a pesar de la situación social conflictiva y crítica que se vivía en Rumania en ese año, previo al derrocamiento del duro régimen de Ciasescu.

141 Irina Catighera es una médica muy reconocida del hospital maternal de la ciudad de Iasi, en Rumania. Es una viajera frecuente y persona de influencia en redes sociales sobre viajes, que ha recorrido numerosos lugares del mundo haciendo turismo.

142 Conocimos a mis tías Nina, hermana menor de mi papá, Cecilia y Senia, viudas de dos hermanos varones de mi papá. Los otros tíos y tías que vivían en Rumania ya habían fallecido antes de 1988. Ahora esas tres tías que tuve la fortuna de conocer personalmente, ya fallecieron.

143 Conocimos a mis primos Mercedes y Bebe (Alfonso) Polichroniades, aproximadamente 25 años mayores que yo, hermanos entre sí e hijos de una hermana mayor de mi papá. Ambos ya fallecieron. Conocimos también a mis primos, el hijo Sorin Cațighera de Senia, y el hijo Tavi (Octavian Sichitiu) de Nina, ambos más o menos de mi misma edad, y a sus esposas Michaela y Corina, respectivamente. También conocimos a mi prima Lidia Lacusta Costea, nieta de un hermano de mi abuelo, y a mi sobrino Eugen Negoita, tres años menor que yo, hijo de mi prima Mercedes. Sorin y Michaela, con su pequeño hijo Alex, emigraron poco después a Nueva York, donde viven hasta el día de hoy. Mantenemos correspondencia por correo electrónico, pero muy esporádica. Con Tavi, Lidia, Eugen y su esposa Lucía, seguimos intercambiando cartas y fotos muy frecuentes.

Desde esa visita, no nos volvimos a ver con los familiares en Rumania, excepto con mi primo Tavi, aunque continuamos en contacto por cartas con ellos. Tavi trabajó decenas de años viajando por el mundo embarcado, pues es ingeniero de máquinas navales. Hace aproximadamente trece años llegó al puerto de Montevideo. Heber, Julita, Graciela y yo fuimos a visitarlo a su barco anclado en el puerto.

En 2008 viajé por trabajo a la Universidad de Marburg, en Alemania. Un domingo durante mi estadía, bien temprano a la mañana, tomé un tren en Marburg. Después de cuatro o cinco transbordos, llegué a Bochum al oeste de Alemania. Allí vive mi primo Günther¹⁴⁴, cuyo abuelo paterno era hermano del mío. Visité ese día a Günther y su familia. Compartimos una barbecue que prepararon en el jardín de su casa. Él y su familia llevan el apellido Deppner, heredado de la madre de Günther, aunque su padre tenía mi mismo apellido.

Cuando terminé mi estadía de trabajo en la Universidad de Marburg, tomé tres semanas de vacaciones y viajé a Grecia.

144 Durante los años siguientes a nuestro encuentro, nos mantuvimos en contacto por facebook con Günther Deppner, su esposa Sabina, sus hijas Sarah y Bianca, y su hijo René, bastante menor que sus hermanas y de la edad de Graciela. Pero ahora ya hace varios años que perdimos el contacto. Ellos dejaron de usar esa red social, y no he podido encontrarlos nuevamente.

Allí conocí personalmente a mis primos¹⁴⁵ y sobrinos¹⁴⁶ en Atenas, y a mis tías¹⁴⁷, primos¹⁴⁸ y sobrina¹⁴⁹ en las islas de Zakynthos y Kefalonia del mar Jónico, al oeste del Peloponeso.

En Atenas, Nancy y yo conocimos también a nuestro primo común Mihalis¹⁵⁰, pariente nuestro bastante lejano en el árbol genealógico. Él nos dio datos del lugar donde están las tumbas, en la isla de Kefalonia, de nuestros antepasados comunes de la primera mitad del siglo XIX.

En Kefalonia, fui a visitar, entre otros parientes, a mi tía Nitsa, ahora fallecida. Sus cartas en francés que escribía a mi mamá, después que mi papá había fallecido, nos llamaban la atención porque las firmaba sustituyendo la letra *a* del final de su nombre, por la letra griega alfa.

145 Conocí en Atenas a mi prima Nancy, a mi primo Harry, hermano de Nancy, y a Janet, esposa de Harry. Ellos llevan el apellido Athanasopoulos pues, si bien somos primos por mi línea paterna, por la línea de ellos es materna. No nos volvimos a ver personalmente después, pero nos mantenemos en contacto muy frecuente.

146 En Atenas conocí a mi sobrino Johnny Wehbe, hijo de Nancy, y a mis tres sobrinas Chloe, Lydia y Danae, hijas de Harry y Janet, con quienes mantengo contacto por facebook.

147 Conocí en Zakynthos a mi tía Alikí, en ese momento con 97 años de edad, ahora fallecida. En la isla de Kefalonia fui a visitar a mi tía Nitsa, hermana menor de Alikí, también ya fallecida.

148 En Zakynthos conocí también a mis primos Iannis y Hara (fallecida) Marinos, hermanos entre sí y ambos hijos de mi tía Alikí. También conocí a la esposa Angeliki de Iannis. Mantengo contacto con Iannis y Angeliki, aunque no muy frecuente, a través de su cuenta de facebook.

149 Conocí también en Zakynthos a mi sobrina Ioanna, hija de prima Hara, a su esposo Pavlos, a sus suegros y a sus dos hijas Philipa y Angelika, de la edad de Graciela. Nos reunimos una tarde en la antigua y hermosa casona de la granja de los suegros de Ioanna. Me regalaron una damajuana de aceite de oliva y un queso de cabra producidos en su granja. Con Ioanna y con su padre Philip Dracodairis (un reconocido escritor griego y políglota que fue el primer esposo de mi prima Hara) mantenemos una correspondencia relativamente frecuente.

150 Mihalis Katsigeras (fallecido) fue un conocido periodista griego, columnista de importantes diarios de Atenas.

En la isla de Zakynthos, a donde habíamos viajado todos juntos mis primos de Atenas y yo, me alojé unos días en el apartamento de Iannis y Angeliki, en la rambla costanera de la ciudad. Desde la terraza del apartamento se apreciaba una hermosa vista al mar. Otros días, junto a mis primos de Atenas, nos alojamos en la señorial casa antigua de Hara, impecablemente mantenida y decorada, rodeada de jardines con muchas plantas y flores, y ubicada en una ladera hacia el mar en una parte boscosa de la isla, no muy lejos de la ciudad.

Iannis, Angeliki y Hara nos llevaron a hermosos paseos por la isla. Pasamos varias tardes en la playa, bañándonos en el mar tibio, transparente y muy salado. Mientras tomábamos sol en las reposerías, Hara y Nancy me enseñaban palabras en griego. Iannis y Angeliki me invitaron a un paseo en su velero. Fondeó en una ensenada de agua profunda pero tan transparente que se veían las rocas del piso como si fuera a través de un vidrio. También recorrimos la isla de Zakynthos en auto, pasando por frondosos bosques agrestes, por los acantilados y las montañas contra el mar.

Desde la isla de Zakynthos, Iannis, Angeliki y yo viajamos en ferry con el auto de Iannis a la isla de Kefalonia, donde estuvimos algunos días alojados en un hotel de la pequeña ciudad de Argostoli, capital de la isla. En el auto de Iannis, recorrimos Kefalonia. Visitamos sus muchas y hermosas playas. A diferencia de las playas sobre el mar Egeo

cercanas a Atenas, que también visité y que son de rocas sin arena, las de Zakynthos y Kefalonia son de arena blanca o dorada.

En Argostoli visitamos a nuestra tía Nitsa, que vivía en un residencial geriátrico. También visitamos la casa “museo” donde habían vivido siempre Nitsa y su esposo. Él había sido un conocido actor de teatro. En la casa, que mantenían cerrada con todos sus muebles antiguos, adornos y cuadros, Iannis me contó las historias de vida que cada objeto representaba. En la puerta había una placa informando que allí había vivido el conocido actor, esposo de nuestra tía, cuyo nombre ya no recuerdo.

En el auto de Iannis subimos hasta la cima de la montaña Ainos a 1,628 metros de altitud, el punto más alto de Kefalonia. Desde la cima la vista de la isla, de sus bosques y playas, es espectacular. Pero llegar es muy difícil. El camino es angosto y de piedra. Atraviesa bosques de pinos y en algunos puntos pasa al borde de un precipicio. Otras veces debimos detenernos por las cabras que impedían el paso.

En la pequeña localidad de Svoronata, al suroeste de la isla de Kefalonia, con Iannis visitamos las ruinas de la antigua casa Katsigeras, que era todavía propiedad de nuestra tía Nitsa. Había sido destruida en el terremoto de 1953. Después fuimos al cementerio de la iglesia de Svoronata.

Allí encontramos la tumba del matrimonio de Athanasios Svoronos y Penélope Katsigera. A principios del siglo XIX todos los habitantes de Svoronata eran de la familia Svoronos. Y para distinguirse entre sí, usaban los apellidos maternos.

Durante mi estadía en Atenas me alojé unos días en el apartamento de Nancy, en un barrio muy concurrido de la ciudad, con cafeterías, cines y muchos comercios. Otros días me alojé en la casa de Harry y Janet, grande, muy bonita y moderna, ubicada en lo que había sido un bosque, que unos diez años antes había sido destruido por un incendio. La casa de Harry y Janet estaba muy alejada del centro de Atenas.

Una tarde llegó Janet a la casa con una cachorrita negra y muy juguetona. Había sido abandonada, la encontró en adopción en una veterinaria y se enamoró de ella. La adoptaron y la llamaron Loli, en honor a mí.

A veces con Nancy, y otras veces con Harry y Janet visitamos los famosos lugares históricos de la Grecia antigua en Atenas y sus cercanías. También me llevaron de paseo a otros atractivos lugares de la ciudad y sus alrededores. Con Nancy fuimos al cine, al teatro, a cafeterías y a una cena de camaradería de una sociedad de mujeres que ella presidía.

Estando con Nancy en su apartamento, un día me ofrecí a cocinar una tortilla de papas. Hasta ese día había cocinado siempre Nancy y, aunque soy muy mala cocinera, quise ayudar un poco.

Corté las papas y la cebolla. Encendí el interruptor de una hornalla de su cocina eléctrica, y puse la sartén con aceite a calentar. Arriba de las otras tres hornallas tenía Nancy apoyadas, todas amontonadas, varias cacerolas, sartenes y ollas vacías.

Mientras estaba yo friendo las papas, después de haber saltado la cebolla en el aceite caliente, empecé a sentir un fuerte olor a plástico quemado. Enseguida empezó a salir humo. No sabía yo qué era lo que se estaba quemando, hasta que percibí que había movido, sin querer, el interruptor de otra de las hornallas eléctricas. Así fue como quemé los mangos de plástico de las sartenes y cacerolas de Nancy.

La sorpresa

En los recreos entre las clases de preparatorios, Brene¹⁵¹ y yo estábamos siempre juntas. Éramos muy amigas. Pasaba yo las tardes de los fines de semana estudiando con ella en su casa. En 1974, en las clases del segundo y último año de preparatorios, nos sentábamos una al lado de la otra en la primera fila.

Ese año, pocos meses después de la muerte de mi papá, cumplí 18. Unos días antes de mi cumpleaños avisé a Brene y a otros compañeros de clase que, a diferencia del anterior, ese año no habría festejo en mi casa.

Llegó el día. En el recreo largo de media mañana, estaba yo en el patio con Brene como siempre. Sonó el timbre para volver al salón. Brene se demoró un poco y yo la apresuré para que no llegáramos tarde a la clase.

La puerta del salón estaba cerrada. Al abrirla, todos mis compañeros adentro, gritaron juntos

- ¡¡¡Sorpresa!!!

151 Berenice Verdier es profesora de matemáticas egresada del IPA (Instituto de Profesores Artigas) Trabaja desde hace más de 40 años como profesora de la orientación científica del bachillerato, previo a la universidad. Nos dejamos de ver a finales de la década de 1970 cuando ella dejó de ser estudiante de ingeniería. Nos reencontramos hace tres o cuatro años y renovamos nuestra vieja amistad. Desde entonces nos comunicamos frecuentemente.

Festejamos mis cumpleaños en vez de tener clase a esa hora. Mis compañeros¹⁵² habían preparado la sorpresa con la complicidad del director¹⁵³.

Las paltas de Jones

Mariela¹⁵⁴ llegó una tarde de julio a casa cargando una bolsa grande y pesada. Al entrar me dijo que dentro de la bolsa había un regalo que nos enviaba Jones¹⁵⁵ y su esposa Alice.

Abrí la bolsa. Dentro había una montaña de paltas, de las grandes, todas maduras y a punto, perfectas. A mí, que me encanta comer paltas, me sorprendió muy gratamente aquel regalo.

152 Éramos 17 en la clase de 2° de preparatorios en 1974. A buena parte de mis compañeros no los volví a ver después que terminaron las clases y dimos los exámenes. Con otros nos encontramos en forma relativamente continua durante todos estos años hasta el día de hoy: Alfredo da Cunda, Álvaro Herrera y Alfredo Piria, ya presentados en otros relatos. Con algunos nos reencontramos hace unos cuantos años ya, después de varias décadas sin vernos, y nos mantenemos en contacto frecuente hoy en día: Brene, Gabriel Bernasconi, el Mickey (Alberto de Miquelerena), Gonzalo Patiño y el Moncho (Carlos de Saldamando). A otros los he visto esporádicamente durante estas décadas, como a Nacho (Ignacio Rico).

153 El Coqui (José Aguerre S.J., ya fallecido), era el director de los cursos de preparatorios en aquella época. Muchos años después supe que el Coqui me había conseguido una beca para que yo pudiera continuar en el 2° año de preparatorios en el mismo colegio. Además, en cuanto terminé de dar el último examen, él me consiguió uno de mis primeros trabajos, como profesora en el Liceo Armenio. Dos años después me consiguió un importante trabajo como profesora de Análisis en los preparatorios del Seminario. Siete años después, el Coqui nos casó por iglesia a Heber y a mí. Fue el único cura que aceptó, sin tratar de cambiarla, mi discutible fé religiosa.

154 Mariela Silvera es la atenta señora que trabaja en nuestro hogar ayudándonos con las tareas de la casa desde hace ya 10 años.

155 Alfredo Jones es un muy destacado matemático uruguayo, especialista en Álgebra. Es investigador y profesor (ya jubilado) del Centro de Matemática de la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República en Uruguay y del Instituto de Matemática y Estadística de la Universidad de San Pablo en Brasil. Fue profesor del IME desde la década de 1950 hasta la década de 1970. Jones formó varias generaciones de matemáticos uruguayos e inició la investigación en Álgebra en Uruguay. Le fue otorgado el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de la República.

Le escribí enseguida un mensaje a Jones agradeciéndole mucho por la atención. Él me dijo que en el fondo de su casa tienen un enorme árbol de paltas, que todos los años en el mes de julio da mucha fruta.

Desde ese día todas las semanas durante el mes de julio de cada año, Jones y Alice nos enviaban a través de Mariela, una bolsa llena de paltas. Y empezamos a comunicarnos frecuentemente con Jones y Alice.

Llegó el cumpleaños 90 de Jones. Nos invitó a Heber y a mí al festejo esa noche en su casa. Ellos viven relativamente cerca de donde vivimos nosotros, así que fuimos caminando. Su casa es antigua y señorial, muy prolijamente conservada con todos sus detalles de época, de tres plantas sobre Bvar. Artigas frente a la plaza Varela.

Había mucha gente reunida en las salas y en el comedor de la casa. Encontramos allí a varios colegas de nuestra Facultad. En cierto momento de la reunión, Jones muy gentilmente se acerca a donde Heber y yo estábamos sentados. Me propone acompañarlo porque quería mostrarme algo, sin decirme qué, que sabía que me iba a gustar.

Me condujo hasta la parte de atrás de la casa. Allí abrió una ventana y pude ver, con admiración, el frondoso árbol de

palta, majestuoso y muy alto, llenando con sus profusas ramas de muchísimas hojas verdes y grandes, todo el fondo de la casa.

Capítulo 8

El cuento del chanco y otros relatos

El salto

Durante nuestro último año y medio en Río de Janeiro, Heber y yo conocimos a una barra de nuevos amigos¹⁵⁶, casi todos brasileños, y todos 12 años o más menores que nosotros. Habían llegado al IMPA a iniciar sus estudios de doctorado. Entablamos con ellos una linda amistad.

Con esa barra de amigos nos reuníamos en el apartamento de alguno de nosotros, en divertidas fiestitas en la que charlábamos, Zé cantaba y tocaba la guitarra, y compartíamos unas cuantas horas juntos.

Una de las reuniones fue en la casa de Zabéu para ver todos juntos el partido Brasil-Camerún en el mundial de fútbol de 1994. Vimos el partido comiendo camarones, porque "Camerún" y "camarón", en portugués se dicen igual: "camarão".

Con Eduardo y Zé nos encontrábamos Heber y yo los domingos de tarde en el Posto 9 de la playa de Ipanema. Yo aprovechaba a charlar mucho con ellos. Me encantaba practicar mi portugués. Aprendí a distinguir muy bien el acento paulista de Eduardo del acento carioca. Y más aún,

¹⁵⁶ Entre ellos, conocimos a los dos baianos Paulo Brandao y Vilton Pinheiro, el paulista Eduardo Colli, el portugués Zé (José Ferreira Alves) y la fluminense Zabéu (Isabel Ríos). Todos son actualmente reconocidos matemáticos, profesores en diversas universidades brasileñas, excepto Zé que lo es en la Universidad de Porto (Portugal).

la gran diferencia con el acento carioca del acento de Zé, de Portugal.

Eduardo intentaba infructuosamente corregir nuestra pronunciación del portugués. Nos explicaba la diferencia del sonido de la “e” entre “três” y “dez”, que nosotros no pudimos nunca distinguir. Tampoco pudimos ni siquiera percibir la diferencia del sonido de la “o”, entre “avô” (abuelo) y “avó” (abuela).

Durante la semana de Carnaval de 1994 viajamos en grupo a Salvador de Bahía. Fuimos en dos autos, uno de Eduardo con matrícula paulista, y el otro alquilado en Río de Janeiro. Recorrimos 1630 km en dos días y medio de viaje. Hicimos muchas paradas para comer y descansar dos noches, la primera en un albergue en la ciudad de Victoria en el estado de Espírito Santo, y la segunda en un hotel en una localidad perdida en una zona rural del estado de Bahía.

Cuando ya estábamos en el estado de Bahía y faltaba relativamente poco para llegar a nuestro destino, una camioneta que circulaba en sentido contrario por la ruta, nos chocó. Era de noche y el conductor del otro vehículo había tomado bastante alcohol. Afortunadamente el choque fue lateral y no de frente. Nuestro auto alquilado quedó destrozado, pero por suerte todos nosotros y el conductor del otro vehículo salimos ilesos. Solo teníamos unos pequeños rasguños causados por la explosión de los vidrios

de las ventanillas laterales. Creo que tuvimos muy buena suerte, y nacimos de vuelta esa noche.

Enseguida aparecieron a auxiliarnos varios hombres y mujeres que llegaron alarmados por el ruido del choque. Estábamos en una zona rural en medio de una plantación de cacao, y quienes nos auxiliaron eran trabajadores de la plantación.

En San Salvador nos alojamos en la casa de los padres de Vilton. Durante dos días salimos, todos juntos y con la hermana menor de Vilton, a bailar en la calle a toda hora en el muy animado y concurrido carnaval callejero bahiano. Después del miércoles de cenizas fuimos hasta las paradisíacas playas al norte de la ciudad de San Salvador. Con muchas palmeras, nadie más que nosotros en la arena blanca, y con un mar calmo, de agua tibia y transparente, fueron esas las playas más hermosas que Heber y yo conocimos en nuestra vida.

Ese mismo año Marcelo¹⁵⁷, que hacía algunos años había terminado su doctorado y ya era profesor del IMPA, organizó un paseo en grupo a lo alto de la Pedra Bonita en

¹⁵⁷Marcelo Viana es un muy destacado matemático brasileño, especialista en Sistemas Dinámicos, reconocido en el mundo entero por sus relevantes resultados de investigación. Es profesor del IMPA del cual es además su director. Demostró la conjetura de Zorich-Kontsevich junto con Artur Avila. Recibió el Premio TWAS y el Premio Ramanujan del ICTP. Fue vicepresidente de la Unión Matemática Internacional y presidente de la Sociedad Brasileña de Matemática. Es columnista de la Folha de S. Paulo.

la Floresta de Tijuca, para volar en ala delta. Fuimos Heber y yo y varios amigos más de aquella barra.

En la parte plana del cerro había una rampa de madera, construida al borde del precipicio, por donde un grupo de deportistas aventureros y bien entrenados corrían una carrerita antes de saltar y volar en ala delta.

Se podía contratar a algunos de ellos para hacer un vuelo "duplo", saltando de a dos: uno, el entrenador experimentado que conducía el ala, y el otro, colgado a su lado, el turista inexperto. El turista debía obedecer estrictamente las instrucciones del entrenador para no caer ambos en picada por el precipicio.

Algunos de nosotros, al llegar a lo alto de la Pedra Bonita decidimos volar en ala delta con un entrenador. Marcelo y varios más saltamos ese día. Heber y algunos otros prefirieron no hacerlo.

Al otro día en el IMPA le conté entusiasmada a Mañé de mi aventura volando en ala delta. Él, con ironía me dijo "Así que si Viana te propone saltar a un precipicio, vos saltás."

Armada hasta los dientes

En 1970 o un poco antes, al apartamento pegado al nuestro se mudó la familia Kaplan. Eran el padre, la madre, y tres hijos varones, el mayor de ellos de unos 13 años, mi misma edad, y los otros dos algunos años menores. Mi mamá se hizo muy amiga de doña Clara, la madre de la familia Kaplan.

Pasaron muchos años, ya no me acuerdo cuántos, y doña Clara se enfermó. Mi mamá iba todos los días a su casa a ayudarla. Cuando doña Clara se agravó, mamá le preparaba sopa y se la llevaba a doña Clara calentita y recién hecha. El hijo mayor y el menor de los Kaplan ya habían emigrado a Israel. Solo quedaba Rafael, el del medio, viviendo con sus padres.

Varios años después, cuando mi mamá ya había fallecido, fue una sorpresa encontrarme una mañana con Deborah¹⁵⁸, amiga y compañera de trabajo en el IMERL de Heber y mía, entrando al edificio de la casa de mi mamá. "Soy la novia de Rafael" me dijo. Poco después se casaron, y se quedaron a vivir con el padre de los Kaplan.

Después que falleció el señor Kaplan, creo que después del año 2000, Deborah y Rafael vendieron el apartamento y emigraron con sus hijos pequeños a Israel. Desde entonces

¹⁵⁸ Deborah Poliakewicz es una matemática uruguaya, profesora universitaria en Israel. Antes de emigrar con su familia a Israel fue docente del IMERL, a fines de la década de 1990.

no hemos vuelto a verlos, pero esporádicamente Deborah y yo nos comunicamos por correo electrónico.

Cuando Heber y yo volvimos de Brasil en 1995, y ya había fallecido mi mamá, una de las primeras cosas que hice fue deshacerme de las tres escopetas de caza que había dejado mi papá al morir en aquel apartamento. Habían quedado más de 20 años guardadas en un rincón al lado de un ropero. Mi mamá no había querido tocarlas. Como tampoco había querido tocar un revólver plateado que mi papá guardaba en el cajón de su mesa de luz.

Coordiné con una armería que aceptó recibir todas esas armas. Pero no las pasaban a buscar. Tenía que llevarlas yo hasta la armería.

Sin esperar mucho, fui un mediodía al apartamento de mi mamá, saqué las escopetas del rincón y el revólver del cajón. Busqué apresuradamente entre los papeles de mi papá, las guías y documentos de porte de armas que sabía yo que él guardaba prolijamente en una carpeta celeste. Pero no los encontré. Poco tiempo después hallé la carpeta y la llevé a la armería.

A pesar del miedo que yo le tengo a las armas, me animé a salir ese mediodía a la calle con las tres escopetas colgando de los hombros y el revólver en la mano. Tenía que caminar

una cuadra así, armada hasta los dientes, hasta donde había estacionado el auto.

La gente me miraba. Pero por suerte, no pasó nada. Nadie me denunció ni llamó a la policía. A media cuadra me crucé con Rafael. Él me preguntó sorprendido qué estaba haciendo. Le expliqué. Tomó algunas de las escopetas para ayudarme, y me acompañó hasta el auto.

Al lado del auto estacionado, Rafael revisó cuidadosamente todas las armas. Las tres escopetas estaban descargadas. Pero el revólver no. Lo trancó y descargó enseguida. Le pregunté si no quería quedarse él con todas las armas. Me dijo que las escopetas no le servían, pero que el revólver sí.

El cuento del chancho

Primero Leticia, con cuatro o cinco años de edad, después Gra cuando tenía esa edad, y muchos años después Graciela, con la misma edad, me pedían que les contara una y otra vez, mil veces, el cuento del chancho.

Entonces empezaba yo a contar así:

"Cuando era chiquita mi papá tenía un jeep azul¹⁵⁹. Un día me llevó en su jeep hasta una granja donde criaban chanchos. Había un corral con muchos cerditos bebés jugando en el pasto. Me enamoré de ellos.

Mi papá eligió un lechoncito del corral y lo compró. Lo metieron dentro de una bolsa de arpillera marrón, le hicieron un nudo para que no se escapara y se lo entregaron a mi papá.

De regreso en el jeep, la bolsa con el cerdito estaba al lado mío en el asiento de atrás. El chanchito bebé se movía dentro de la bolsa. Y al tocarlo a través de la arpillera estaba calentito y mullido. Yo lo apretaba con el dedo índice."

Al llegar a esta parte del cuento yo apretaba suavemente con el dedo índice a la nena, en la barriga, en el cuello, abajo de los brazos. Y ella, con las cosquillas, se reía a carcajadas. Seguía yo con el cuento:

"No veía qué parte del chanchito estaba tocando. Así que, sin darme cuenta, puse mi dedo en su boca. Y entonces el chanchito"

159 Durante la década de 1960 mi papá tenía un jeep de finales de la década de 1940. Lo había renovado y mantenía impecable, pintándolo de azul-celeste brillante y colocándole una capota negra nuevita. Tenía tracción en las cuatro ruedas y estaba matriculado en Treinta y Tres, donde mi papá trabajaba en la construcción de carreteras y caminos rurales. Los neumáticos tenían una banda blanca que los hacían atractivos. Lo vendió en 1971 para comprar un Fiat 124 cero kilómetro, de color verde oscuro, que también era su orgullo.

En ese justo momento ponía mi dedo delante de la boca de la nena. Ella, muerta de risa, lo mordía con ganas.

Bella vista

Una tarde temprano, en la primavera del año 2009, Stefano¹⁶⁰ apareció en el IMERL. Había viajado a Uruguay para trabajar con otros matemáticos. Pero aprovechó su viaje para conversar con Heber y conmigo sobre una prepublicación nuestra.

Nos reunimos los tres en la salita de la dirección, donde trabajaba Heber en esa época como director. En el pizarrón grande que ocupaba toda una pared de la salita, expusimos Heber y yo nuestros resultados a Stefano.

En una pausa durante el trabajo, pasamos por la sala de reuniones que estaba al lado de la dirección. En esa sala, a diferencia de la salita de Heber, la ventana daba hacia el oeste. A través de ella se veía, desde lo alto, la parte del parque Rodó atrás de la Facultad, la Rambla Sur, la playa Ramírez y el mar.

Stefano se quedó mirando el paisaje, embelezado.

¹⁶⁰ Stefano Luzzatto es un reconocido matemático italiano, investigador en Sistemas Dinámicos y Teoría Ergódica, Fue durante 9 años investigador y destacado profesor en el Imperial College de Londres. Desde el año 2009 es investigador del ICTP (International Centre of Theoretical Physics en Trieste, Italia), donde es director coordinador de las actividades en Sistemas Dinámicos y Teoría Ergódica de la Sección Matemática.

- No entiendo cómo ustedes y todos en este instituto no van a bañarse a la playa tan hermosa que tienen enfrente – nos dijo.

Y sí. Ese día la playa estaba hermosa. Su arena lucía más blanca por la luz del sol. Y el mar, que usualmente está revuelto, es turbio y marrón, esa tarde estaba calmo y azul.

Al atardecer, vimos con Stefano desde esa misma ventana la puesta de sol sobre el horizonte del mar y el cielo teñido de rojo.¹⁶¹

La puerta cerrada

En marzo de 1985 viajamos a Suecia un grupo de seis uruguayos conformado por cinco ingenieros¹⁶² de Antel, a quienes se sumó Carmita, la esposa de Andrés. Los ingenieros viajamos para realizar varios cursos de capacitación en el mantenimiento y operación de los equipos de transmisión digital por fibra óptica, fabricados

161 Desde el año 2020 el IMERL ya no está alojado en aquel local con un pasillo ancho, balcón hacia el patio de la Facultad y varias salas con ventanas orientadas hacia el oeste. Ahora se aloja en otro local, dentro del mismo edificio central de la Facultad de Ingeniería, pero en su ala sur.

162 Los cinco ingenieros éramos Jorge Gallo (fallecido), Rodrigo Díaz, Andrés Tolosa, Henry Kavedjian y yo. Todos trabajábamos en Antel (Administración Nacional de Telecomunicaciones). Los dejé de ver, excepto a Jorge, cuando renuncié a Antel en 1990. Con Jorge nos continuamos encontrando en la Facultad de Ingeniería, ya que él era profesor con pocas horas de dedicación, del curso de telefonía y telecomunicaciones, simultáneamente a su trabajo de ingeniero en Antel. Con Andrés, su esposa Carmita y Henry nos reencontramos hace algunos años, y nos mantenemos en contacto, aunque no muy frecuente. Los dos son hoy en día jubilados después de muchas decenas de años de ser ingenieros de Antel. Andrés llegó a ser gerente general y después presidente de ese organismo.

por la empresa Ericsson, que estaban siendo instalados en Montevideo.

Ya era amiga yo de Jorge, con quién éramos compañeros de trabajo en la misma dependencia de Antel desde 1980. A los otros tres ingenieros de Antel y a Carmita, yo no los conocía todavía.

Durante el viaje y la estadía de casi dos meses en Suecia, nos hicimos todos muy buenos amigos. Esa amistad perduró por muchos años, y con algunos de ellos, se mantiene hasta el día de hoy.

Un fin de semana, bien al principio de nuestra estadía en Estocolmo, decidimos salir todo el grupo de uruguayos a pasear y conocer la ciudad. Fuimos a un parque muy bonito, temprano en la mañana. Caminamos por los senderos del parque, que estaban totalmente limpios de nieve, mientras que a los laterales, en los canteros y predios linderos, una gruesa capa de nieve cubría el suelo.

En cierto momento quisimos llegar a una plazuela, a la entrada de una torre alta con las antenas de televisión. Veíamos la plazuela abajo nuestro, a la izquierda del sendero. Para ahorrar camino decidimos salir del sendero y atravesar el predio, cubierto de nieve y en bajada, que nos separaba de la plazuela.

La nieve era en realidad hielo, pues se había derretido el día anterior y congelado durante la noche. Me caí y bajé deslizándome por la pendiente con la pierna derecha doblada hacia atrás. No me podía levantar del fuerte dolor en la rodilla. Y cuando mis amigos me ayudaron a ponerme de pie, el dolor se hizo insoportable.

Me llevaron en un taxi a un hospital. Allí, lo primero que hizo el médico fue inyectarme un calmante, tras lo cual el dolor desapareció casi mágicamente. Después le dijo a Carmita, que me acompañaba en la sala de emergencias, que me llevara en la camilla con ruedas a través del hospital, siguiendo la línea amarilla pintada en el piso hasta donde me sacarían radiografías.

Por los pasillos del hospital no había nadie. Los carteles en las puertas, todas cerradas, con los nombres de las diferentes salas, estaban en sueco y no los entendíamos. Pero la instrucción de seguir la línea amarilla era clara.

En el piso de los pasillos había líneas de muchos colores. Algunas se derivaban hacia otro corredor, otras pasaban por abajo de alguna puerta, y otras como la nuestra, seguían muchos metros por el pasillo central.

Llegamos a un ascensor. Ya dentro del ascensor los botones tenían círculos de colores pintados a su lado. Apretamos el botón con el círculo amarillo. Al salir del ascensor, la línea

amarilla siguió por otro pasillo. Después dobló a un pasillo lateral y llegó hasta una puerta de metal.

Al acercarnos a la puerta, esperando que se abriera automáticamente, chocamos la camilla contra ella. La puerta no se abrió.

Retrocedimos, yo siempre sentada en la camilla y Carmita empujándola. Volvimos a arremeter contra la puerta varias veces. Pero ella no se abría. Buscamos algún botón en las paredes del pasillo. No había ninguno. Tratamos de separar las dos hojas metálicas de la puerta con las manos, haciendo fuerza. No pudimos.

No había nadie para preguntar. No había otras puertas en ese pasillo a donde golpear. Golpeamos fuerte la puerta metálica para que nos abrieran del otro lado. Nadie abrió. Decidimos esperar hasta que apareciera alguien.

Después de algunos minutos sentimos el ruido de otra camilla acercándose. Pasó como relámpago una enfermera empujando una camilla con un paciente acostado en ella. A la enfermera mágicamente se le abrió la puerta de metal. Nosotras tratamos de aprovechar y pasar detrás. Pero la puerta se cerró antes de que llegáramos.

Riéndonos de aquella situación tragicómica, Carmita y yo seguimos esperando. Hasta que finalmente Carmita decidió

dejarme sola e ir para atrás, hasta la puerta del ascensor, a explorar.

Un poco lejos de donde quedé yo esperando, ella encontró una botonera con muchos botones pero sin círculos de colores. Volvió para decirme que le avisara con un grito si se abría la puerta. Regresó a donde estaba la botonera y empezó a apretar, de a uno y con pausas, los diferentes botones. Hasta que encontró el que finalmente abrió aquella puerta.

Los conejitos

Serge¹⁶³ llegó al IMERL en la primavera de 2016, a trabajar conmigo en investigación matemática. Estuvimos unos diez días trabajando intensamente, de mañana y de tarde. Al mediodía hacíamos una pausa de un par de horas para almorzar y descansar. Generalmente almorzábamos en la cantina de la facultad. Serge se sorprendió de lo barato y bueno que es allí el almuerzo, pero de lo muy caro y feo que es el café.

- Es al revés en el comedor de la universidad en Marsella - me dijo.

163 Serge Troubetzkoy es un matemático ruso-estadounidense especialista en Sistemas Dinámicos. Es reconocido por sus trabajos de investigación, en particular en sistemas discretos de baja dimensión enfocados a la dinámica topológica y simbólica. Es profesor actualmente de la Universidad Aix-Marseille en Francia.

Alguna vez salimos a almorzar a un restaurante relativamente cercano a la facultad, en Punta Carretas. Volvíamos caminando cuando yo tropecé con una baldosa levantada de la vereda.

- ¡Qué extraño lo destrozadas que están las veredas en Montevideo! - observó Serge.

- En nuestra ciudad la reparación y el mantenimiento de su vereda es responsabilidad de cada vecino y no del municipio de la ciudad - le respondí, un poco avergonzada.

- Me parece más extraño aún - opinó Serge.

En los descansos durante nuestro trabajo hablábamos, entre muchos otros temas, de nuestras familias. Le conté de nuestro conejito bebé, Norberto, que hacía unas pocas semanas un amigo de Graciela le había regalado en su cumpleaños 21. Él me contó que sus hijas también tenían varios conejitos que vivían en el jardín de la casa.

Al año siguiente viajé a Francia con Graciela, ella para pasear y yo para trabajar con Sandro¹⁶⁴, Serge y Pierre en la universidad de Aix-Marseille. Un mediodía durante nuestra

164 Sandro Vaienti es un reconocido matemático italiano, especialista, entre otros temas, en Sistemas Dinámicos, Física Estadística, y Análisis. Es investigador y coordinador del Grupo de Sistemas Dinámicos y Teoría Ergódica del Centro de Física Teórica en Marsella (Francia) del cual también es profesor y director. También es profesor titular en la Universidad de Toulon. Fue director de investigación asociado del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique, Francia).

estadía almorzamos en la casa de Serge y conocimos a su familia.

Cuando llegamos a su casa, Serge ya había amasado y horneado el pan. Su esposa y él estaban terminando de preparar el almuerzo. Nos mostraron, de lejos en el jardín, a sus conejitos.

A diferencia de Norbert que vivía dentro de la casa junto a nosotros y se nos acercaba siempre para que le hiciéramos mimos, aquellos conejitos estaban siempre en el jardín y eran huidizos. Vivían en cuevas excavadas en la tierra y escondidas entre las plantas.